



Garcilaso de la Vega y Juan Boscán



eBook

CLÁSICOS
DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

ALFAGUARA

Garcilaso de la Vega y Juan Boscán



eBook

CLÁSICOS
DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

OceanofPDF.com

Garcilaso de la Vega y Juan Boscán

Garcilaso de la Vega
y Juan Boscán

OceanofPDF.com

JUAN BOSCÁN

OceanofPDF.com

VILLANCICO

Si no os hubiera mirado
no penara,
pero tampoco os mirara.

Veros hartos mal ha sido,
mas no veros peor fuera;
no quedara tan perdido
pero mucho más perdiera.

¿Qué viera aquél que no os viera?
¿Cuál quedara,
señora, si no os mirara?

COPLAS

Siento mi congoja tal
que mi mal,
aunque malo de sentirse,
es tan bueno de sufrirse
que no puede ser mortal.
Es tan fuerte
que bien puede dar la muerte;
mas la vida
va muy lejos de perdida,
pues gana la mejor suerte.

Dicen que mi fantasía
no se guía
sino toda contra mí;
yo respondo que es así,
porque no sufro porfía.
Mi derecho
me tiene tan satisfecho,

que doblado
estoy sobre mi cuidado
si piensa que mal me ha hecho.

Mi alma se favorece
si padece,
y toma por mejoría
que crezca la pena mía,
mas a ratos mucho crece.

Yo la siento,
mas della no me arrepiento,
que el amor,
a medida del dolor,
suele dar el sufrimiento.

Mi dolor así me aqueja,
que nos deja
tan diferentes los dos,
que, aunque es la culpa de vos,
contra mí es toda la queja.

Si hay cosa
do el alma esté querellosa,
no la vengo;
mas cuando más queja tengo,
pregunto si estáis quejosa.

Luego luego, cuando os vi,
conocí
que hubiera de tener guerra;
mas, hasta saber la tierra,
quisiera mirar por mí.

Y agora cayo
que luego fue mi desmayo
tan entero,
que, aunque el trueno fue primero,
primero me vino el rayo.

Antes vino el padecer
que, a mi ver,
pudiese ver vuestro gesto;
víos presto, pero más presto
parece que vi al querer.

No fue así,
mas antojóseme a mí;
porque luego,
en veros, quedé tan ciego,
que dijera que no os vi.

Mas el seso con que entiendo,
no pudiendo
entenderos, no sé ver
cómo puedo yo querer
aquello que no comprendo.

No me falta
buen remedio en esta falta,
porque en veros,
por esto de no entenderos,
entiendo que sois muy alta.

Lo que sois se me declara,
cuando para
mi seso y a vos no llega;
porque la luz que me ciega
luego digo que es muy clara.

Por do siento
que es ya de mi pensamiento
mi verdad,
sobrarme la voluntad
do falta el entendimiento.

Señora doña Isabel,
tan crüel
es la vida que consiento,
que me mata mi tormento
cuando menos tengo dél.

Pero vivo
con la gloria que recibo,
tan ufano en los amores,
que procuro de estar vivo
porque vivan mis dolores.

Vivo de mi pensamiento
tan contento,
que es mi congoja mayor
si no hallo el sufrimiento
conforme con el dolor.

Yo querella
no puedo de vos tenella;
sólo de mí estoy quejoso
si mi pena en padecella
me conoce temeroso.

La pena queda vencida,
ya perdida,
pues vuestra merced, señora
ha sido la vencedora
de las fuerzas de mi vida.

De tal suerte,
que no puede ya la muerte
ser conmigo sino muerta,
pues tengo por buena suerte
ser en mí la pena cierta.

Mis congojas de bien llenas
son tan buenas,

por la causa que es tan buena,
que no podéis darme pena
sino con no darme penas.

Mas parece
que un contrario se me ofrece,
tan grave, que ved cuál quedo:
que el alma dice: padece,
y el cuerpo dice: no puedo.

OTRAS

Señora, pues que no espero
remedio del mal que muero
pidiendo cuan poco pido,
yo me doy por tan perdido,
que en mí siento
que se parte el sufrimiento
que debiera ser partido.

Y tras él va el esperanza
que de vos nunca se alcanza;
yo solo cativo quedo,
tan triste, que más no puedo.
¿Qué haré?
Que sufra dice la fe;
que no sufra dice el miedo.

Cuando tengo en la memoria
que en sufrir se gana gloria,
es por bien, y lo consiento
que se sufra el mal que siento;
mas agora
ya no es posible, señora,
que se va mi sufrimiento.

Él se va, yo quedo en prendas
con aquellas contiendas
que salen del pensamiento.
¿Qué haré? Que mi tormento
ya es afrenta,
y el temor se me presenta
cuando a vos yo me presento.

Cuando presente me hallo
ni bien hablo ni bien callo;
y en ausencia tal me siento,
que muero sin algún tiento
por buscaros;
y es tanto miedo de hallaros
que, si os hallo, me arrepiento.

Tan usado a la pasión
es mi triste corazón
que estoy diestro en padecella;
ved qué cuerda es mi querella,
qué compuesta,
que importuno por respuesta
y muero de miedo de ella.

Así yo triste me veo,
con un miedo y un deseo
tan puestos en combatirme,
que no sé de vos partirme,
de perdido,
y mil veces me despido
sin que pueda despedirme.

Y después ya de ser ido
quedo tan arrepentido
que el alma luego me deja;
yo, en ver que mi bien se aleja,

nunca dejo
de quejar, y no me quejo,
pues no sé de quién dé queja.

OTRAS DETERMINANDO DE DEJAR UNOS AMORES

Mi corazón, fatigado
de su querer, se arrepiente,
que, señora, lo pasado
revuelto con lo presente
me tienen escarmentado.
Yo conozco que mi pena
toda fue por culpa mía,
pues siempre tuve porfía
de dejar la parte buena
por seguir la fantasía.

Agora, cobrando acuerdo,
conozco do estoy, señora.
Yo me alzo con lo que pierdo;
la locura de hasta agora
me hace que torne cuerdo.
Mi dolor ha sido bueno
pues tal seso me procura;
pero fuera más cordura
castigar en mal ajeno
que en mi propia desventura.

Mas, ya que no puede ser
lo sido que no haya sido,
es por bien lo que es sufrido,
pues para menos perder
ha sido lo que es perdido.
Ya me aparto de mis penas,
mas no puedo de rondón;

pues salté de la prisión,
arrastrando las cadenas
en mi triste corazón.

Y límalas mi sentido,
ahora, para soltarme.
Mas ¿para qué desatarme
si quedo tan encogido
que nunca podré mandarme?
Con todo yo determino,
señora, de no parar
hasta ver si mi penar
acertará en el camino
que es bueno para curar.

Y así a mí, por curar luego,
todo mal me ha de ser llano;
que si un dedo está malsano,
por bien atajar el fuego,
se suele cortar la mano.
Por sanar de mi dolor
tomo el dolor del ausencia,
porque dicen que en presencia
suele encender el amor
el fuego desta dolencia.

De otra parte, me parece
que curarme es ya locura;
que sane la calentura,
si la virtud me fallece
¿qué me aprovecha la cura?
Pero ya porque resista
la razón a lo que siento,
viviré con regimiento,
que será guardar la vista
y ocupar el pensamiento.

OTRAS A LA TRISTEZA

Tristeza, pues yo soy tuyo,
tú no dejes de ser mía;
mira bien que me destruyo
sólo en ver que el alegría
presume de hacerme suyo.

¡Oh tristeza!,
que apartarme de contigo
es la más alta crueza
que puedes usar conmigo.

No huyas, ni seas tal
que me apartes de tu pena.
Soy tu tierra natural:
no me dejes por la ajena,
do quizá te querrán mal.

Pero di,
ya que esté en tu compañía:
¿cómo gozaré de ti
que no goce de alegría?

Que el placer de verte en mí
no hay remedio para echallo.
¿Quién jamás estuvo así?
Que de ver que en ti me hallo,
me hallo que estoy sin ti.

¡Oh ventura!
¡Oh amor, que tú hiciste
que el placer de mi tristura
me quitase de ser triste!
Pues me das por mi dolor
el placer que en ti no tienes,
porque te sienta mayor,

no vengas, que si no vienes,
entonces vernás mejor.

Pues me places,
vete ya, que en tu ausencia
sentiré ya lo que haces
mucho más que en tu presencia.

OTRAS

Las cosas de menos pruebas,
de más nueva estrañedad;
las que están por montes, cuevas,
más estremas y más nuevas,
son más de mi calidad.
Que con mi vida penosa,
por dondequiera que voy,
ando ya como una cosa
que parece monstruosa,
dudoso de lo que soy.

Un ave no conocida,
la cual fénix es llamada,
dicen que es cosa sabida
que, después de ser quemada,
torna luego a tomar vida.
Mi corazón afligido,
con sus males verdaderos,
se halla en este partido:
que después de consumido,
revive para quereros.

Por allá en el mediodía
se escribe que hay una fuente
que, según verse podría,
con la noche está caliente,

con el sol se torna fría.
Así yo, de llorar ciego,
torno frío con el fuego,
pues, con medroso recelo,
presente de vos me hieló
y ausente me quemo luego.

Otras dos fuentes entiendo
que hay por otra tierra ajena,
que, acaso dellas bebiendo,
la una mata riendo,
la otra a llorar condena.
Éstas hallo en la graveza
de mi mal que con firmeza
mi corazón me conquista:
la primera es vuestra vista,
la otra es vuestra crueza.

De nuestra noticia ajeno
hay un animal muy cierto,
para males tan despierto,
que, si le miráis de lleno,
no podéis librar de muerto.
Así yo, con esta suerte,
no sé cómo se concierte
ventura tan desmedida:
que en veros busco la vida
y en veros hallo la muerte.

Pues del águila es lo bueno
que, al que sus hijos vido
que no mira al sol de lleno,
como a hijo que es ajeno
luego le echa de su nido.
Así yo, del pensamiento
que en miraros no está atento,

con cautela dél me guardo,
y échole como a bastardo
de bajo conocimiento.

A todo esto me ha traído,
señora, vuestra crueza:
tan usado a la tristeza,
que me veo revestido
de nueva naturaleza.
Pero ya desta mi vida,
pues vuestra merced, señora,
ha de ser la juzgadora,
como de cosa sabida
no se escriba más agora.

OTRAS

Amor, que en mi pensamiento
rige, manda, suelta y prende,
con tal fuego en mí se enciende,
que mi ciego entendimiento
su mismo dolor no entiende.
Ni sé si crece en ausencia
mi dolor, o si en presencia
la pena suele esforzarse,
ved cómo podrá curarse
quien no entiende su dolencia.

La alegría y el tormento
vinieron en compañía,
y aunque yo ya me temía
toda vía, el pensamiento
se engañó con la alegría.
Que después con su crueza
tuvo Amor esta destreza,

que llegadas a la puerta,
la alegría quedó muerta
y entró viva la tristeza.

No cayendo en este engaño
quedé luego satisfecho,
más después sentí despecho
conociendo que entró el daño
do pensé que entró el provecho.
Y cuando quise al amor
echalle, como a traidor
no pude, que cuando entró,
do por huésped se acogió
se alzó luego por señor.

Y tomó la fortaleza
de mi triste corazón,
gobernando, por tal son,
que a toda naturaleza
sobrepuya mi pasión.
Y aunque yo esta tiranía
de miedo la pasaría,
según me hallo sujeto,
el temor del mismo aprieto
contra su dolor porfía.

Con esto se ha aventajado
la parte de mi tormento,
pues será su vencimiento,
después de haber peleado,
con mayor contentamiento.
Y con esta cruda suerte
mi daño será más fuerte,
porque quedaré vencido,
y sobre haberme rendido,
no me libraré de muerte.

GLOSA DE «JUSTA FUE MI PERDICIÓN»

Bien supo el amor qué hizo
en darme tal pensamiento,
pues del primer movimiento
a sí mismo satisfizo
y a mí me dejó contento.
Satisfizo la razón
al amor, y él a ella;
luego supo el corazón
que en tan honrada querella
justa fue mi perdición.

Tan contento y tal me tiene
la congoja que en mí está,
que, si dolor sobreviene,
el mal que tengo se va
de gozo de aquel que viene.
Y si queda algún tormento,
súfrese con el quereros,
que en mi grave pensamiento
sólo en ver que supe veros
de mis males soy contento.

Aunque a mi mal contradiga
el cuerpo por la su falta,
rompiendo toda la liga,
el alma, como más alta,
se entremete en mi fatiga.
Y puesto mi corazón
ante vos, como juzgado,
atentado en su pasión
dice: «Ya, pues soy pagado,
non espero galardón».

La congoja que padezco
de buena me da la vida,
que en ser vos por quien fenezco
mi mal paga la medida
de lo que por él merezco.
Con este conocimiento,
pagado de mi pasión,
voy diciendo, de contento,
sin dar cabo a mi razón,
pues, vuestro merecimiento.

Acabó el entendimiento
lo que agora aquí se dice,
y dijo a mi pensamiento:
«Pues por vos me satisface,
tened vos mi regimiento».
Tras esto, en mi corazón,
vi sonar esta respuesta:
«Ved mi mal, si es con razón,
que la pena, en venir presta,
satisfizo a mi pasión».

Parece bien ordenado,
por razón de buena ley,
que, si acaso un condenado
viere el rostro de su rey,
luego allí quede librado.
Así, puesto que es perdida
mi vida ya por quereros,
para el alma, que es vencida,
un solo punto de veros
es vitoria conocida.

De contenta, mi memoria
mil veces me dice: «¡Calla!,

que en guerra de tanta gloria
sólo entrar en la batalla
fue sombra de gran vitoria». *Sólo haberos conocido
es tan gran lustre de amor
que, por más que esté perdido,
siempre será vencedor
quien de vos queda vencido.*

Contra Amor y su pasión
en campo quise probarme,
y vos, a mala sazón,
cuando Amor quiso matarme,
luego echastes el bastón.
Eso fue, porque perdida,
sin morir, fuese mi suerte
y porque es cosa sabida
que escusaba yo mi muerte
en perder por vos la vida.

Así agora triste quedo
sin morir, y con penar,
y entre mí digo, con miedo:
«Ved cómo podré ganar,
que aun sólo perder no puedo». *Después me dice el sentido:
«¿Por qué me matas cuitado?
¿No tienes tú conocido,
por tormento tan honrado,
que es ganado el que es perdido?»*

Si del mal que me ha venido
me viene el contentamiento,
será muy firme argumento
que, cuanto más afligido,
tanto más seré contento.

Y pues viene la pasión,
y el descanso en una cuenta,
lo que sufre el corazón,
el corazón lo consienta
pues lo consiente razón.

Vuestra vista saltealla
no es mucho quien tanto os quiere,
que el que de hambre se muere,
si roba el comer que halla,
toda buena ley lo quiere.
Yo, de veros muy hambriento,
con miraros me sostengo,
y cuando más pena tengo
con el bien del pensamiento
consiento en mi perdimiento.

Algún bien yo demandaros
desvergüenza me parece,
que ¿cómo podré yo daros
por el bien lo que merece,
si el mal no puedo pagaros?
Alcanza mi corazón
de su mal un bien tan largo
que, pues ya de mi pasión
yo, señora, os quedo en cargo,
non espero galardón.

No vivo desesperado
y vivo sin esperanza,
que el que se da por pagado
no espera, que, pues alcanza,
esperar es escusado.
Si basta mi pensamiento
a darme tan justa paga
que me haga estar contento,

no es mucho me satisfaga,
pues, vuestro merecimiento.

Cuando acuerda el sentimiento,
y a pensar en vos se encierra,
entre mí me descontento
del cuerpo que, en ser de tierra,
me embaraza el pensamiento.
Para cuantas cosas son
es estar por vos penado
de tan alto corazón,
que solo habello pensado
satisfizo a mi pasión.

OTRAS

Ya puedo soltar mi llanto,
pues para llorar me hallo;
he callado, y más me espanto
de estar tal y ver que callo,
que de ver que peno tanto.
Que tenga ya libertad
mi lengua, yo lo consiento,
hasta aquí fue sufrimiento,
ahora ya es poquedad
callar el dolor que siento.

Mi vida, para pasarla,
téngola de publicar;
es imposible callarla,
y si la quiero contar
tampoco puedo contarla.
Mis penas hace el amor
iguales de una manera;
no sé cuál da más dolor,

pero siempre la postrera
me parece que es mayor.

Soy, en decir mi cuidado,
tan confuso y tan perdido,
que, cuando un mal he contado,
más quisiera haber seguido
tras aquél que me he dejado.
Por quitar esta contienda,
dígase lo que viniere.
Yo quiero soltar la rienda,
porque de lo que dijere
lo que no digo se entienda.

Yo me vi, sin ser cativo,
muy suelto de cualquier pena,
con el corazón esquivo,
con el alma muy ajena
destos males en que vivo.
Libre estaba mi sentido,
con poder para valerme;
mas Amor, por no perderme,
porque quedase perdido,
anduvo por recogerme.

Si vuestra merced no fuera,
no hiciera el amor esto;
no me matara tan presto,
señora, si no pusiera
sus armas en vuestro gesto.
El combate fue crecido,
luego tomó la memoria;
fue tan alta la vitoria
que, aun yo quedando vencido,
no pude sufrir mi gloria.

Púseme de vuestro bando
por subir a mayor honra;
honréme no peleando,
pues escusé mi deshonra,
quedando so vuestro mando.
El amor, y vos y yo,
todos mis males hacemos,
y es bueno que no tenemos
(que el enemigo faltó)
a quien vencer, y vencemos.

Vencemos, ¡y qué tan crudo
que es éste mi vencimiento!
¡Oh que en pensar mi tormento,
luego me paro tan mudo
que no sé decir qué siento!
De vuestra merced desean
mis males ya ser oídos;
si no fueren bien plañidos,
no podrá ser que no sean
a lo menos bien creídos.

Ufano pudiera estar
pensando en la pena mía,
mas el dolor me desvía
y no me deja gozar
del bien de mi fantasía.
El bien y el mal van mezclados,
tan juntos en una historia,
que no me atrevo a mi gloria,
de miedo de los cuidados
que atraviesan mi memoria.

Mil veces con tal tormento
he quedado por miraros,
que, de solo el escarmiento,

ni veros ni contemplaros
osa ya mi pensamiento.
Mi descanso era pensar;
ya no oso en él meterme;
poco podré sostenerme,
pues he miedo del manjar
con que puedo mantenerme.

Más es que rabia el querer,
señora, que yo sostengo;
los que rabian del beber
han miedo, mas yo le tengo
del beber y del comer.
De solos mis pensamientos
mi alma se hizo fuerte;
ahora, ya por mi suerte;
ya faltan los bastimentos:
no queda sino la muerte.

Pues otra mayor fatiga
me quiere matar agora,
que el grave dolor me obliga,
a quien tengo por señora,
que tenga por enemiga.
En estrecho tan mortal
me pone mi desventura,
que por orden de natura
soy forzado a querer mal
la causa de mi tristura.

Con cuánta verdad os quiero
vos lo tenéis bien sabido;
mas mi dolor es tan fiero
que mil veces, de perdido,
porque os muriédes, muero.
Y luego muero porque

me vino tal fantasía.
¡Oh alma del alma mía,
qué prueba de mayor fe
fue sentir tal energía!

El enojo y el dolor,
los tristes desabrimientos,
la saña y el desamor,
los celos y los tormentos,
todos paran en amor.
Del amor mis desventuras
salen, y en él van a dar;
cuanto hago yo es amar;
de aquí nacen mis tristuras;
y aquí vuelven a parar.

Mi corazón puesto en medio,
pelean los sentimientos;
de mis tristes pensamientos
uno solo es el remedio
y muchos son los tormentos.
Preséntanseme delante
mil miedos, mil esperanzas;
triste, que siendo constante,
padezco dos mil mudanzas,
y todas en un instante.

Si en algo me satisfago,
luego allí se me deshace;
y aquello en que más me pago,
no sé cómo se me hace,
que nunca jamás lo hago.
Si comienzo a proponello
está en la mano mudallo,
y cuando quiero dejallo
la causa de no hacello

ha sido determinallo.

La más áspera mancilla
que acrecienta mi querella,
aunque es empacho escribilla,
cada vez que pienso en ella
no puedo sino decilla.
No entiendo tan crudo mal;
la causa sé que es quereros.
¡Oh, señora, que por veros,
mil veces me he visto tal,
que quisiera aborreceros!

¡Oh, cuántas veces quisiera
no veros yo tan hermosa!
¡Oh, si en mi mano estuviera!
¡Tal estoy, de toda cosa,
por deshaceros, hiciera!
En presencia no os miraba
de miedo de cuál os vía,
y en ausencia me engañaba
fingiéndoos mi fantasía
con tachas que no os hallaba.

Mi dolor, cuando sosiega,
es para mayor cuidado;
revuelve en tan alto grado
que a poco rato se entrega
del tiempo que se ha tardado.
Ser contino mi penar
tengo por menor afrenta.
Ya no oso descansar
de miedo de la tormenta
que espero que ha de tornar.

Esta vida es la que vivo,

la cual a decir no basto,
porque, de cuanto aquí escribo,
mucho menos es el gasto,
señora, que no el recibo.
A vos sola pertenece
dar remedio a mi sentido,
que el que a vos, señora, vido,
deshonra vuestra parece
que pueda quedar perdido.

OTRAS

A tanto disimular
ya falta toda desculpa.
Si fuere vergüenza hablar
sepan todos que más culpa
fuera el daño del callar.
Mas para cuento tan largo
de pena tan triste y mía,
doy primero por descargo,
si mi lengua desvaría,
que del mal es todo el cargo.

¿Por do se comenzará
dolor de tanta fatiga?
Soltemos el llanto ya;
no cumple que yo le diga,
pues él mismo se dirá.
Amor, dolor y cuidado,
sus penas en conveniencia,
publicarán la sentencia;
yo, que soy el condenado,
porné sólo la presencia.

Este mal que agora siento
otro tiempo le sentí,
tan fuerte, que el pensamiento
nunca estuvo tan en sí
que estuviese sin tormento.
Mas luego quiso el amor
—yo pienso que fue por maña—
librarme de su dolor
para que después su saña
la sintiese muy mayor.

De mi mal me vi librado;
tan suelta mi voluntad,
que ya sentí soledad
del tiempo de mi cuidado
que estuve sin libertad.
De sano, me aborrecía;
loaba los que penaban;
no sé dónde me sentía
invidia de los que amaban,
si por caso alguno vía.

Entonces supe pasar:
supe vivir llanamente,
holgaba con lo presente;
no me pesaba de andar
al hilo ya de la gente.
Poco sostuvo el amor
estando en mí tan igual,
que fue la revuelta tal
que es otro nuevo dolor
haber de decir mi mal.

Allí sentí los amores
con todos sus movimientos:
miedos, cuitas y tormentos,

tristezas y desvalores
y celosos sentimientos.
Dejélos andar creciendo
porque no supe entenderme,
mas agora que me entiendo
siempre quiero defenderme
pero nunca me defiando.

Quiero valirme de miedo
y déjolo de medroso;
el comienzo es con denuedo;
después, luego, ya no oso,
y si oso, ya no puedo.
Temo, señora, miraros,
pero más temo no veros;
he miedo de más amaros,
y de miedo de perderos
ya no oso desearos.

Si os pienso decir mi llanto,
necesario es que me afrente.
Fínjome seros presente,
y luego me altero tanto
que huelgo de estar ausente.
Compongo razonamientos;
hágome que estoy quejoso;
y todos mis fundamentos,
hallo que cuando más oso
no son sino pensamientos.

Propongo de estarme así,
no viéndoos por no ofenderos,
pero ya tornando en mí
no puedo dejar de veros
acordándome que os vi.
Con deseoso cuidado

voy como loco a buscaros,
y después que os he topado
daría por no hallaros
el bien de haberos hallado.

Llégame de miedo puro
a vos sin determinarme.
Si hablo, quiero callarme;
si callo, no me aseguro,
y hablo, por mejorarme.
Por donde quiera que sigo
hallo mi pena muy hecha,
y soy tan enemigo
que callo lo que aprovecha
y lo que no cumple digo.

Entonces ya de muy harto
de mis cuitas, pienso en irme,
mas, triste, que al despedirme,
de puro miedo me parto,
y apenas oso partirme.
Ya después de ido, siento
el alma tan desvañada,
con un descontentamiento,
que no me culpo de nada
y de todo me arrepiento.

Si alguna vez me acaece
ir no triste ni muriendo,
dende un rato se me ofrece
no sé qué, que no lo entiendo,
pero malo me parece.
Entonces busco consuelo;
pruebo a quedar satisfecho;
ya que pienso habello hecho,
allí se queda el recelo,

todo para mi despecho.

En tantas cuitas, señora,
mal podré yo consolarme.
Es tan duro el remediarme
que no hago poco agora,
si no muero, en no matarme.
Pero ya tal voluntad
no se ha de sufrir sin cura.
Es tanta la desventura
que el seso es necesidad
para tamaña locura.

¡Qué tristezas las que siento!,
¡qué desvalor es el mío!,
¡cuántas veces desconfío!,
que si miro el fundamento
sé que es todo desvarío.
Triste, que en mis desventuras
me hallo tan desvalido,
y estoy tan entristecido,
que si no hago locuras
quedo más enloquecido.

De verme con mil flaquezas
conmigo mismo me ensaño;
adrede me desengaño
buscando nuevas cruezas,
y todas para mi daño.
El rato que tal me veo
no temo ningún cuidado,
y el miedo del mal que creo,
de puro desesperado,
se me convierte en deseo.

Después que en esto he caído

no sé entender lo que siento;
sé que tal me represento
que, de verme tan perdido,
ya no sufro el corrimiento.
El daño es muy manifiesto;
el alma está recelosa.
Si alguno me mira el gesto,
y se ríe de otra cosa,
paréceme que es por esto.

Vergüenza he de mi fatiga,
ya la encubro a los presentes;
y si están todos ausentes,
busco alguno que me diga
qué dicen de mí las gentes.
Es tan grande mi deseo
que no sé desengañarme,
y en el peligro que veo
mi remedio es engañarme
con creer lo que deseo.

Pues tiempo es ya que se digan
los celos que me maltratan;
otros males que me matan
solamente me fatigan,
mas éstos me desbaratan.
Éstos me hacen que os quiera
peor, cuando más os quiero,
y me tienen de manera
que en mitad del bien que espero
mi corazón desespera.

Éstos tiene de su mano
los duros desabrimientos,
y otros tales sentimientos
que, cuando estoy más ufano,

he miedo a los pensamientos.
Llévanme por tal camino
que temo el bien que deseo;
todo lo que pienso, creo,
y mil veces determino
no veros, y luego os veo.

Por éstos se me deshacen
mis bienes y mis porfías;
busco las cosas que aplacen,
disimulando los días
lo que las noches me hacen.
Quiero encubrir cual he estado;
mas luego se me parece;
presumo de muy honrado;
y esto siempre me acaece
para quedar deshonorado.

Para el bien siempre me falto;
para el mal presto parezco;
si en algo me favorezco
dame luego un sobresalto
con que luego me entristezco.
Si acaso en mi pensamiento
sospecho una vanidad,
no sé tener sufrimiento;
quiero saber la verdad
y dicha no la consiento.

Mil desatinos padezco,
y todos como perdido.
Cuando más me ensoberbezco,
en lo mucho estoy sufrido
y en lo poco me embravezco.
Y tal en mi sentimiento
me tenéis, por bien amaros,

que el más áspero tormento
es todo, por desculparos,
señora, en mi pensamiento.

El seso busca desculpas:
rehúye la fantasía.
De perdida, el alma mía
no puede sufiros culpas
y por esto se confía.
Si en algo sospecha hallo,
querría ver rastro de ello;
mas no oso preguntallo,
y quedo, por no sabello,
contento con sospechallo.

Tuve una vez por mi suerte
de un competidor recelo,
y el dolor era tan fuerte
que no tuve otro consuelo
sino esperalle la muerte.
Pero luego en mí decía:
«Mas triste si aconteciese
que si éste se muriese,
por mala desdicha mía,
vuestra merced se doliese.»

Vime luego tan esquivo,
de miedo de este cuidado,
que dije determinado:
«Mucho más le quiero vivo
que muerto de vos llorando.»
Quedéme de esta manera,
quiriendo ya más sufrir
mi dolor, por grave que era,
questo otro por venir,
que quizá nunca viniera.

¡Oh estos celos, cuitado,
con cuántos males me tientan!
Si en lo presente me afrentan,
mucho más en lo pasado
sus dolores me atormentan.
Si de algún pasado trato
viene algún temor a darme;
no hallo de qué quejarme;
pero tras esto me mato,
hasta llegar a matarme.

Conmigo traigo porfías,
y digo de congojado:
«Esto no ha sido en mis días,
y si lo fue, ya es pasado,
¿para qué más fantasías?»
Pero yo no puedo ver
falta que en vos se parezca,
porque culpa en tal mujer,
por más que el tiempo perezca,
nunca puede perecer.

Con esta triste suerte
es forzado ir acabando.
Mi dolor sufro tan fuerte
que, por doquiera que ando,
presente hallo la muerte.
Los lloros que me valían,
agora ya no me valen.
¡Oh males que así porfían!
Mis gemidos ya no salen
por el arte que solían.

Mis remedios convertidos
en dolores lastimeros,

en novedad son primeros;
mas, según son doloridos,
pienso que serán postreros.
Pero ¡cesen mis porfías!,
que el tiempo se pasará
y las desventuras mías.
Bien sé que el tiempo se irá,
mas, ¿quién pasará los días?

A este estado, señora,
he llegado a causa vuestra;
pero desto que se muestra
en esto que escribo agora,
mi vida será maestra.
Escusado es alargar
en caso tan condenado;
do no se puede esperar
de quien ha tanto penado,
¿qué podrá sino penar?

OTRAS DEL MISMO A UNA PARTIDA

El que de vos se partiere
merece nunca volver.
Oh, señora, si volviere,
que vuelva para no os ver.
No merezco la venida,
pues fui para poder irme,
aunque hartó va medida
con la pena del partirme
la culpa de la partida.

Mas si yo jamás me fuere,
bien sé que no habrá de ser,
pero quiero, si ello fuere,

pagallo con nunca os ver.

CANCIÓN

Quiero hablar un poco
mas teme el corazón de fatigarse,
porque si hablo sé que será tanto
que el seso ha de alterarse,
y a su culpa no es bien tornarse loco.
Tras esto mostrarse a mi crudo llanto
tal que con él no querría dar espanto.
Pero pasar este peligro es fuerza,
y escójolo por menos peligroso;
de suerte que si oso
es ya por el aprieto que me fuerza,
y el alma ha de probar
su seso y su poder, y así se esfuerza.
Con esto tales cosas he de hablar,
que aún ora estoy pensando de callar.

Callaré, si pudiere;
mas no podré, que ha mucho que no puedo;
hablaré, por no estarme como estoy,
pues no puedo estar quedo,
que mal sosegará quien así muere.
Si parto, sólo por irme, me voy;
mudanzas hago por no ser quien soy.
En fin, pues esto tanto ya conviene,
comenzaré a quejarme a pesar mío.

Mas quizá es desvarío,
llanto que en tal dolor tan tarde viene.

Eslo, mas mi tristura
¿que hará, si otro remedio no tiene?
Hallo asimismo en tanta desventura,
que el seso y la razón es ya locura.

¿Para qué es dar disculpas,
en tiempo que cuanto tengo es perdido?
Hombre tan triste, tan cuitado y tal,
no ha de ser reprendido,
ni tener puede méritos ni culpas.
Pues en mi pena me dejan mortal,
déjenme agora quejar de mi mal.
No sufrirá consejo mal tan grave;
todo es uno con gusto tan dañado:
todo sabe a cuidado.
Si hay alguno que mi cuitas no alabe,
porfío y contradigo
y dígle que es loco, y que no sabe.
Ya en mis males no tengo por amigo
sino al que me es dañoso y enemigo.

Faltará la memoria
para poder decir lo que en mí siento.
Mas, aunque ataja el mal, también despierta
y pone tal aliento,
que me atrevo a contar tan gran historia,
por donde el alma casi como muerta
no atina ya sino como se acierta.
Olvidando el comienzo, el fin no hallo;
mal concierto terná cuento tan largo,
do todo ha sido amargo;
y agora lo ha de ser también contallo.
Trabajan mis sentidos
en buscar lo que siento, por echallo.
Oyo llamar de lejos mis gemidos,
y he lástima de ver que van perdidos.

¡Oh mis crudos dolores,
dadme un poco de alivio porque pueda
probar a ver si diré lo que digo!

Pues mi alma sólo queda
por escarmiento a muchos amadores,
dejadme ya seguir esto que sigo.
Catá que con el mal digo y desdigo.
Confieso más, que pueden preguntarme,
y viéneme, en mitad de lo que cuento,
tan grande corrimiento
que allí, luego, querría disculparme.
¡Oh triste corazón,
en cuántas cosas haces atajarme!
La vergüenza de mi gran confusión
me duele más que toda mi pasión.

Yo, ¿cómo fui cativo,
que buen cobro de mí pensé que diera?
Quisiera ser libre, mas no lo quise;
y ojalá no lo fuera,
pues fue para vivir como yo vivo.
Ya no aprovecha cosa que me avise,
sino dejarme que el dolor me pise.
¡Oh libertad por todos heredada!,
¿qué erraste contra mí o qué heciste?,
¿por dónde mereciste
que fueses, tú de mí, tan mal tratada?
Perdímonos los dos;
yo llevo a costas toda la jornada.
Yo lo hice y lo pago, y plega a Dios
no lo paguéis, señora, también vos.

Cuando el amor cobré
no sé cómo no vi el mal que tenía.
Tan cautelosamente me hería
que apenas lo sentía.
Mil veces dije en mí: «No sé que me he»;
y preguntaba a algunos que me vían
aquello mismo si otros lo sentían.

Si me decían que no, miedo cobraba.
Consolábame cualquiera doliente
 malo de mi accidente,
y aun yo mismo también me consolaba.
 Mas ya veis qué sería,
cuando tan presto remedios buscaba.
¡Guay del triste que busca el alegría,
en especial si mucho lo porfía!

 Cosas sin fin, y nuevas,
hacía no sé cómo, sin pensallas.
La novedad ya de ellas me espantaba
 y no osaba mirallas.
Tentaba mi remedio con mil pruebas.
Alguna vez con maña me escapaba,
mas era mucho lo que atrás dejaba.
Crecía el miedo de lo por venir,
y ocurríanme mil cosas contadas,
 que estaban olvidadas,
por espantarme y hacerme morir.
 Estos temores tales
me apretaban a desear vivir.
Ya quisiera hurtarme de mis males,
porque vi siempre en mí malas señales.

 Siempre mi voluntad
la vi con vos más blanda que cumplía.
Queríaos bien, no pensé que eran amores.
 Y si os hablaba o os vía,
pensaba que todo fuese amistad.
Vinieron luego unos sanos temores;
temprano aún era para otros dolores.
A veros iba, y en mitad del camino,
que entonces no era tiempo imaginaba;
 y si no me tornaba,
era por parecerme desatino.

Iba entre mí diciendo:
«Este empacho, ¿por qué agora me vino?
Yo no la sirvo, ¿de qué voy temiendo?
No tengo qué temer, no la sirviendo.»

Miserias me bullían,
de las que nadie sabe dalles nombre;
por allá dentro andaban escarbando,
do no hallaban hombre
que sólo les dijese qué hacían.
Y así, pues, todos fueron de su bando,
qué maravilla si tienen tal mando.
¡Oh comienzos por nuestro mal sabrosos!
Vuestras figuras, ¡cuán lejos de muertas
mostráis en vuestras puertas!
¡Cuán vivos son sus gestos, y gozosos!
¡Qué bien fuera de mí,
si fueran cautelosos!
Cuando pude curarme, no lo vi;
agora que no puedo, lo entendí.

Luego tuve un tormento
que agora ya conozco que eran celos,
mas entonces invidia pensé que era.
Eran todos mis duelos,
y toda mi congoja y sentimiento,
si os vía con otri, y fuese quinquiera.
Malo era vello, peor si lo oyera.
Reprendíame de este pensamiento;
para tenelle causas no hallaba;
y en mi seso afirmaba
ser mala condición tal movimiento.

Mil sospechas presentes
sentía yo sin mi consentimiento.
Con vuestra madre, hermanos y parientes

fueron luego mis cuitas y accidentes.

Víaos holgar con ellos;
teníalo por malo y por bajeza,
esto en vos sola, que en otras bien fuera.

Sentía allí tristeza,
porque la sangre os obligó a querellos.
Pensando estaba, si dellos viniera,
que alguna parte del bien me cupiera.
Luego saltaba en otro pensamiento:
tenía por mejor estarme así,

pues a la hora que os vi
tuve de vos tan buen conocimiento.

Nacíame despecho
de haber buscado otro contentamiento.
En fin, concluía de ir satisfecho,
quedándome con todo mi derecho.

A do estábades iba,
aún no entendía que por vos fuese;
con todo, alguna vez lo sospechaba.

Si me iba sin que os viese,
no se me hacía el ir muy cuesta arriba,
mas sin causa después me desbañaba
y en todo aquel día nada acertaba.

De descontento andaba desvalido,
parecíame mal cuando yo vía,

y aún yo lo parecía.

Mil cosas comenzaba de perdido,
sin nunca acabar nada.

Si los que andar me vían tan caído
preguntaban «¿qué ha?», «¿de qué se enfada?»,
respondía riendo: «De no nada».

Cuando esto así pasaba,
de mí tuve sospecha algunos días.

Comenzaba el peligro de asomarse,
 bullían fantasías,
iba viendo el jüicio donde estaba.
De dentro el ser comenzaba alterarse,
y por defuera la color mudarse.
Dos o tres veces dije: «Mira bien
dónde vas a meterte y lo que emprendes;
 ¿por qué no te defiendes,
primero que en lo más vivo te den?»
 Ya la cosa iba mala;
con todo me valiera, pero ¿quién
será tan presto y fuerte que se vala
de fortuna, que tiempo no señala?

El mal se declaró,
señaló y encontró todo en un punto;
mató después por términos, y largos;
 salióme el dolor junto;
dicen que el alma del golpe cayó.
De allí me queda ella en muchos cargos,
que en valelle mil tragos pasé amargos.
El deseo de vida natural
me hacía mil remedios tentallos;
 mas, ¡triste!, que buscallos
no era sino a mal añadir mal.
 Yo viendo más dañarme
y tornarse la cura más mortal,
el trabajo que hubiera en el curarme
convertíle en el gusto de llorarme.

Alcé, pues, mis defensas;
alzáralas, ¡triste!, si las tuviera;
mas, cuando me entregué, entregado estaba.
 Diome el mal de manera
que en una todas fueron las ofensas;
el seso temía, el amor osaba;

la humanidad huía, yo esperaba.
Levantáronse grandes los tormentos;
sus amenazas eran tanto fuertes
que pasaban mil muertes
de miedo por mis tristes sentimientos.

Cuitado no soy parte,
¡oh dolor!, en decir tus movimientos,
mas probara a lo menos a contarte,
sino que oyó llamarme en otra parte.

Ya que supe bien claro
que os amaba, señora, de tal suerte
que en vos estaba todo mi cuidado,
dije con mal de muerte:
«¿Declararme yo? Mas ¿si me declaro?»
Quedé en un punto de esto tan cortado
que nunca más dejé de estar turbado.
La determinación me fatigaba,
la cual crecía, creciendo el temor,
pues tampoco el amor,
bien creeréis, que de balde no estaba.

Yo andaba muy perdido:
todo, en fin, como había de andar, andaba.
Al cabo me vi tal, tan sin partido,
que anduve levantado, de caído.

Con esto me esforcé,
si esforzarse se llama ser forzado.
Esforzándome, pues, menos hiciera.

Como quiera, cuitado,
deciros mis congojas acordé.
Y así os dije mi vida, tal cual era,
y nadie me pregunte la manera.
Emprendíalo mil veces, y paraba.
Estorbos dondequiera atravesaban,
y todo lo mudaban.

No los había, mas yo los hallaba.

Cuán cierto era atajarme,
cuando ningún embarazo topaba;
y si le había que pudiese estorbarme,
allí era el esfuerzo y el quejarme.

Anduve, como digo,
muchos días vencido en mi porfía,
y después de vencido, peleando.

Hasta que en fin, un día,
pensando estar del todo sin abrigo,
a caso me hallé con vos hablando,
y algún rato conmigo disputando.
Muchas cosas vinieron a turbarme,
y la que más de todas me atajaba,
era yo que os hablaba.
Estando así, quiriendo ya esforzarme
contra el dolor que siento,
no sé cómo os volvistes a mirarme.
Cobré esfuerzo, que el flaco pensamiento
de qué quiera recibe movimiento.

Así osando y temiendo,
díjeos no sé qué; no sé si os lo dije;
mas díjeoslo, según me respondistes.

¡Oh cuánto me maldije.
Después que en lo que hice fui cayendo!
Vos, señora, vos bien lo conocistes,
y alguna vez a lástima os movistes.
Vime tan adelante, que tornarme
por donde entré muy gran peligro fuera.

Mas presto me perdiera,
si fin tuviera entonces a ganarme.

El temor me arrojaba
al peligro mayor, para salvarme.
Como en miedo de noche, no osaba

tornar atrás, y así me aventuraba.

Lo que después sentí
no es menos escribillo, que es pasallo.
Diré verdad, parecerá mentira.

¡Oh triste!, que si callo,
para callar no tengo esfuerzo en mí.
Callaré yo, mas hablará la ira,
la cual su movimiento sólo mira.
Espántame el hablar y el callar temo.
El seso por su bien todo lo prueba,
y en un punto me lleva
a un extremo el temor del otro extremo.

En fin, pues donde fuere,
ha de ir tras mí la llama en que me quemo,
hablaré ya lo menos que tuviere,
que esto será lo más que yo pudiere.

El mal determinado
de lance en lance ha venido a parar
a punto que se avergüenza no encubrille.

Esto se dice amar,
que sólo el nombre me tiene espantado.
Mira bien su dolor si es de sentille
que todo su remedio es el sufrille.
Son siempre mis tormentos tan estraños,
que busco mil remedios, y he buscado,
por salir de cuidado,
y esto ha que me dura muchos años.

Procuro remediarme,
cuando remedio no hay para mis daños.
Y si esperanza tengo de sanarme,
luego paro en el miedo de curarme.

Entrégome al tormento,
y engaño al corazón por tantas vías
que ya tanto engañar le desengaña.

No bastan mis porfías
a quitar del dolor el escarmiento,
porque, a la fin, en pena tan estraña,
su fuerza puede más que no mi maña.
Acá y allá mis pensamientos vuelvo,
probando si en alguno hallar podría
descanso a la alma mía.
Mientras más hago, en más dolor me envuelvo;
no hallo cosa buena
de donde asir, por más que me revuelvo,
sino mi vida estar de mal tan llena,
que aun quizá a vos os cansará mi pena.

¿Qué ufaneza tamaña
os parece, señora, por ventura,
triunfando de mi sangre, llevar gloria?
¿Qué gran fama os procura
tender contra mí solo vuestra saña?
¿Para qué es componer y urdir historia
de cosa que no es bien quede en memoria?
¿Quizá pensáis que es ofender la honra
valerme? Pues catá que es sinrazón
matar un corazón
que en vos vive y en vos sola se honra.
Luego, si pena darme
es sinrazón, en vos será deshonra.
Pues ved cómo queréis vos bien tratarme:
que os deshonráis por solo fatigarme.

Pues yo poco os merezco
que hagáis vos de mí tal sacrificio;
corriendo va tras vos mi fantasía,
tiniendo por oficio
hacerme padecer cuanto padezco.
No puede ser, y amaros más querría;
pienso, sin poder más, que más podría;

mi corazón por vos todo lo emprende;
no hay peligro ni mal que le retraya,
y si un poco desmaya,
éste es solo el dolor que más me ofende,
y desto tengo ira.

La sospecha, porque al querer enciende,
me pesa alguna vez, si se me tira,
pero querría que fuese mentira.

Tras esto, así me aprieta
el sospechar, que por mejor ternía
que fuese ya verdad, sin sospechallo.

Mas luego al alma mía
la altera imaginar culpa secreta.
Menos mal es el ser que el barruntallo,
mas ¿cuál estaré, siendo, si lo hallo?
¡Oh triste, fuerte y áspera ventura,
que en tantos males no hay un mal más cierto!

Tomaría por puerto,
con tal que fuese cierta, la tristura.

Amor, por más penarme,
muda del mal mil veces la figura:
porque no sepa cómo he de guardarme,
no determina un modo de matarme.

En mis tristes entrañas
volviendo de mis males va la rueda:
en esto el orden siempre permanece.

Un punto no está queda,
y en el volver sus vueltas son estrañas.
De suyo el movimiento tanto crece,
que allí está quien la mueve, y no parece.
¡Oh, mi alma, de males fundamento,
hacedora de mi corporal muerte!

¡Oh fuerza cruda y fuerte,
do al un tormento espanta otro tormento!

¡Oh mal siempre presente,
do llega al cabo, y crece el sentimiento!
¿Qué cielo, qué natura así consiente
hallarse sin menguante tal creciente?

Todas las cosas tienen
sus puntos naturales y mudanzas,
y su curso alcanzaron ya medido;
sus ratos de bonanzas
hallan con que sus fuerzas se sostienen.
Mas yo, que me consuelo dolorido
de lo que siento con lo que he sentido,
la noche espanta y luego hiere el día,
lo presente me hace, que deseo
todo lo que no veo.
Vuelve y revuelve amor la fantasía.
Parece el esperanza
tal ante mí, que no me desconfía,
mal luego sé que della no se alcanza,
sino prendarme más con la tardanza.

De sola muerte vivo,
y en vivo fuego es siempre mi morada:
manjar extraño y animal no visto.
El alma va cargada;
yo, en cuanto della tengo, estoy cativo.
De punto en punto un nuevo dolor visto,
y el uso es tal, que nunca le resisto.
El mal me aprieta, lo peor me espanta.
Yo estoy mirando si veré socorro,
y alguna vez me corro
de contemplar que estoy en pena tanta.
El solo imaginar,
con sus falsas figuras me quebranta.
Busca para matarme vanidades,
como si no bastasen las verdades.

¡Oh alma, y alma mía!,
¡Oh vos, señora, de mí fuerte estrago!,
¡Oh vida desdeñosa en tus provechos!
Mas ¿dónde estoy? ¿Qué hago?
¿Dó tan allá el tormento me desvía?
¿Para qué es ya, con llantos tan deshechos,
trabajar de curar males tan hechos?
No quiero más con quejas encenderme;
bástame que mi mal mismo me encienda.

No cumple que se estienda
mi llorar, pues llorar no ha de valerme.

Mientra en esto más toco,
hallo, ¡triste!, que más echo a perderme.
Pues así es, no quiero ser más loco,
sino ver si podré callar un poco.

Canción: si de muy larga te culparen,
respóndeles que sufran con paciencia;
que un gran dolor de todo da licencia.

CANCIÓN

Gentil señora mía,
yo hallo en el mover de vuestros ojos
un no sé qué —no sé cómo nombrallo—,
que todos mis enojos
descarga de mi triste fantasía.
Busco la soledad por contemplallo,
y en ello tantos gustos de bien hallo,
que moriría si el pensar durase.
Mas este pensamiento es tan delgado
que presto es acabado,
y conviene que en otras cosas pase.
Porfío en más pensar,

y estoy diciendo: ¡si esto no acabase!
Mas después veo que tanto gozar
no es de las cosas que pueden durar.

Yo pienso si allá arriba,
donde está el movedor de las estrellas,
las obras que se veen son de esta arte,
¿por qué para bien vellas
de mí no huye mi alma tan cativa?,
¿por qué no abre la cárcel y se parte
a do de tanto bien lleve su parte?
Tras esto, en ver que sois vos la que quiero,
bendigo, pues que vos estáis aquí,
la hora en que nací,
y el suelo en que los pies puse primero,
y por no ver finida
la voluntad que os tengo, y la que espero,
muero tanto por alargar la vida,
que siempre pienso tenella perdida.

Vuestro gentil semblante,
tan grandes son las fuerzas que en mí tiene,
que alguna vez me pesa velle tal.

Mi alma no sostiene
ver junto tanto bien en un instante,
y más que tan gran bien es muy gran mal;
¿cómo durará un ser tan desigual?
Vuestro es el gesto y el mirar es mío.

Y mientras más vuestra hermosura crece,
mi vista más padece,
tanto, que ya sufriese es desvarío.

Totalmente ha de ser
forzado en este crudo desafío
que vos dejéis o templéis vuestro ser,
o yo, señora, que os deje de ver.

Las cosas que os contemplo,
cuando os las miro, no pueden venir
a la medida de un hombre que muere.

No puedo yo sentir
de hermosura un tan subido ejemplo.
Por fe, os ha de querer aquel que os quiere.
Gran parte de su gloria, quien os viere,
la perderá, por falta de sentilla:
así que os empobrece la riqueza.

Pues vuestra gentileza,
de mucha, no es de crella ni decilla,
si yo pudiese gozalla
mi bienaventuranza, o recebilla,
como vos, mi señora, podéis dalla,
yo bien podría yo bien alcanzalla.

Bien proveen mis penas
en templar la calor de mi deseo;
forzado es echar agua a tanto fuego.

El miedo, cuando os veo,
hiela toda mi sangre por las venas,
refrena al gozo y al desasosiego.
¡Oh extraño mal, que he de buscar sosiego
entre el dolor y la desconfianza!
El extremo del bien es tanto y tal,
que otro extremo de mal
la ha de sanar y la ha de dar templanza.

Contrarios elementos
sostienen al amor en su balanza.
Si a un cabo echase mis pensamientos,
muy presto faltarían sus cimientos.

Levántase el quereros
tan sin tino, que ya no sé qué quiero.
He de venir a no querer ya nada.
Por cien mil cosas muero,

y no sé, cuando os veo, sino veros.
Al primer paso acabo la jornada;
gran cuenta traigo siempre comenzada,
y que es tiempo de dalla bien lo siento,
ya que llegó, y el dalla está en la mano;
 paréceme temprano,
y fundo por razón mi encogimiento.

 Delante de vos puesto
mi corazón, que en vos siempre está atento,
hace tantas mudanzas, y tan presto,
cuantas son las que hace vuestro gesto.

 Busco lo más seguro,
dilatando lo que es más necesario
por una cierta temerosa vía.

 Jamás falta contrario
en lo que quiero ni en lo que procuro.
Esta dicha mil años ha que es mía;
si yo la viese, yo la conocería;
amor me hiere, y luego se me asconde.
Yo lo perdono, más también me ensaño
 de ver que con engaño
se me va lo mejor no sé por dónde.

 Pensá lo que os merezco,
que llamo siempre a quien no me responde,
y en los mayores casos que padezco
deseo el bien y el mal os agradezco.

Canción: ya puedes ir a quien tú sabes;
y si al volver me quieres hacer fiesta,
no cures tú de darme su respuesta.

CANCIÓN

Anda en revueltas el amor conmigo:

no sé en qué ha de parar, o él o yo.
Tiempo sería pues de haber parado;
no acabo el sí ni determino el no.
Mi seso, so color de serme amigo,
me aconseja muy bien por más cuidado.

Para desengañado
valgo poco, que me engañaron mucho.

Con razón ya no escucho
lo que es razón, pues que más me enloquece.

Ya esto no parece,
sino querer que ande como un hombre
que le quedó tan solamente el nombre.

Traigo la vida y el contentamiento
puesto en un lance que, si se perdiese,
no oso pensar en lo que perdería.
Lo que ha de ser de mí, ¡quién lo supiese!
Mas ¿quién se atreve a tanto sentimiento,
como en esto mi mal o el bien daría?

Teme mi fantasía
de abrir su puerta a toda el esperanza,
porque nunca se alcanza
tanto esperar sin otro tanto miedo.

En nada oso estar quedo;
tomo las cosas tanto por extremo,
que no menos el bien que el dolor temo.

Tiéneme amor guardado el mayor gusto
que tenga puesto en todos sus regalos;
cúmpleme que no sea o sea presto.
Mil casos se me hacen por él malos;
cuéstame adelantado un gran desgusto
de cuantas cosas son, que no son esto.

Estoy siempre muy puesto
en contemplar la vida que ternía,
si tanto bien venía.

Al mejor tiempo dame un sobresalto,
temiendo errar el salto.
Contra de esto, si en mi provecho arguyo,
con todo cuanto pienso me destruyo.

Hago mis cuentas como las querría,
mas suéleme tomar desto un agüero
que todo mi pensar convierte en llanto;
dice cómo ha de alcanzar mi fantasía
cosa que de pensalla gusta tanto.

Es tan grande este espanto,
que no oso desear lo que deseo
ni creer lo que creo.
Tomo por maña ya no desear
y a mi dicha engañar.
Mas, ¡ciego de mí!, ¡triste!, yo no veo
que esto es de todos el mayor deseo.

Tras esto, a lo peor me determino;
pienso el dolor y pienso los remedios:
y esto hago de puramente triste.
Crece el temor buscando tantos medios;
mi guerra yo la hago y la acrimino,
que aún no es el mal, ya el alma le resiste;
en esto tal consiste
trabajarme y morirme vanamente.

Mi seso es el que miente;
huye de un no sé qué que se le antoja.

Tantas veces me enoja
el vano mal del vano pensamiento,
que verdadero querría el tormento.

Mi alma, que de Dios libre fue hecha,
busca su libertad naturalmente,
y así con tanto miedo se aborrece.
Ternía por menor inconveniente

su esperanza en un punto ser deshecha
que padecer del arte que padece.

De brava le parece
que de perder su fin se holgaría,
mas luego esta porfía
la pierde, si a apretar viene esta cuenta.

Entonces no hay afrenta,
ni males, ni tormentos, ni dolores:
todo es deseo, blandura y amores.

No hay entonces, señora, sino amaros,
y mirar bien si os amo cuando debo,
sin desear de vuestra parte nada.
Paréceme que os vuelvo a amar de nuevo:
siento alborozos frescos y más claros
que si ésta fuese la primera jornada.

¡Cuán bienaventurada
fuera mi alma, si esto algo durase!

Mas cumple que así pase,
porque mi vida se parezca a mí.

Para mi mal nací:
nací para valerme con sufrir,
nací, señora, en fin, para morir.

Contra este mal, provocado he mil secretos;
las ciertas esperiencias en mí faltan;
las dudosas, en fin, serán dudosas.
A cada bien mil accidentes saltan;
así sus fuerzas como sus efetos
pierden, por mí, y en mí, todas las cosas.

Hácenseme dañosas
en un punto las de mayor provecho.

Ya en esto no hay despecho,
sino temor de alguna gran hondura
de nueva desventura.

Tomaría yo agora por partido

ser seguro de no quedar perdido.

Querría en algún tiempo quedar bueno
para holgar siquiera con mi llanto,
y henchirme bien de mis malas venturas,
mas temo no he de ser aún para tanto.
Cierto, según del arte que yo peno,
no he de tener recurso a mis tristuras.

¡Oh fuertes desventuras!,
que aún me ha de echar mi mal como a perdido,
por hombre sin sentido,
y ha de quedar en mí, no una tristeza,
a que el alma se aveza,
mas otro entristecer que, a quien le tiene,
desesperar muy presto le conviene.

Canción: bien sabes cuántos
días ha ya que agravios me son hechos;
ya quedan satisfechos
los que me quieren mal, y así si vieres
aquella que ver quieres,
dile que en maltratarme ya se atiente,
que no es bien dar placer a mucha gente.

CANCIÓN

Bien pensé yo pasar mi triste vida
del arte que otro tiempo pasaba,
concertándome en mí con mis tormentos;
pero engañéme yo en lo que pensaba,
y así agora mi alma de corrida
anda buscando, entre sus sentimientos,
cómo pueda engañar mis pensamientos.
Al uno dice que mi mal no es nada,
y al otro que no pierda el esperanza,

que en fin todo se alcanza;
anda por me engañar, y está engañada,
que ya toda su maña
es toda para mí muy escusada;
piensa que me regala, si me engaña,
y en engañarme, más me desengaña.

De mí una soledad estraña siento,
tan grande, que me busco y no me hallo,
ni aún me hallo donde me he perdido.
Véome tal que disimulo y callo,
para el mundo mostrándome contento,
y esto ya veis si es más andar caído.
Mi mismo mal me trae tan corrido,
que querría penar secretamente,
y hasta de vos, que sois la misma parte,
asconderme en tal arte
que os mintiese mi mal, que nunca miente.

Si alguna vez despierto
a quejarme, el temor no lo consiente.
Las peñas moverían de un desierto
las quejas que en las manos se me han muerto.

Si os quiero hablar, faltando va mi habla,
mas por mí os habla el demudarme luego,
y el estaros delante y no miraros.
Mi grande desacuerdo y mal sosiego,
y el no hacer lo que conviene, os habla;
y más que todo os habla el no hablaros.
Yo sé muy bien lo que he sabido amaros,
y sólo bien con gran trabajo mío
y con poco de quien me lo ha mostrado.

Y con esto he quedado
tan letrado en mi mal, que es desvarío
pensar dél olvidarme.
Ni de mí ni de vos tanto confío,

que con mano piense de curarme
ni con la vuestra un poco de ayudarme.

En otro tiempo, pues, pasé mi vida
de tal suerte que, en fin, yo la pasaba
concertándome en mí con mis tormentos.
Ya entonces mi dolor me fatigaba,
mas, al cabo, a mi mal daba salida
un blando discurrir de pensamientos
que un no sé qué traían de contentos.
Y cuando me tomaba una sospecha,
con el fuego de amor se iba gastando,
poco a poco dejando
el alma de su error tan satisfecha,
que de esto me acudía
una esperanza allí, de nuevo hecha,
y un pensar que otra vez mi fantasía
su vano sospechar entendería.

Los desgustos, que entonces me enojaban,
sus términos tenían ya medidos
en mí, y sus parosismos concertados,
y así al venir no eran tan temidos,
antes alguna vez me descansaban
con pensar que, tras ser ellos pasados,
mis deleites vernían más doblados.
Era víspera el mal de una gran fiesta,
para la cual mi alma se adrezaba,
y en sí se alborozaba
para salir lozana y muy compuesta.
Con esto, mi cuidado
se iba sin más demanda ni respuesta
Podía tanto en mí el bien esperado,
que antes de ser sentido, era gozado.

El día que de veros no alcanzaba,

descansaba con quien visto os había,
rodeando mil pláticas por una;
y esperando de veros otro día,
tanto mi corazón se alborozaba,
que alababa mi tiempo y mi fortuna,
desde el punto que fui puesto en la cuna.
Como el glotón que gusta alguna cosa,
y tanto gusto della en sí le viene,
que espera y se detiene,
y comenzar, por no acabar, no osa;
así mi fantasía
de vuestra vista siendo deseosa,
alguna vez sin veros se sufría,
pensando que después más holgaría.
¡Cuán al revés es lo que paso agora!
que concertar no puedo mis pasiones,
para sufrillas concertadamente,
ni me vale buscar cien mil razones,
para en cien años alcanzar un hora
en que pueda penar templadamente.
Está en su fuerza siempre mi accidente,
y viéndoos y no viéndoos siempre muero:
muero, si os veo, de mortal deseo;
y el día que no os veo,
de veros otro día desespero.

No tengo sufrimiento
para esperar un poco lo que quiero,
ni puedo dar salida al sentimiento
con blando ni con duro pensamiento.

Ni soy para salir de mil sospechas,
en las cuales amor me funda tanto,
que hago de nonada una gran torre.
Yo mismo mis dolores me levanto,
con razones al parecer tan hechas,
que a buscar quien la ayude el alma corre,

y halla presto a quien no la socorre.
¡Oh congojas de tantas diferencias,
que a mostrar o pasar el dolor dellas
no bastan mis querellas,
ni hay multitud que baste de paciencias!

Amor, ¿con cuál espada
abriste en mí tan ásperas dolencias,
que no valga mi vida, de cuitada,
sino para llorar la que es pasada?

Yo pago bien cualquier pasada gloria
con el dolor de mi presente vida,
y págola con logro deshonado,
y así queda mi alma destruida,
y quedo yo, cuitado, en mi memoria
del pasado placer tan alcanzado,
que presto he de quebrar, si no he quebrado.
Parte os cabrá, señora, de este daño,
que si el dolor, que en mí se multiplica,
pensáis que os hará rica,
sabé que recibís muy gran engaño.

Milagro es cuando acierta
quedar sin mal quien hace un mal tamaño.
¿Qué estrella o qué razón os hace cierta,
que de tanto matar no quedéis muerta?

Canción: tú puedes ir donde quisieres,
que, aunque vas a peligro, siendo mía,
irás bien yendo sin mi compañía.

CANCIÓN

Gran tiempo Amor me tuvo de su mano,
el bien con el dolor en mí templando,
trayéndome con gusto y con tormento;

conmigo mismo entonces fui pasando,
envuelto en mis dolencias como sano,
pues que todo paraba en ser contento;
pasaba de uno en otro pensamiento,
y si mal una vez me amanecía,
era el anochecer después sabroso;
penaba con reposo,
muchos días sufriendo por un día;
si un mal se señalaba
en mí, luego otro bien me sostenía;
el mal, en cantidad, mucho pesaba,
pero, en la calidad, el bien llevaba.

Tanto llevaba el bien al dolor mío,
que sólo con el bien era mi cuenta;
el dolor se olvidaba o se perdía;
mi alma estaba por Amor contenta;
y aunque era el contentarse desvarío,
su pensamiento en esto la regía.
No era alborozada su alegría,
antes era tan grave y tan fundada
que mi gozo en lo hondo andaba puesto;
sin salir nunca el gesto,
yo andábame entre mí sin mostrar nada;
queriendo estar doblado,
con gente que traer pensé engañada,
conmigo estaba ya tan confiado,
que holgaba de fingirme mal tratado.

El miedo que en Amor todos padecen
muy pocas veces yo le padecía:
tanto en mí bien seguro y firme estaba.
Si algún prudente amigo me decía
«estos bienes de Amor no permanecen»,
por pesada sentencia la juzgaba.
Ninguna forma de desdicha hallaba

que embarazar pudiese mis venturas,
ni vacilaban ya mis esperanzas
con escuchar mudanzas
de mujeres que han hecho ya locuras.

Ningún caso toparse
podía con mis casos y aventuras,
ni tan alto algún bien podía hallarse
que pudiese a mis bienes igualarse.

Duraron largo tiempo estos errores,
y ¡ojalá, pues tan grande fue el errarse,
no comenzaran o no duraran tanto!
No había mi alma tanto de engañarse
(por más que en mí pudiesen los amores)
que tan gran bien parase en tan gran llanto.
De lo que fui, por lo que soy, me espanto:
las tristes experiencias me han traído
el seso y la miseria juntamente.

Pero tan fuertemente
el seso en la miseria viene asido
que es cosa intolerable
valerse dél en caso tan perdido.
¡Oh áspera deshonra, y lamentable,
que sea el seso en mí tan miserable!

Mas nuestro Dios, a quien tanto costamos,
que derramó su sangre por nosotros,
inventa en nuestros males grandes curas.
Muchos dolientes sana, unos con otros;
otros nos deja andar por donde andamos,
curando a los más tristes con tristuras;
al loco le consiente hacer locuras,
y le deja hallar por desatinos,
a las veces, el más seguro seso,
y allí le tiene preso
sin dejalle que pierda más caminos.

Tú, Dios, con tu sentencia
me enterraste en dolores tan continos,
porque después me diese tu clemencia
que otro Lázaro fuese en tu presencia.

Resucitado pues de aquella muerte
que mató vivamente mis sentidos,
los del alma y también los corporales,
volviendo atrás, mis años vi perdidos
y vi que fui caído en baja suerte,
igual con los más bajos animales;
no eran de perdonar tan tristes males,
ni nunca yo por mí los perdonara.
Perdónelos Aquel que ha perdonado
ser muerto y tormentado,
injurias padeciendo cara a cara.

Pues Tú, Señor, olvidas
tu perjüicio de mi culpa clara,
¿cómo podrá ya ser que mis heridas
con tu sangre no queden corregidas?

Yo espero en Ti, cuya esperanza cierta
jamás faltó de dar lo prometido
a tiempo y a sazón como conviene,
que el bien de mi salud será cumplido
y mi alma, a quien abriste Tú la puerta,
se podrá aprovechar de lo que tiene.
Valdráme la memoria si el mal viene
a tentarme por donde me ha tentado;
la voluntad, de verse libre y suelta,
guardar se ha de revuelta;
el entender, por prueba, habrá alcanzado
que es mengua y dolor grave
cativamente siempre estar atado.
Tú, que ternás, Señor, desto la llave,
echarás más en mí de lo que cabe.

Mis errores veré, mas ya los veo
y entiendo bien el vano fundamento
sobre el cual levantaba mi cuidado.
Ya agora dos placeres en mí siento:
el uno es la salud de mi deseo,
y el otro ver que quedo bien vengado
de mí y de quien mis llantos ha causado.
Y tengo más: que ha sido esta venganza
sin desvelarme yo, ni fatigarme,
para poder vengarme.
El mundo me ha vengado con su lanza,
con crueldad tamaña
que he dolor ya de tanta destemplanza.
Nunca pidió la rabia de mi saña
ser vengada con furia tan estraña.

Nunca quise sino lo que ahora tengo,
que es tener en muy poco lo que es poco
y poder sosegar mi pensamiento.
Esto ya no lo alcanzo poco a poco,
sino que cada vez que a pensar vengo
en lo que estoy, se me hinche el sentimiento,
de cabo a cabo, de contentamiento.
Y este contentamiento es tan fundado,
que aun andaré, por todos, predicando
que, amando o desamando,
se den prisa a llegar do yo he llegado.
Y si el áspera vía
les pudiese mostrar por do he pasado,
o mal o bien quizá la mostraría,
pero mostrada, ¿quién la pasaría?

Lo que puedo mostrar a todo el mundo
es que me perdí yo en este camino,
y que anduve por él siempre perdido.

Perdíme al primer paso, y al segundo
estuve ya del todo tan sin tino
que en lo peor quedé cuasi tendido.
Mi alma por allí pasar no vido
a hombre vivo, en quien se guareciese,
y si alguno pasó, tiró adelante,
sin parar un instante,
hasta que yo de vista la perdiese.

Así quedé, mas vino,
primero que del todo anoheciese,
quien con la gracia del poder divino
el error me quitó y el desatino.

Canción: aquí podrás conmigo holgarte,
que, pues tan buen camino has ya tomado,
aquí está quien te manterná en tu estado.

OceanofPDF.com

Sonetos

SONETO

Aún bien no fui salido de la cuna,
ni del ama la leche hube dejado,
cuando el amor me tuvo condenado
a ser de los que siguen su fortuna.

Diome luego miserias de una en una
por hacerme costumbre en su cuidado;
después en mí de un golpe ha descargado
cuanto mal hay debajo de la luna.

En dolor fui criado y fui nacido,
dando de un triste paso en otro amargo,
tanto que, si hay paso, es de la muerte.
¡Oh corazón que siempre has padecido!,
dime: tan fuerte mal, ¿cómo es tan largo?
Y mal tan largo —di—, ¿cómo es tan fuerte?

SONETO

Solo y pensoso en páramos desiertos
mis pasos doy, cuidadosos y cansados,
y entrambos ojos traigo levantados
a ver no vea alguien mis desconciertos.

Mis tormentos allí vienen tan ciertos,
y van mis sentimientos tan cargados,

que aun los campos me suelen ser pesados
porque todos no están secos y muertos.

Si oyo balar acaso algún ganado,
y la voz del pastor da en mis oídos,
allí se me revuelve mi cuidado;

y quedan espantados mis sentidos,
¿cómo ha sido no haber desesperado
después de tantos llantos doloridos?

SONETO

Dejadme en paz, ¡oh duros pensamientos!
Básteos el daño y la vergüenza hecha.
Si todo lo he pasado, ¿qué aprovecha
inventar sobre mí nuevos tormentos?

Natura en mí perdió sus movimientos;
el alma ya a los pies del dolor se echa;
tiene por bien, en regla tan estrecha,
a tantos casos, tantos sufrimientos.

Amor, fortuna y muerte, ques presente,
me llevan a la fin por sus jornadas,
y a mi cuenta debería ser llegado.

Yo, cuando acaso afloja el accidente,
si vuelvo el rostro y miro las pisadas,
tiemblo de ver por donde me han pasado.

SONETO

El tiempo vuelve y bullen esperanzas;

yo estoy atento a ver qué ha de ser esto.
Un corazón tan flaco no es dispuesto
a sostener las prósperas mudanzas.

Señales hay de no sé qué bonanzas;
no las tengo por buenas, si son presto.
Ver en mis enemigos tan buen gesto,
me pone más dudosas confianzas.

Yo estaba sosegado en mis tristuras,
muy contento de muy determinado;
tenía bien hartas mis desventuras.

Estando así, sin gozos ni amarguras,
sin soledad, del bien todo olvidado,
revuelven a matarme sus blanduras.

SONETO

Nueva prisión hubiera de matarme,
según hallé peligro al entrar della.
Pero cesó la parte la querella,
y alcancé, por jüicio, de librarme.

Andan agora por tornar a echarme
al yugo antiguo, que en mis huesos sella;
que para allá me arrebató mi estrella
y allá me tiene sin dejar holgarme.

Confesaré, si dicen que he mudado,
que mudó el accidente algún pedazo,
no la raíz del mal acostumbrado.

Un mudar fue de un corazón cansado,
como es mudar en el izquierdo brazo

el peso del derecho atormentado.

SONETO

Vuelve el deseo a levantar su rueda;
reverdece y barrunta ya el verano;
la tierra viste su color temprano;
mozo está el año, al buen estado rueda.

El alma en su esperanza se está queda,
aunque avisos le dan de mano en mano;
flores vernán, mas nunca verná el grano;
con hambre quedará, si en esto queda.

No quedaré sino muy mantenido,
que al desear mantíenele el deseo.
Yo traigo en mí lo que para mí pido.

Quiero querer, y es mi querer cumplido;
mas, en tal tiempo, a veces me proveo,
que es mayor hambre estar más proveído.

SONETO

Temor celoso el alma me desvía,
fatígame y revuélveme conmigo.
Mas, ¿para qué ser yo tan enemigo
de aquel que en las entrañas de Amor cría?

Muero en sufrir su triste compañía;
sólo por él yo mismo me persigo.
¿Por qué, con todo, si amo me fatigo
con quien amar me hace noche y día?

Huela el deseo, al tiempo que más ardo;
antes más ardo, si por él me rijo;
más me esfuerzo por él que me acobardo.

En fin, él me embaraza y dél me guardo;
no puede ser, que del Amor es hijo:
es hijo del Amor, mas es bastardo.

SONETO

Mueve el querer las alas con gran fuerza
tras el loor de aquella que yo canto.
Al comenzar, levántase un espanto
tal que es peor del seso si se esfuerza.

Por otra parte, la razón me fuerza;
yo hablo, y callo, y estoyme así entretanto;
esfuerzo alguna vez, y otras me espanto;
en fin, la gana de escribir refuerza.

Del mundo, bien; de nuestros tiempos, gloria,
fue nacer ésta por la cual yo vivo:
enmienda fue de cuanto aquí se yerra.

Fue declarar lo natural más vivo,
fue de virtud hacer perfecta historia,
y fue juntar el cielo con la tierra.

SONETO

¿Dó están mis ojos que su luz no veen?
¿Dó está mi lengua, que a mi bien no cuenta
mi tanto mal y mi tan gran tormenta,
que ya por mis pecados no me creen?

¿Dó están mis pies? ¿Dó irán, que se paseen
por el lugar do comenzó mi afrenta?
¿Dó está mi cuerpo, que no se presenta
adonde sus sentidos le recreen?

¿Dó está el andar con ansia todo el día,
preguntando por quien nuevas me diese
de mi placer, aunque me entristecía?

¿Dó el sobresalto, si alguno quería
decirme algo, primero que lo oyese?
¡Y era bueno después cuando lo oía!

SONETO

Cargado voy de mí doquier que ando,
y cuerpo y alma todo me es pesado.
Sin causa vivo, pues que está apartado
de do el vivir su causa iba ganando.

Mi seso está sus obras desechando;
no me queda otra renta, ni otro estado,
sino pasar pensando en lo pasado;
y cayo bien en lo que voy pensando.

Tanto es el mal, que mi corazón siente
que sola la memoria de un momento
viene a ser para mí crudo accidente.

¿Cómo puede vivir mi pensamiento
si el pasado placer y el mal presente
tienen siempre ocupado el sentimiento?

SONETO

Quien dice que el ausencia causa olvido
merece ser de todos olvidado.
El verdadero y firme enamorado
está, cuando está ausente, más perdido.

Aviva la memoria su sentido;
la soledad levanta su cuidado;
hallarse de su bien tan apartado
hace su desear más encendido.

No sanan las heridas en él dadas
aunque cese el mirar que las causó,
si quedan en el alma confirmadas.

Que si uno está con muchas cuchilladas,
porque huya de quien lo acuchilló,
no por eso serán mejor curadas.

SONETO

Si un corazón de un verdadero amante,
y un contino morir por contentaros,
y un estender mi alma en desearos,
y un encogerme si os estoy delante;

y si un penar con un sufrir constante,
satisfecho y contento con miraros,
y un derramar mis pasos por buscaros,
preguntando por vos a cada instante;

y si un tener mi razonar compuesto,
y en hablándoos sin más luego turbarme,
con un grande embarazo y desvarío:
los accidentes son que han de llevarme

con público pregón, a morir presto,
la culpa es vuestra y el dolor es mío.

SONETO

Dulce soñar y dulce congojarme
cuando estaba soñando que soñaba.
Dulce gozar con lo que me engañaba
si un poco más durara el engañarme.

Dulce no estar en mí que figurarme
podía cuanto bien yo deseaba.
Dulce placer, aunque me importunaba,
que alguna vez llegaba a despertarme.

¡Oh sueño, cuánto más leve y sabroso
me fueras si vinieras tan pesado
que asentaras en mí con más reposo!

Durmiendo, en fin, fui bienaventurado,
y es justo en la mentira ser dichoso
quien siempre en la verdad fue desdichado.

Respuesta de Boscán a don Diego de Mendoza

Holgué, señor, con vuestra carta tanto,
que levanté mi pensamiento luego
para tornar a mi olvidado canto.

Y así, aunque estaba a oscuras como ciego,
sin saber atinar por dónde iría,
cobré tino en la luz de vuestro fuego.

La noche se me hizo claro día
y al recordar mi soñoliento estilo,
vuestra musa valió luego a la mía.

Vuestra mano añudó mi roto hilo,
y a mi alma regó vuestra corriente
con más fertilidad que riega el Nilo.

Por dó, si mi escribir ora no siente
fértil vena, será la causa de esto
ser mi ingenio incapaz naturalmente.

Pero viniendo a nuestro prosupuesto,
digo también que el no maravillarse
es propio de jüizio bien compuesto.

Quien sabe y quiere a la virtud llegarse,
pues las cosas verá desde lo alto,
nunca terná de qué pueda alterarse.

Todo lo alcanzará sin dar gran salto:

sin moverse, andará por las estrellas,
seguro de alborozo y sobresalto;

las cosas naturales verá bellas,
y bien dirá entre sí que son hermosas,
pero no parará por eso en ellas;

subirse ha al movedor de todas cosas,
y allí contemplará grandes secretos
hasta en las florecillas y en las rosas;

allí verá con causas los efectos,
y viendo los principios, y su fuente,
no habrá maravillar en sus concetos.

Verá el correr del sol resplandeciente,
y la velocidad incomparable
con que va, de levante hasta poniente.

Verá la luna y su mover mudable,
acá y allá mostrando desatinos,
tanto, que a los antiguos fue admirable.

Verá mil otros cursos y caminos,
según que por acá nuevas tenemos
de los siete planetas por los sinos.

Verá, en fin, más que todo cuanto vemos,
y en maravillas no maravillado
estará, sin sentir jamás extremos.

Como digo, en lo alto irá encumbrado,
y viendo desde allí nuestras bajezas,
llorará y reirá de nuestro estado.

Nuestras fuerzas dirá que son flaquezas,

terná nuestros deleites por fatigas
y nuestras abundancias por pobreza.

Los hombres antojársele han hormigas;
los robles, pensará que son retamas,
y a todo podrá hacer doscientas higas.

Qué gracia para él serán las damas,
qué burla terná en ver las diligencias
que tienen en soplar ardientes llamas.

Terná el saber nacido de esperiencias,
y sobre la mundana sinrazón
falso estará y dará grandes sentencias.

Decí: si veis bailar no oyendo el son
de los que bailan, ¿no estaréis burlando
y no os parecerá que locos son?

Así el sabio que vive descansando,
sin nunca oír el son de las pasiones,
que nos hacen andar como bailando,

sabrá burlar de nuestras turbaciones,
y reírse ha de aquellos movimientos
que verá hacer a nuestros corazones.

Así que dados estos fundamentos,
que entiende el sabio de raíz las cosas,
y que desprecia nuestros pensamientos,

las locas para otros espantosas,
de nuevas o de grandes, no podrán
ser jamás para él maravillosas.

Cuidados a este tal no le darán

ni su propio dolor ni el bien ajeno,
ambos por una cuenta pasarán.

Dichoso aquel que de esto estará lleno,
viviendo entre las penas sosegado,
y en mitad de los vicios siendo bueno.

¡Oh gran saber del hombre reposado!,
¡cuánto más vales, aunque estés durmiendo,
que el del otro, aunque esté más desvelado!

Pero es, en fin, en esto lo que entiendo,
que holgamos de hablar bien cuando hablamos
magníficas sentencias componiendo.

Pero cuando a las obras nos llegamos,
rehuimos mi fe de la carrera
y con sólo el hablar nos contentamos.

Díjome no sé quién, una vez, que era
placer hablar de Dios y obrar del mundo:
ésta es la ley de nuestra ruin manera.

Pero, señor, si a la virtud que fundo
llegar bien no podemos, a los menos
escusemos del mal lo más profundo.

En tierra, do los vicios van tan llenos,
aquellos hombres que no son peores,
aquellos pasarán luego por buenos.

Yo no ando ya siguiendo a los mejores,
bástame alguna vez dar fruto alguno:
en lo demás conténtome de flores.

No quiero en la virtud ser importuno,

ni pretiendo rigor en mis costumbres,
con el glotón no pienso estar ayuno.

La tierra está con llantos y con cumbres,
lo tolerable a tiempo acomodemos,
y a su sazón hagámonos dos lumbres.

No curemos de andar tras los extremos,
pues dellos huye la filosofía
de los buenos autores que leemos.

Si en Xenócrates vemos dura vía,
sigamos a Platón, su gran maestro,
y templemos con él la fantasía.

Conviene en este mundo andar muy diestro,
templando con el miedo el esperanza
y alargando con tiento el paso nuestro.

Ande firme y derecha la templanza,
como hombre que pasea por maroma,
que no cae porque no se abalanza.

El que buen modo en sí y buen temple toma,
con pasos irá siempre descansados,
aunque vaya de Cáliz hasta Roma.

El estado mejor de los estados
es alcanzar la buena medianía,
con la cual se remedian los cuidados.

Y así yo, por seguir aquesta vía,
heme casado con una mujer
que es principio y fin del alma mía.

Ésta me ha dado luego un nuevo ser,

con la felicidad, que me sostiene
llena la voluntad y el entender.

Ésta me hace ver que ella conviene
a mí y las otras no me convenían;
a ésta yo tengo y ella me tiene.

En mí las otras iban y venían,
y a poder de mudanzas a montones
de mi puro dolor se mantenían.

Eran ya para mí sus galardones,
como tesoros por encantamientos,
que luego se volvían en carbones.

Agora son los bienes que en mí siento,
firmes, macizos, con verdad fundados,
y sabrosos en todo el sentimiento.

Solían mis placeres dar cuidados,
y al tiempo que venían a gustarse
ya llegaban a mí casi dañados.

Agora el bien es bien para gozarse,
y el placer es lo que es, que siempre place,
y el mal ya con el bien no ha de juntarse.

Al satisfecho todo satisface,
y así también a mí por lo que he hecho
cuanto quiero y deseo se me hace.

El campo que era de batalla el lecho,
ya es lecho para mí de paz durable;
dos almas hay conformes en un pecho.

La mesa en otro tiempo abominable,

y el triste pan que en ella yo comía,
y el vino que bebía lamentable,

infestándome siempre alguna harpía
que, en mitad del deleite, mi vianda
con amargos potajes envolvía,

ahora el casto amor acude y manda
que todo se me haga muy sabroso,
andando siempre todo como anda.

De manera, señor, que aquel reposo
que nunca alcancé yo, por mi ventura,
con mi filosofar triste y penoso,

una sola mujer me lo asegura,
y en perfecta sazón me da en las manos
vitoria general de mi tristura.

Y aquellos pensamientos míos tan vanos
ella los va borrando con el dedo,
y escribe en lugar dellos otros sanos.

Así que yo ni quiero ya ni puedo
tratar sino de vida descansada,
sin colgar de esperanza ni de miedo.

Ya estoy pensando, estando en mi posada,
cómo podré con mi mujer holgarme,
teniéndola en la cama o levantada.

Pienso también en cómo he de vengarme
de la pasada vida con la de ora,
en cómo he de saber della burlarme.

Otras veces también, pienso algún hora,

las cosas de mi hacienda sin codicia,
aunque ésta comúnmente es la señora.

Bien puede el labrador sin avaricia
multiplicar cada año sus graneros,
guardando la igualdad de la justicia.

No curo yo de hacer cavar mineros,
de venas de metal ni otras riquezas,
para alcanzar gran suma de dineros.

Sólo quiero escusar tristes pobreza,
por no sufrir soberbias de hombres vanos,
ni de ricos estrechos, estrechezas.

Quiero tener dineros en mis manos,
tener para tener contenta vida
con los hidalgos y con los villanos.

Quienquiera se desmande y se desmida,
buscando el oro puro y reluciente,
y la concha del mar Indo venida.

Quienquiera está cuidadoso y diligente,
haciendo granjear grandes jugadas
de tierra, do aproveche la semiente.

Si con esto se envuelven las lanzadas,
las muertes entre hermanos y parientes,
y de reyes las guerras guerreadas,

¡huyan de mí los tales accidentes,
huyan de mí riquezas poderosas,
si son causa de mil males presentes!

Déjenme estar contento, entre mis cosas,

comiendo en compañía mansamente
comidas que no sean sospechosas.

Conmigo y mi mujer sabrosamente
esté, y alguna vez me pida celos,
con tal que me los pida blandamente.

Comamos y bebamos sin recelos,
la mesa de muchachos rodeada,
muchachos que nos hagan ser agüelos.

Pasaremos así nuestra jornada
agora en la ciudad ora en la aldea,
porque la vida esté más descansada.

Cuando pesada la ciudad nos sea,
iremos al lugar con la compañía,
adonde el importuno no nos vea.

Allí se vivirá con menos maña,
y no habrá el hombre tanto de guardarse
del malo o del grosero que os engaña.

Allí podrá mejor filosofarse,
con los bueyes y cabras y ovejas,
que con los que del vulgo han de tratarse.

Allí no serán malas las consejas
que contarán los simples labradores,
viniendo de arrastrar las duras rejas.

¿Será, pues, malo allí tratar de amores,
viendo que Apolo, con su gentileza,
anduvo enamorado entre pastores?

¿Y Venus no se vio en grande estrechez

por Adonis, vagando entre los prados,
según la antigüedad así lo reza?

¿Y Baco no sintió fuertes cuidados
por la cuitada que quedó dormiendo
en mitad de los montes despoblados?

Las ninfas, por las aguas pareciendo,
y entre las arboledas las driadas
se veen, con los faunos, rebullendo.

Nosotros seguiremos sus pisadas,
digo yo y mi mujer nos andaremos,
tratando allí las cosas namoradas.

A do corra algún río nos iremos,
y a la sombra de alguna verde haya,
a do estemos mejor, nos sentaremos.

Tenderme ha allí la falda de su saya,
y en regalos de amor habrá porfía
cuál de entrambos hará más alta raya.

El río correrá por do es su vía,
nosotros correremos por la nuestra,
sin pensar en la noche ni en el día.

El ruiseñor nos cantará a la diestra,
y verná sin el cuervo la paloma,
haciendo en su venida alegre muestra.

No tenemos envidia al que está en Roma,
ni a los tesoros de los asianos,
ni a cuanto por acá del India asoma.

Ternemos nuestros libros en las manos,

y non se cansarán de andar contando
los hechos celestiales y mundanos.

Virgilio a Eneas estará cantando,
y Homero el corazón de Aquiles fiero,
y el navegar de Ulises rodeando.

Propercio verná allí por compañero,
el cual dirá con dulces armonías
del arte que a su Cintia amó primero.

Catulo acudirá por otras vías,
y llorando de Lesbia los amores,
sus trampas llorará y chocarrerías.

Esto me advertirá de mis dolores,
pero volviendo a mi placer presente,
terné mis escarmientos por mejores.

Ganancia sacaré del accidente
que otro tiempo mi sentir turbaba,
trayéndome perdido entre la gente.

¿Qué haré de acordarme cual estaba
viéndome cual estoy, que estoy seguro
de nunca más pasar lo que pasaba?

En mi fuerte estaré dentro en mi muro,
sin locura de amor ni fantasía
que me pueda vencer con su conjuro.

Como digo estaré en mi compañía,
en todo me hará el camino llano,
su alegría mezclando con la mía.

Su mano me dará dentro en mi mano,

y acudirán deleites y blanduras,
de un sano corazón en otro sano.

Los ojos holgarán con las verduras
de los montes y prados que veremos,
y con las sombras de las espesuras.

El correr de las aguas oiremos,
y su blando venir por las montañas,
que a su paso vernán donde estaremos.

El aire moverá las verdes cañas,
y volverán entonces los ganados
balando por llegar a sus cabañas.

En esto ya que el sol por los collados
sus largas sombras andará encumbrando,
enviando reposo a los cansados,

nosotros nos iremos paseando
hacia el lugar do está nuestra morada,
en cosas que veremos platicando.

La compañía saldrá regocijada
a tomarnos entonces con gran fiesta,
diciendo a mi mujer si está cansada.

Veremos al entrar la mesa puesta
y todo con concierto aparejado,
como es uso de cosa bien compuesta.

Después que un poco habremos reposado
sin ver bullir ni andar, yendo y viniendo,
y a cenar nos habremos asentado,

Nuestros mozos vernán allí, trayendo

viandas naturales y gustosas,
que nuestro gusto estén todo moviendo.

Frutas pornán maduras y sabrosas,
por nosotros las más dellas cogidas,
envueltas en mil flores olorosas.

Las natas, por los platos estendidas,
acudirán, y el blanco requesón,
y otras cosas que dan cabras paridas.

Después de esto, verná el tierno lechón,
y del gordo conejo el gazapito,
y aquellos pollos que de pasto son.

Verná también allí el nuevo cabrito,
que a su madre jamás habrá seguido
por el campo, de tierno y de chiquito.

Después que todo esto haya venido,
y que nosotros descansadamente
en nuestra cena hayamos bien comido,

pasaremos la noche dulcemente,
hasta venir al tiempo que la gana
del dormir toma al hombre comúnmente.

Lo que de este tiempo a la mañana
pasare, pase agora sin contarse,
pues no cura mi pluma de ser vana.

Basta saber que dos que tanto amarse
pudieron, no podrán hallar momento
en que puedan dejar siempre de holgarse.

Pero tornando a proseguir el cuento,

nuestro vivir será de vida entera,
viviendo en el aldea como cuento.

Tras esto ya que el corazón se quiera
desenfadar con variar la vida,
tomando nuevo gusto en su manera,

a la ciudad será nuestra partida,
a donde todo nos será placiente
con el nuevo placer de la venida.

Holgaremos entonces con la gente,
y con la novedad de haber llegado,
trataremos con todos blandamente.

Y el cumplimiento, que es siempre pesado,
a lo menos aquel que, de ser vano,
no es menos enojoso que escusado,

alaballe estará muy en la mano,
y decir que por solo el cumplimiento,
se conserva en el mundo el trato humano.

Nuestro vivir así estará contento,
y alcanzaremos mil ratos gozosos,
en recompensa de un desabrimiento.

Y aunque a veces no falten enojos,
todavía entre nuestros conocidos,
los dulces serán más y los sabrosos.

Pues ya con los amigos más queridos,
que será el alborozo y el placer,
y el bollicio de ser recién venidos

que será el nunca hartarnos de nos ver,

y el buscarnos cada hora y cada punto,
y el pesar del buscarse sin se ver.

Mosén Durall allí estará muy junto,
haciendo con su trato y su nobleza
sobre nuestro placer el contrapunto.

Y con su buen burlar y su llaneza,
no sufrirá un momento tan rüin,
que en nuestro gran placer mezcle tristeza.

No faltará Jerónimo Agustín,
con su saber sabroso y agradable,
no menos que en romance en el latín,

el cual, con gravedad mansa y tratable,
contando cosas bien, por él notadas,
nuestro buen conversar hará durable;

las burlas andarán por él mezcladas
con las veras, así con tal razón,
que unas, de otras, serán bien ayudadas.

En esto acudirá el buen Monlleón,
con quien todos holgar mucho solemos,
y nosotros y cuantos con él son;

él nos dirá y nosotros gustaremos;
él reirá y hará que nos riamos,
y en esto enfadarse ha de cuanto haremos.

Otras cosas habrá que las callamos,
porque tan buenas son para hacerse
que pierden el valor si las hablamos.

Pero tiempo es, en fin, de recogerse,

porque haya más para otro mensajero:
que si mi cuenta no ha de deshacerse,
no será, yo os prometo, éste el postrero.

OceanofPDF.com

GARCILASO DE LA VEGA

OceanofPDF.com

Coplas en metros castellanos

COPLA I

*Villancico del mismo [Boscán] y de Garcilaso de la Vega
a don Luis de la Cueva porque bailó en palacio
con una dama que llamaban La Pájara*

¿Qué testimonios son éstos
que le queréis levantar?
Que no fue sino bailar.

Garcilaso

¿Ésta tienen por culpa?
No lo fue, a mi parecer,
porque tiene por desculpa
que lo hizo la mujer.

Ésta le hizo caer
mucho más que el no saltar
que hizo con el bailar.

COPLA II

Canción, habiéndose casado su dama

Culpa debe ser quereros,
según lo que en mí hacéis;
mas allá lo pagaréis

do no sabrán conoceros,
por mal que me conocéis.

Por quereros, ser perdido
pensaba, que no culpado;
mas que todo lo haya sido,
así me lo habéis mostrado,
que lo tengo bien sabido.

¡Quién pudiese no quereros
tanto como vos sabéis,
por holgarme que paguéis
lo que no han de conoceros
con lo que no conocéis!

COPLA III

Otra

Yo dejaré desde aquí
de ofenderos más hablando,
porque mi morir callando
os ha de hablar por mí.

Gran ofensa os tengo hecha
hasta aquí en haber hablado,
pues en cosa os he enojado
que tan poco me aprovecha.

Derramaré desde aquí
mis lágrimas no hablando,
porque quien muere callando
tiene quien hable por sí.

COPLA IV

A una partida

Acaso supo, a mi ver,
y por acierto, quereros
quien tal yerro fue a hacer
como partirse de veros
donde os dejase de ver.

Imposible es que este tal,
pensando que os conocía,
supiese lo que hacía
cuando su bien y su mal
junto os entregó en un día.

Acertó acaso a hacer
lo que, si por conoceros
hiciera, no podía ser:
partirse y, con solo veros,
dejaros siempre de ver.

COPLA V

Traduciendo cuatro versos de Ovidio

Pues este nombre perdí,
«Dido, mujer de Siqueo»,
en mi muerte esto deseo
que se escriba sobre mí:

«El peor de los troyanos
dio la causa y el espada;
Dido, a tal punto llegada,
no puso más de las manos».

COPLA VI

*A una señora que, andando él y otro paseando,
les echó una red empezada y un huso
comenzado a hilar en él, y dijo que aquello
había trabajado todo el día*

De la red y del hilado
hemos de tomar, señora,
que echáis de vos en un hora
todo el trabajo pasado;

y si el vuestro se ha de dar
a los que se pasearen,
lo que por vos trabajaren
¿dónde lo pensáis echar?

COPLA VII

*Del mismo Garcilaso a Boscán, porque estando
en Alemaña danzó en unas bodas*

La gente se espanta toda,
que hablar a todos distes,
que un milagro que hecistes
hubo de ser en la boda;

pienso que habéis de venir,
si vais por ese camino,
a tornar el agua en vino,
como el danzar en reír.

COPLA VIII

Villancico de Garcilaso

Nadi puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.

Porque la gloria de veros
en ese punto se quita
que se piensa mereceros;

así que, sin conoceros,
nadi puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.

OceanofPDF.com

Sonetos

SONETO I

Cuando me paro a contemplar mi estado
y a ver los pasos por dó me han traído,
hallo, según por do anduve perdido,
que a mayor mal pudiera haber llegado;

mas cuando del camino esté olvidado,
a tanto mal no sé por dó he venido;
sé que me acabo, y más he yo sentido
ver acabar conmigo mi cuidado.

Yo acabaré, que me entregué sin arte
a quien sabrá perderme y acabarme
si quisiere, y aún sabrá querello;

que pues mi voluntad puede matarme,
la suya, que no es tanto de mi parte,
pudiendo, ¿qué hará sino hacello?

SONETO II

En fin a vuestras manos he venido,
do sé que he de morir tan apretado
que aun aliviar con quejas mi cuidado
como remedio me es ya defendido;

mi vida no sé en qué se ha sostenido

si no es en haber sido yo guardado
para que sólo en mí fuese probado
cuánto corta una espada en un rendido.

Mis lágrimas han sido derramadas
donde la sequedad y el aspereza
dieron mal fruto dellas, y mi suerte:

¡basten las que por vos tengo lloradas;
no os venguéis más de mí con mi flaqueza;
allá os vengad, señora, con mi muerte!

SONETO III

La mar en medio y tierras he dejado
de cuanto bien, cuitado, yo tenía;
y yéndome alejando cada día,
gentes, costumbres, lenguas he pasado.

Ya de volver estoy desconfiado;
pienso remedios en mi fantasía,
y el que más cierto espero es aquel día
que acabará la vida y el cuidado.

De cualquier mal pudiera socorrerme
con veros yo, señora, o esperallo,
si esperallo pudiera sin perdello;

mas de no veros ya para valerme,
si no es morir, ningún remedio hallo,
y si éste lo es, tampoco podré habello.

SONETO IV

Un rato se levanta mi esperanza,

mas, cansada de haberse levantado,
torna a caer, que deja, a mal mi grado,
libre el lugar a la desconfianza.

¿Quién sufrirá tan áspera mudanza
del bien al mal? ¡Oh corazón cansado,
esfuerza en la miseria de tu estado,
que tras fortuna suele haber bonanza!

Yo mesmo emprenderé a fuerza de brazos
romper un monte que otro no rompiera,
de mil inconvenientes muy espeso;

muerte, prisión no pueden, ni embarazos,
quitarme de ir a veros como quiera,
desnudo espirtu o hombre en carne y hueso.

SONETO V

Escrito está en mi alma vuestro gesto
y cuanto yo escribir de vos deseo:
vos sola lo escribistes; yo lo leo
tan solo, que aun de vos me guardo en esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto,
que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,
de tanto bien lo que no entiendo creo,
tomando ya la fe por presupuesto.

Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma misma os quiero;

cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,

por vos he de morir, y por vos muero.

SONETO VI

Por ásperos caminos he llegado
a parte que de miedo no me muevo,
y si a mudarme a dar un paso pruebo,
allí por los cabellos soy tornado;

mas tal estoy, que con la muerte al lado
busco de mi vivir consejo nuevo,
y conozco el mejor y el peor apruebo,
o por costumbre mala o por mi hado.

Por otra parte, el breve tiempo mío
y el errado proceso de mis años,
en su primer principio y en su medio,

mi inclinación, con quien ya no porfío,
la cierta muerte, fin de tantos daños,
me hacen descuidar de mi remedio.

SONETO VII

No pierda más quien ha tanto perdido;
bástate, amor, lo que ha por mí pasado;
válgame ora jamás haber probado
a defenderme de lo que has querido.

Tu templo y sus paredes he vestido
de mis mojadas ropas y adornado,
como acontece a quien ha ya escapado
libre de la tormenta en que se vido.

Yo habia jurado nunca más meterme,
a poder mío y a mi consentimiento,
en otro tal peligro como vano;

mas del que viene no podré valerme,
y en esto no voy contra el juramento,
que ni es como los otros ni en mi mano.

SONETO VIII

De aquella vista pura y excelente
salen espirtus vivos y encendidos,
y siendo por mis ojos recebidos,
me pasan hasta donde el mal se siente;

éntranse en el camino fácilmente
por do los mios, de tal calor movidos,
salen fuera de mí como perdidos,
llamados de aquel bien que está presente.

Ausente, en la memoria la imagino;
mis espirtus, pensando que la vían,
se mueven y se encienden sin medida;

mas no hallando fácil el camino,
que los suyos entrando derretían,
revientan por salir do no hay salida.

SONETO IX

Señora mia, si yo de vos ausente
en esta vida turo y no me muero,
paréceme que ofendo a lo que os quiero
y al bien de que gozaba en ser presente;

tras éste luego siento otro accidente,
que es ver que si de vida desespero,
yo pierdo cuanto bien de vos espero,
y ansí ando en lo que siento diferente.

En esta diferencia mis sentidos
están, en vuestra ausencia, y en porfía;
no sé ya qué hacerme en mal tamaño;

nunca entre sí los veo sino reñidos;
de tal arte pelean noche y día
que sólo se conciertan en mi daño.

SONETO X

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería,
juntas estáis en la memoria mía
y con ella en mi muerte conjuradas!

¿Quién me dijera, cuando las pasadas
horas que en tanto bien por vos me vía,
que me habiades de ser en algún día
con tan grave dolor representadas?

Pues en una hora junto me llevastes
todo el bien que por términos me distes,
lleváme junto el mal que me dejastes;

si no, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes porque deseastes
verme morir entre memorias tristes.

SONETO XI

Hermosas ninfas que, en el río metidas,
contentas habitáis en las moradas
de relucientes piedras fabricadas
y en columnas de vidrio sostenidas;

ahora estéis labrando embebecidas
o tejiendo las telas delicadas;
ahora unas con otras apartadas
contándoos los amores y las vidas:

dejad un rato la labor, alzando
vuestras rubias cabezas a mirarme,
y no os detendréis mucho según ando,

que o no podréis de lástima escucharme,
o convertido en agua aquí llorando,
podréis allá despacio consolarme.

SONETO XII

Si para refrenar este deseo
loco, imposible, vano, temeroso,
y guarecer de un mal tan peligroso,
que es darme a entender yo lo que no creo,

no me aprovecha verme cual me veo,
o muy aventurado o muy medroso,
en tanta confusión que nunca oso
fiar el mal de mí que lo poseo,

¿qué me ha de aprovechar ver la pintura
de aquel que con las alas derretidas,
cayendo, fama y nombre al mar ha dado,

y la del que su fuego y su locura
llora entre aquellas plantas conocidas,
apenas en el agua resfriado?

SONETO XIII

A Dafne ya los brazos le crecían
y en luengos ramos vueltos se mostraban;
en verdes hojas vi que se tornaban
los cabellos que el oro escurecían;

de áspera corteza se cubrían
los tiernos miembros que aun bullendo estaban;
los blancos pies en tierra se hincaban
y en torcidas raíces se volvían.

Aquel que fue la causa de tal daño,
a fuerza de llorar, crecer hacía
este árbol, que con lágrimas regaba.

¡Oh miserable estado, oh mal tamaño,
que con llorarla crezca cada día
la causa y la razón por que lloraba!

SONETO XIV

Como la tierna madre que el doliente
hijo le está con lágrimas pidiendo
alguna cosa de la cual comiendo
sabe que ha de doblarse el mal que siente,

y aquel piadoso amor no le consiente
que considere el daño que haciendo

lo que le piden hace, va corriendo
y aplaca el llanto y dobla el accidente;

así a mi enfermo y loco pensamiento,
que en su daño os me pide, yo querría
quitalle este mortal mantenimiento;

mas pídemele y llora cada día
tanto, que cuanto quiere le consiento,
olvidando su muerte y aun la mía.

SONETO XV

Si quejas y lamentos pueden tanto
que enfrenaron el curso de los ríos,
y en los diversos montes y sombríos
los árboles movieron con su canto;

si convirtieron a escuchar su llanto
los fieros tigres y peñascos fríos;
si, en fin, con menos casos que los míos
bajaron a los reinos del espanto:

¿por qué no ablandará mi trabajosa
vida, en miseria y lágrimas pasada,
un corazón conmigo endurecido?

Con más piedad debria ser escuchada
la voz del que se llora por perdido
que la del que perdió y llora otra cosa.

SONETO XVI

Para la sepultura de don Hernando de Guzmán

No las francesas armas odiosas,
en contra puestas del airado pecho,
ni en los guardados muros con pertrecho
los tiros y saetas ponzoñosas;

no las escaramuzas peligrosas,
ni aquel fiero ruido contrahecho
de aquel que para Júpiter fue hecho
por manos de Vulcano artificiosas,

pudieron, aunque más yo me ofrecía
a los peligros de la dura guerra,
quitar una hora sola de mi hado;

mas infición de aire en solo un día
me quitó al mundo, y me ha en ti sepultado,
Parténope, tan lejos de mi tierra.

SONETO XVII

Pensando que el camino iba derecho,
vine a parar en tanta desventura,
que imaginar no puedo, aun con locura,
algo de que esté un rato satisfecho:

el ancho campo me parece estrecho,
la noche clara para mí es oscura,
la dulce compañía amarga y dura,
y duro campo de batalla el lecho.

Del sueño, si hay alguno, aquella parte
sola que es ser imagen de la muerte
se aviene con el alma fatigada.

En fin que, como quiera, estoy de arte,
que juzgo ya por hora menos fuerte,
aunque en ella me vi, la que es pasada.

SONETO XVIII

Si a vuestra voluntad yo soy de cera
y por sol tengo sólo vuestra vista,
la cual a quien no inflama o no conquista
con su mirar es de sentido fuera,

¿de dó viene una cosa que, si fuera
menos veces de mí probada y vista,
según parece que a razón resista,
a mi sentido mismo no creyera?

Y es que yo soy de lejos inflamado
de vuestra ardiente vista, y encendido
tanto, que en vida me sostengo apenas;

mas si de cerca soy acometido
de vuestros ojos, luego siento, helado,
cuajárseme la sangre por las venas.

SONETO XIX

Julio, después que me partí llorando
de quien jamás mi pensamiento parte,
y dejé de mi alma aquella parte
que al cuerpo vida y fuerza estaba dando,

de mi bien a mí mismo voy tomando
estrecha cuenta, y siento de tal arte

faltarme todo el bien, que temo en parte
que ha de faltarme el aire suspirando.

Y con este temor mi lengua prueba
a razonar con vos, oh dulce amigo,
del amarga memoria de aquel día

en que yo comencé como testigo
a poder dar, del alma vuestra, nueva
y a sabella de vos del alma mía.

SONETO XX

Con tal fuerza y vigor son concertados
para mi perdición los duros vientos,
que cortaron mis tiernos pensamientos
luego que sobre mí fueron mostrados.

El mal es que me quedan los cuidados
en salvo destos acontecimientos,
que son duros y tienen fundamentos
en todos mis sentidos bien echados.

Aunque por otra parte no me duelo,
ya que el bien me dejó con su partida,
del grave mal que en mí está de continuo;

antes con él me abrazo y me consuelo,
porque en proceso de tan dura vida
ataje la largueza del camino.

SONETO XXI

Clarísimo marqués, en quien derrama

el cielo cuanto bien conoce el mundo,
si al gran valor en que el sujeto fundo,
y al claro resplandor de vuestra llama

arribare mi pluma, y do la llama
la voz de vuestro nombre alto y profundo,
seréis vos solo eterno y sin segundo,
y por vos inmortal quien tanto os ama.

Cuanto del largo cielo se desea,
cuanto sobre la tierra se procura,
todo se halla en vos de parte a parte;

y, en fin, de solo vos formó natura
una estraña y no vista al mundo idea,
y hizo igual al pensamiento el arte.

SONETO XXII

Con ansia extrema de mirar qué tiene
vuestro pecho escondido allá en su centro,
y ver si a lo de fuera lo de dentro
en apariencia y ser igual conviene,

en él puse la vista; mas detiene
de vuestra hermosura el duro encuentro
mis ojos, y no pasan tan adentro
que miren lo que el alma en sí contiene.

Y así se quedan tristes en la puerta
hecha, por mi dolor, con esa mano,
que aun a su mismo pecho no perdona;

donde vi claro mi esperanza muerta
y el golpe, que en vos hizo amor en vano,

non esservi passato oltra la gonna.

SONETO XXIII

En tanto que de rosa y de azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
con clara luz la tempestad serena;

y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena:

coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera
por no hacer mudanza en su costumbre.

SONETO XXIV

Ilustre honor del nombre de Cardona,
décima morada de Parnaso,
a Tansillo, a Minturno, al culto Taso
sujeto noble de imortal corona:

si en medio del camino no abandona
la fuerza y el espirtu a vuestro Laso,
por vos me llevará mi osado paso
a la cumbre difícil de Elicona.

Podré llevar entonces sin trabajo,
con dulce son que el curso al agua enfrena,
por un camino hasta agora enjuto,

el patrio, celebrado y rico Tajo,
que del valor de su luciente arena
a vuestro nombre pague el gran tributo.

SONETO XXV

¡Oh hado secutivo en mis dolores,
cómo sentí tus leyes rigurosas!
Cortaste el árbol con manos dañosas
y esparciste por tierra fruta y flores.

En poco espacio yacen los amores,
y toda la esperanza de mis cosas,
tornados en cenizas desdeñosas
y sordas a mis quejas y clamores.

Las lágrimas que en esta sepultura
se vierten hoy en día y se vertieron
recibe, aunque sin fruto allá te sean,

hasta que aquella eterna noche oscura
me cierre aquestos ojos que te vieron,
dejándome con otros que te vean.

SONETO XXVI

Echado está por tierra el fundamento
que mi vivir cansado sostenía.
¡Oh cuánto bien se acaba en solo un día!
¡Oh cuántas esperanzas lleva el viento!

¡Oh cuán ocioso está mi pensamiento
cuando se ocupa en bien de cosa mía!
A mi esperanza, así como a baldía,
mil veces la castiga mi tormento.

Las más veces me entrego, otras resisto
con tal furor, con una fuerza nueva,
que un monte puesto encima rompería.

Aquéste es el deseo que me lleva
a que desee tornar a ver un día
a quien fuera mejor nunca haber visto.

SONETO XXVII

Amor, amor, un hábito vestí,
el cual de vuestro paño fue cortado;
al vestir ancho fue, mas apretado
y estrecho cuando estuvo sobre mí.

Después acá de lo que consentí,
tal arrepentimiento me ha tomado,
que pruebo alguna vez, de congojado,
a romper esto en que yo me metí;

mas ¿quién podrá deste hábito librarse,
teniendo tan contraria su natura,
que con él ha venido a conformarse?

Si alguna parte queda, por ventura,
de mi razón, por mí no osa mostrarse,
que en tal contradicción no está segura.

SONETO XXVIII

Boscán, vengado estáis, con mengua mía,
de mi rigor pasado y mi aspereza,
con que reprehenderos la terneza
de vuestro blando corazón solía.

Agora me castigo cada día
de tal selvatiquez y tal torpeza;
mas es a tiempo que de mi bajeza
correrme y castigarme bien podría.

Sabed que en mi perfeta edad y armado,
con mis ojos abiertos, me he rendido
al niño que sabéis, ciego y desnudo.

De tan hermoso fuego consumido
nunca fue corazón; si preguntado
soy lo demás, en lo demás soy mudo.

SONETO XXIX

Pasando el mar Leandro el animoso,
en amoroso fuego todo ardiendo,
esforzó el viento, y fuese embraveciendo
el agua con un ímpetu furioso.

Vencido del trabajo presuroso,
contrastar a las ondas no pudiendo,
y más del bien que allí perdía muriendo
que de su propia vida congojoso,

como pudo, esforzó su voz cansada
y a las ondas habló de esta manera,
mas nunca fue su voz dellas oída:

«Ondas, pues no se escusa que yo muera,
dejadme allá llegar, y a la tornada
vuestro furor esecutá en mi vida».

SONETO XXX

Sospechas que, en mi triste fantasía
puestas, hacéis la guerra a mi sentido,
volviendo y revolviendo el afligido
pecho con dura mano noche y día:

ya se acabó la resistencia mía
y la fuerza del alma; ya rendido,
vencer de vos me dejo, arrepentido
de haberos contrastado en tal porfía.

Llevadme a aquel lugar tan espantable,
que, por no ver mi muerte allí esculpida,
cerrados hasta aquí tuve los ojos.

Las armas pongo ya, que concedida
no es tan larga defensa al miserable:
colgad en vuestro carro mis despojos.

SONETO XXXI

Dentro de mi alma fue de mí engrendado
un dulce amor, y de mi sentimiento
tan aprobado fue su nacimiento
como de un solo hijo deseado;

mas luego de él nació quien ha estragado
del todo el amoroso pensamiento;

en áspero rigor y en gran tormento
los primeros deleites ha tornado.

¡Oh crudo nieto, que das vida al padre
y matas al agüelo!, ¿por qué creces
tan desconforme a aquel de que has nacido?

¡Oh celoso temor!, ¿a quién pareces?,
que aun la invidia, tu propia y fiera madre,
se espanta en ver el monstruo que ha parido.

SONETO XXXII

Mi lengua va por do el dolor la guía;
ya yo con mi dolor sin guía camino;
entrambos hemos de ir con puro tino;
cada uno va a parar do no querría:

yo porque voy sin otra compañía
sino la que me hace el desatino;
ella porque la lleve aquel que vino
a hacella decir más que querría.

Y es para mí la ley tan desigual,
que, aunque inocencia siempre en mí conoce,
siempre yo pago el yerro ajeno y mío.

¿Qué culpa tengo yo del desvarío
de mi lengua, si estoy en tanto mal,
que el sufrimiento ya me desconoce?

SONETO XXXIII

A Boscán desde la Goleta

Boscán, las armas y el furor de Marte,
que con su propia fuerza el africano
suelo regando, hacen que el romano
imperio reverdezca en esta parte,

han reducido a la memoria el arte
y el antiguo valor italiano,
por cuya fuerza y valerosa mano
África se aterró de parte a parte.

Aquí donde el romano encendimiento,
donde el fuego y la llama licenciosa
sólo el nombre dejaron a Cartago,

vuelve y revuelve amor mi pensamiento,
hiere y enciende el alma temerosa,
y en llanto y en ceniza me deshago.

SONETO XXXIV

Gracias al cielo doy que ya del cuello
del todo el grave yugo he desasido,
y que del viento el mar embravecido
veré desde lo alto sin temello;

veré colgada de un sutil cabello
la vida del amante embebecido
en error, en engaño adormecido,
sordo a las voces que le avisan dello.

Alegrarame el mal de los mortales,
y yo en aquesto no tan inhumano
seré contra mi ser cuanto parece:

alegrareme como hace el sano,
no de ver a los otros en los males,
sino de ver que dellos él carece.

SONETO XXXV

*A Mario, estando, según algunos dicen,
herido en la lengua y en el brazo*

Mario, el ingrato amor, como testigo
de mi fe pura y de mi gran firmeza,
usando en mí su vil naturaleza,
que es hacer más ofensa al más amigo;

teniendo miedo que, si escribo y digo
su condición, abato su grandeza,
no bastando su esfuerzo a su crüeza,
ha esforzado la mano a mi enemigo;

y así, en la parte que la diestra mano
gobierna y en aquella que declara
los concetos del alma, fui herido.

Mas yo haré que aquesta ofensa cara
le cueste al ofensor, ya que estoy sano,
libre, desesperado y ofendido.

SONETO XXXVI

Siento el dolor menguarme poco a poco,
no porque ser le sienta más sencillo,
mas fallece el sentir para sentillo,
después que de sentillo estoy tan loco;

ni en sello pienso que en locura toco,
antes voy tan ufano con oíllo,
que no dejaré el sello y el sufrillo,
que, si dejo de sello, el seso apoco.

Todo me empece, el seso y la locura:
prívame éste de sí por ser tan mío;
mátame estotra por ser yo tan suyo.

Parecerá a la gente desvarío
preciarme deste mal do me destruyo:
yo lo tengo por única ventura.

SONETO XXXVII

A la entrada de un valle, en un desierto
do nadie atravesaba ni se vía,
vi que con estrañeza un can hacía
estremos de dolor con desconcierto;

ahora suelta el llanto al cielo abierto,
ora va rastreando por la vía;
camina, vuelve, para, y todavía
quedaba desmayado como muerto.

Y fue que se apartó de su presencia
su amo, y no le hallaba, y esto siente:
mirad hasta dó llega el mal de ausencia.

Moviome a compasión ver su accidente;
díjele lastimado: «Ten paciencia,
que yo alcanzo razón, y estoy ausente».

SONETO XXXVIII

Estoy contino en lágrimas bañado,
rompiendo siempre el aire con sospiros,
y más me duele el no osar deciros
que he llegado por vos a tal estado;

que viéndome do estoy y en lo que he andado
por el camino estrecho de seguiros,
si me quiero tornar para hüiros,
desmayo, viendo atrás lo que he dejado;

y si quiero subir a la alta cumbre,
a cada paso espántanme en la vía
ejemplos tristes de los que han caído;

sobre todo, me falta ya la lumbre
de la esperanza, con que andar solía
por la oscura región de vuestro olvido.

SONETO XXXIX

¡Oh celos, de amor terrible freno,
que en un punto me vuelve y tiene fuerte;
hermanos de crüel amarga muerte
que, vista, turbas el cielo sereno!

¡Oh serpiente nacida en dulce seno
de hermosas flores, mi esperanza es muerte:
tras próspero comienzo, adversa suerte,
tras süave manjar, recio veneno!

¿De cuál furia infernal acá saliste,
oh crüel monstruo, oh peste de mortales,
que tan tristes, crudos mis dias heciste?

Torna ya sin aumentar mis males;
desdichado miedo, ¿a qué veniste?,
que bien bastaba amor con sus pesares.

SONETO XL

El mal en mí ha hecho su cimiento
y sobre él de tal arte ha labrado,
que amuestra bien estar determinado
de querer para siempre este aposiento;

trátame así que a mil habría muerto,
mas yo para más mal estoy guardado;
estó ya tal, que todos me han dejado
sino el dolor que en sí me tiene vuelto.

Ya todo mi ser se ha vuelto en dolor
y así para siempre ha de turar,
pues la muerte no viene a quien no es vivo;

en tanto mal, turar es el mayor,
y el mayor bien que tengo es el llorar:
¡cuál será el mal do el bien es el que digo!

Canciones

CANCIÓN I

Si a la región desierta, inhabitable
por el hervor del sol demasiado
y sequedad de aquella arena ardiente,
o a la que por el hielo congelado
y rigurosa nieve es intratable,
del todo inhabitada de la gente,
por algún accidente
o caso de fortuna desastrada,
me fuédeses llevada,
y supiese que allá vuestra dureza
estaba en su crüeza,
allá os iría a buscar como perdido,
hasta morir a vuestros pies tendido.

Vuestra soberbia y condición esquiva
acabe ya, pues es tan acabada
la fuerza de en quien ha de esecutarse;
mirá bien que el amor se desagrada
deso, pues quiere que el amante viva
y se convierta ado piense salvarse.
El tiempo ha de pasarse,
y de mis males arrepentimiento,
confusión y tormento
sé que os ha de quedar, y esto recelo,
que aunque de mí me duelo,
como en mí vuestros males son de otra arte,

duélenme en más sensible y tierna parte.

Así paso la vida acrecentando
materia de dolor a mis sentidos,
como si la que tengo no bastase,
los cuales para todo están perdidos
sino para mostrarme a mí cuál ando.
Pluguiese a Dios que aquesto aprovechase
para que yo pensase
un rato en mi remedio, pues os veo
siempre con un deseo
de perseguir al triste y al caído:
yo estoy aquí tendido,
mostrándoos de mi muerte las señales,
y vos viviendo sólo de mis males.

Si aquella amarillez y los suspiros
salidos sin licencia de su dueño,
si aquel hondo silencio no han podido
un sentimiento grande ni pequeño
mover en vos que baste a convertiros
a siquiera saber que soy nacido,
baste ya haber sufrido
tanto tiempo, a pesar de lo que basto;
que a mí mismo contraste,
dándome a entender que mi flaqueza
me tiene en la estrechez
en que estoy puesto, y no lo que yo entiendo:
así que con flaqueza me defiendo.

Canción, no has de tener
conmigo ya que ver en malo o en bueno;
trátame como ajeno,
que no te faltará de quien lo aprendas.
Si has miedo que me ofendas,
no quieras hacer más por mi derecho

de lo que hice yo, que el mal me he hecho.

CANCIÓN II

La soledad siguiendo,
rendido a mi fortuna,
me voy por los caminos que se ofrecen,
por ellos esparciendo
mis quejas de una en una
al viento, que las lleva do perecen.
Pues todas no merecen
ser de vos escuchadas,
ni sola un hora oídas,
he lástima de ver que van perdidas
por donde suelen ir las remediadas;
a mí se han de tornar,
adonde para siempre habrán de estar.

Mas ¿qué haré, señora,
en tanta desventura?
¿A dónde iré, si a vos no voy con ella?
¿De quién podré yo ahora
valerme en mi tristura,
si en vos no halla abrigo mi querella?
Vos sola sois aquella
con quien mi voluntad
recibe tal engaño,
que, viéndoos holgar siempre con mi daño,
me quejo a vos, como si en la verdad
vuestra condición fuerte
tuviese alguna cuenta con mi muerte.

Los árboles presento,
entre las duras peñas,
por testigo de cuanto os he encubierto;

de lo que entre ellas cuento
podrán dar buenas señas,
si señas pueden dar del desconcierto.
Mas ¿quién tendrá concierto
en contar el dolor,
que es de orden enemigo?
No me den pena por lo que ora digo,
que ya no me refrenará el temor:
¡quién pudiese hartarse
de no esperar remedio y de quejarse!

Mas esto me es vedado
con unas obras tales,
con que nunca fue a nadie defendido,
que si otros han dejado
de publicar sus males,
llorando el mal estado a que han venido,
señora, no habrá sido
sino con mejoría
y alivio en su tormento;
mas ha venido en mí a ser lo que siento
de tal arte, que ya en mi fantasía
no cabe, y así quedo
sufriendo aquello que decir no puedo.

Si por ventura estiando
alguna vez mis ojos
por el proceso luengo de mis daños,
con lo que me defiando
de tan grandes enojos
solamente es, allí, con mis engaños;
mas vuestros desengaños
vencen mi desvarío
y apocan mis defensas,
sin yo poder dar otras recompensas,
sino que, siendo vuestro más que mío,

quise perderme así
por vengarme de vos, señora, en mí.
Canción, yo he dicho más que me mandaron
y menos que pensé;
no me pregunten más, que lo diré.

CANCIÓN III

Con un manso rüido
de agua corriente y clara,
cerca el Danubio una isla que pudiera
ser lugar escogido
para que descansara
quien, como estó yo agora, no estuviera:
do siempre primavera
parece en la verdura
sembrada de las flores;
hacen los ruiñeñores
renovar el placer o la tristura
con sus blandas querellas,
que nunca, dia ni noche, cesan dellas.

Aquí estuve yo puesto,
o, por mejor decillo,
preso y forzado y solo en tierra ajena;
bien pueden hacer esto
en quien puede sufrillo
y en quien él a sí mismo se condena.
Tengo sola una pena,
si muero desterrado
y en tanta desventura:
que piensen por ventura
que juntos tantos males me han llevado,
y sé yo bien que muero
por sólo aquello que morir espero.

El cuerpo está en poder
y en mano de quien puede
hacer a su placer lo que quisiere;
mas no podrá hacer
que mal librado quede
mientras de mí otra prenda no tuviere;
cuando ya el mal viniere
y la postrera suerte,
aquí me ha de hallar,
en el mismo lugar,
que otra cosa más dura que la muerte
me halla y me ha hallado,
y esto sabe muy bien quien lo ha probado.

No es necesario agora
hablar más sin provecho,
que es mi necesidad muy apretada,
pues ha sido en una hora
todo aquello deshecho
en que toda mi vida fue gastada.
Y al fin de tal jornada
¿presumen de espantarme?
Sepan que ya no puedo
morir sino sin miedo,
que aun nunca qué temer quiso dejarme
la desventura mía,
que el bien y el miedo me quitó en un día.

Danubio, rio divino,
que por fieras naciones
vas con tus claras ondas discurriendo,
pues no hay otro camino
por donde mis razones
vayan fuera de aquí, sino corriendo
por tus aguas y siendo

en ellas anegadas,
si en tierra tan ajena,
en la desierta arena,
de alguno fueren a la fin halladas,
entiérrelas siquiera
porque su error se acabe en tu ribera.

Aunque en el agua mueras,
canción, no has de quejarte,
que yo he mirado bien lo que te toca;
menos vida tuvieras
si hubiera de igualarte
con otras que se me han muerto en la boca.
Quién tiene culpa en esto,
allá lo entenderás de mí muy presto.

CANCIÓN IV

El aspereza de mis males quiero
que se muestre también en mis razones,
como ya en los efetos se ha mostrado;
lloraré de mi mal las ocasiones,
sabrà el mundo la causa por que muero,
y moriré a lo menos confesado;
pues soy por los cabellos arrastrado
de un tan desatinado pensamiento,
que por agudas peñas peligrosas,
por matas espinosas,
corre con ligereza más que el viento,
bañando de mi sangre la carrera.
Y, para más despacio atormentarme,
llévame alguna vez por entre flores,
ado de mis tormentos y dolores
descanso y dellos vengo a no acordarme;
mas él a más descanso no me espera:

antes, como me ve desta manera,
con un nuevo furor y desatino
torna a seguir el áspero camino.

No vine por mis pies a tantos daños:
fuerzas de mi destino me trujeron,
y a la que me atormenta me entregaron.
Mi razón y jüicio bien creyeron
guardarme, como en los pasados años
de otros graves peligros me guardaron;
mas cuando los pasados compararon
con los que venir vieron, no sabían
lo que hacer de sí ni dó meterse,
que luego empezó a verse
la fuerza y el rigor con que venían.
Mas de pura vergüenza costreñida,
con tardo paso y corazón medroso
al fin ya mi razón salió al camino;
cuanto era el enemigo más vecino,
tanto más el recelo temeroso
le mostraba el peligro de su vida;
pensar en el dolor de ser vencida
la sangre alguna vez le callentaba,
mas el mismo temor se la enfríaba.

Estaba yo a mirar, y, peleando
en mi defensa, mi razón estaba
cansada y en mil partes ya herida,
y sin ver yo quién dentro me incitaba
ni saber cómo, estaba deseando
que allí quedase mi razón vencida;
nunca en todo el proceso de mi vida
cosa se me cumplió que desease
tan presto como aquésta, que a la hora
se rindió la señora,
y al siervo consintió que gobernase

y usase de la ley del vencimiento.
Entonces yo sentime salteado
de una vergüenza libre y generosa;
corrime gravemente que una cosa
tan sin razón hubiese así pasado;
luego siguió el dolor al corrimiento
de ver mi reino en mano de quien cuento,
que me da vida y muerte cada día,
y es la más moderada tiranía.

Los ojos, cuya lumbre bien pudiera
tornar clara la noche tenebrosa
y escurecer el sol a mediodía,
me convirtieron luego en otra cosa,
en volviéndose a mí la vez primera
con la calor del rayo que salía
de su vista, que en mí se difundía;
y de mis ojos la abundante vena
de lágrimas, al sol que me inflamaba,
no menos ayudaba
a hacer mi natura en todo ajena
de lo que era primero. Corromperse
sentí el sosiego y libertad pasada,
y el mal de que muriendo esté engendrarse,
y en tierra sus raíces ahondarse
tanto cuanto su cima levantada
sobre cualquier altura hace verse;
el fruto que de aquí suele cogerse
mil es amargo, alguna vez sabroso,
mas mortífero siempre y ponzoñoso.

De mí agora huyendo, voy buscando
a quien huye de mí como enemiga,
que al un error añadido el otro yerro,
y en medio del trabajo y la fatiga
estoy cantando yo, y está sonando

de mis atados pies el grave hierro.
Mas poco dura el canto si me encierro
acá dentro de mí, porque allí veo
un campo lleno de desconfianza:
muéstrame la esperanza
de lejos su vestido y su meneo,
mas ver su rostro nunca me consiente.
Torno a llorar mis daños, porque entiendo
que es un crudo linaje de tormento,
para matar aquel que está sediento,
mostralle el agua por que está muriendo;
de la cual el cuitado juntamente
la claridad contempla, el ruido siente;
mas cuando llega ya para bebellá,
gran espacio se halla lejos della.

De los cabellos de oro fue tejida
la red que fabricó mi sentimiento,
do mi razón, revuelta y enredada,
con gran vergüenza suya y corrimiento,
sujeta al apetito y sometida,
en público adulterio fue tomada,
del cielo y de la tierra contemplada.
Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto,
pues no tengo con qué considerallo,
y en tal punto me hallo,
que estoy sin armas en el campo puesto,
y el paso ya cerrado y la huida.
¿Quién no se espantará de lo que digo?
Que es cierto que he venido a tal extremo,
que del grave dolor que huyo y temo
me hallo algunas veces tan amigo,
que en medio de él, si vuelvo a ver la vida
de libertad, la juzgo por perdida,
y maldigo las horas y momentos
gastadas mal en libres pensamientos.

No reina siempre aquesta fantasía,
que en imaginación tan variable
no se reposa un hora el pensamiento;
viene con un rigor tan intratable
a tiempos el dolor, que al alma mía
desampara, huyendo, el sufrimiento.
Lo que dura la furia del tormento,
no hay parte en mí que no se me trastorne
y que en torno de mí no esté llorando,
de nuevo protestando
que de la via espantosa atrás me torne.
Esto ya por razón no va fundado,
ni le dan parte dello a mi juicio,
que este discurso todo es ya perdido;
mas es en tanto daño del sentido
este dolor, y en tanto perjuicio,
que todo lo sensible atormentado,
del bien, si alguno tuvo, ya olvidado
está de todo punto, y sólo siente
la furia y el rigor del mal presente.

En medio de la fuerza del tormento
una sombra de bien se me presenta,
do el fiero ardor un poco se mitiga:
figúraseme cierto a mí que sienta
alguna parte de lo que yo siento
aquella tan amada mi enemiga.
Es tan incomportable la fatiga
que, si con algo yo no me engañase
para poder llevalla, moriría,
y así me acabaría
sin que de mí en el mundo se hablase;
así que del estado más perdido
saco algún bien. Mas luego en mí la suerte
trueca y revuelve el orden: que algún hora

si el mal acaso un poco en mí mejora,
aquel descanso luego se convierte
en un temor que me ha puesto en olvido
aquella por quien sola me he perdido;
y así, del bien que un rato satisface,
nace el dolor que el alma me deshace.

Canción, si quien te viere se espantare
de la inestabilidad y ligereza
y revuelta del vago pensamiento,
estable, grave y firme es el tormento,
le di, que es causa cuya fortaleza
es tal, que cualquier parte en que tocara
la hará revolver hasta que pare
en aquel fin de lo terrible y fuerte
que todo el mundo afirma que es la muerte.

CANCIÓN V

Ode ad florem Gnidi

Si de mi baja lira
tanto pudiese el son, que en un momento
aplacase la ira
del animoso viento
y la furia del mar y el movimiento,

y en ásperas montañas
con el süave canto enterneciese
las fieras alimañas,
los árboles moviese
y al son confusamente los trujiese,

no pienses que cantado
seria de mí, hermosa flor de Gnido,

el fiero Marte airado,
a muerte convertido,
de polvo y sangre y de sudor teñido;

ni aquellos capitanes
en las sublimes ruedas colocados,
por quien los alemanes,
el fiero cuello atados,
y los franceses van domesticados;

mas solamente aquella
fuerza de tu beldad sería cantada,
y alguna vez con ella
también sería notada
el aspereza de que estás armada,

y cómo por ti sola
y por tu gran valor y hermosura,
convertido en viola,
llora su desventura
el miserable amante en tu figura.

Hablo de aquel cativo
de quien tener se debe más cuidado,
que está muriendo vivo,
al remo condenado,
en la concha de Venus amarrado.

Por ti, como solía,
del áspero caballo no corrige
la furia y gallardía,
ni con freno la rige,
ni con vivas espuelas ya le aflige;

por ti con diestra mano
no revuelve la espada presurosa,

y en el dudoso llano
huye la polvorosa
palestra como sierpe ponzoñosa;

por ti su blanda musa,
en lugar de la cítera sonante,
tristes querellas usa,
que con llanto abundante
hacen bañar el rostro del amante;

por ti el mayor amigo
le es importuno, grave y enojoso:
yo puedo ser testigo,
que ya del peligroso
naufragio fui su puerto y su reposo;

y agora en tal manera
vence el dolor a la razón perdida,
que ponzoñosa fiera
nunca fue aborrecida
tanto como yo dél, ni tan temida.

No fuiste tú engendrada
ni producida de la dura tierra;
no debe ser notada
que ingratamente yerra
quien todo el otro error de sí destierra.

Hágate temerosa
el caso de Anajárete, y cobarde,
que de ser desdeñosa
se arrepentió muy tarde,
y así su alma con su mármol arde.

Estábase alegrando
del mal ajeno el pecho empedernido,

cuando, abajo mirando,
el cuerpo muerto vido
del miserable amante allí tendido,

y al cuello el lazo atado
con que desenlazó de la cadena
el corazón cuitado,
y con su breve pena
compró la eterna punición ajena.

Sentíó allí convertirse
en piedad amorosa el aspereza.
¡Oh tarde arrepentirse!
¡Oh última terneza!
¿Cómo te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron
en el tendido cuerpo que allí vieron;
los huesos se tornaron
más duros y crecieron,
y en sí toda la carne convirtieron;

las entrañas heladas
tornaron poco a poco en piedra dura;
por las venas cuitadas
la sangre su figura
iba desconociendo y su natura,

hasta que, finalmente,
en duro mármol vuelta y transformada,
hizo de sí la gente
no tan maravillada
cuanto de aquella ingratitud vengada.

No quieras tú, señora,
de Némesis airada las saetas

probar, por Dios, agora;
baste que tus perfectas
obras y hermosura a los poetas

den inmortal materia,
sin que también en verso lamentable
celebren la miseria
de algún caso notable
que por ti pase, triste, miserable.

OceanofPDF.com

Elegías

ELEGÍA I

*Al duque de Alba en la muerte de don
Bernardino de Toledo*

Aunque este grave caso haya tocado
con tanto sentimiento el alma mía,
que de consuelo estoy necesitado,

con que de su dolor mi fantasía
se descargase un poco y se acabase
de mi continuo llanto la porfía,

quise, pero, probar si me bastase
el ingenio a escribirte algún consuelo,
estando cual estoy, que aprovechase

para que tu reciente desconsuelo
la furia mitigase, si las musas
pueden un corazón alzar del suelo

y poner fin a las querellas que usas,
con que de Pindo ya las moradoras
se muestran lastimadas y confusas;

que, según he sabido, ni a las horas
que el sol se muestra ni en el mar se asconde,
de tu lloroso estado no mejoras,

antes, en él permaneciendo donde-
quiera que estés, tus ojos siempre bañas,
y el llanto a tu dolor así responde,

que temo ver deshechas tus entrañas
en lágrimas, como al lluvioso viento
se derrite la nieve en las montañas.

Si acaso el trabajado pensamiento
en el común reposo se adormece,
por tornar al dolor con nuevo aliento,

en aquel breve sueño te aparece
la imagen amarilla del hermano,
que de la dulce vida desfallece;

y tú tendiendo la piadosa mano,
probando a levantar el cuerpo amado,
levantas solamente el aire vano;

y del dolor el sueño desterrado,
con ansia vas buscando el que partido
era ya con el sueño y alongado.

Así desfalleciendo en tu sentido,
como fuera de ti, por la ribera
de Trápana con llanto y con gemido

el caro hermano buscas, que solo era
la mitad de tu alma, el cual muriendo,
quedará ya sin una parte entera;

y no de otra manera repitiendo
vas el amado nombre, en desusada
figura a todas partes revolviendo,

que, cerca del Erídano aquejada,
lloró y llamó Lampecía el nombre en vano,
con la fraterna muerte lastimada:

«¡Ondas, torname ya mi dulce hermano
Faetón; si no, aquí veréis mi muerte,
regando con mis ojos este llano!».

¡Oh cuántas veces, con el dolor fuerte
avivadas las fuerzas, renovaba
las quejas de su cruda y dura suerte;

y cuántas otras, cuando se acababa
aquel furor, en la ribera umbrosa,
muerta, cansada, el cuerpo reclinaba!

Bien te confieso que si alguna cosa
entre la humana puede y mortal gente
entristecer un alma generosa,

con gran razón podrá ser la presente,
pues te ha privado de un tan dulce amigo,
no solamente hermano, un accidente;

el cual no sólo siempre fue testigo
de tus consejos y íntimos secretos,
mas de cuanto lo fuiste tú contigo;

en él se reclinaban tus discretos
y honestos pareceres, y hacían
conformes al asiento sus efectos;

en él ya se mostraban y leían
tus gracias y virtudes una a una
y con hermosa luz resplandecían,

como en luciente de cristal coluna
que no encubre, de cuanto se avecina
a su viva pureza, cosa alguna.

¡Oh miserables hados, oh mezquina
suerte, la del estado humano, y dura,
do por tantos trabajos se camina,

y agora muy mayor la desventura
de aquesta nuestra edad cuyo progreso
muda de un mal en otro su figura!

¿A quién ya de nosotros el eceso
de guerras, de peligros y destierro
no toca y no ha cansado el gran proceso?

¿Quién no vio desparcir su sangre al hierro
del enemigo? ¿Quién no vio su vida
perder mil veces y escapar por yerro?

¡De cuántos queda y quedará perdida
la casa, la mujer y la memoria,
y de otros la hacienda despendida!

¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
¿Algunos premios o agradecimiento?
Sabralo quien leyere nuestra historia:

verase allí que como polvo al viento,
así se deshará nuestra fatiga
ante quien se endereza nuestro intento.

No contenta con esto, la enemiga
del humano linaje, que envidiosa
coge sin tiempo el grano de la espiga,

nos ha querido ser tan rigurosa,
que ni a tu juventud, don Bernaldino,
ni ha sido a nuestra pérdida piadosa.

¿Quién pudiera de tal ser adevino?
¿A quién no le engañara la esperanza,
viéndote caminar por tal camino?

¿Quién no se prometiera en abastanza
seguridad entera de tus años,
sin temer de natura tal mudanza?

Nunca los tuyos, mas los propios daños
dolernos deben, que la muerte amarga
nos muestra claros ya mil desengaños:

hanos mostrado ya que en vida larga,
apenas de tormentos y de enojos
llevar podemos la pesada carga;

hanos mostrado en ti que claros ojos
y juventud y gracia y hermosura
son también, cuando quiere, sus despojos.

Mas no puede hacer que tu figura,
después de ser de vida ya privada,
no muestre el arteficio de natura;

bien es verdad que no está acompañada
de la color de rosa que solía
con la blanca azucena ser mezclada,

porque el calor templado que encendía
la blanca nieve de tu rostro puro,
robado ya la muerte te lo había;

en todo lo demás, como en seguro
y reposado sueño descansabas,
indicio dando del vivir futuro.

Mas ¿qué hará la madre que tú amabas,
de quien perdidamente eres amado,
a quien la vida con la tuya dabas?

Aquí se me figura que ha llegado
de su lamento el son, que con su fuerza
rompe el aire vecino y apartado,

tras el cual a venir también se esfuerza
el de las cuatro hermanas, que teniendo
va con el de la madre a viva fuerza;

a todas las contemplo desparciendo
de su cabello luengo el fino oro,
al cual ultraje y daño están haciendo.

El viejo Tormes, con el blanco coro
de sus hermosas ninfas, seca el río
y humedece la tierra con su lloro,

no recostado en urna al dulce frío
de su caverna umbrosa, mas tendido
por el arena en el ardiente estío;

con ronco son de llanto y de gemido,
los cabellos y barbas mal paradas
se despedaza y el sutil vestido;

en torno dél sus ninfas desmayadas
llorando en tierra están, sin ornamento,
con las cabezas de oro despeinadas.

Cese ya del dolor el sentimiento,
hermosas moradoras del undoso
Tormes; tened más provechoso intento:

consolad a la madre, que el piadoso
dolor la tiene puesta en tal estado,
que es menester socorro presuroso.

Presto será que el cuerpo, sepultado
en un perpetuo mármol, de las ondas
podrá de vuestro Tormes ser bañado;

y tú, hermoso coro, allá en las hondas
aguas metido, podrá ser que al llanto
de mi dolor te muevas y respondas.

Vos, altos promontorios, entretanto,
con toda la Trinacria entristecida,
buscad alivio en desconsuelo tanto.

Sátiros, faunos, ninfas, cuya vida
sin enojo se pasa, moradores
de la parte repuesta y escondida,

con luenga experiencia sabidores,
buscad para consuelo de Fernando
hierbas de propiedad oculta y flores;

así en el ascondido bosque, cuando
ardiendo en vivo y agradable fuego
las fugitivas ninfas vais buscando,

ellas se inclinen al piadoso ruego,
y en recíproco lazo estén ligadas,
sin esquivar el amoroso juego.

Tú, gran Fernando, que entre tus pasadas
y tus presentes obras resplandeces,
y a mayor fama están por ti obligadas,

contempla dónde estás, que si falleces
al nombre que has ganado entre la gente,
de tu virtud en algo te enflaqueces,

porque al fuerte varón no se consiente
no resistir los casos de Fortuna
con firme rostro y corazón valiente;

y no tan solamente esta importuna,
con proceso crüel y riguroso,
con revolver de sol, de cielo y Luna,

mover no debe un pecho generoso
ni estristecello con funesto vuelo,
turbando con molestia su reposo;

mas si toda la máquina del cielo,
con espantable son y con rüido,
hecha pedazos, se viniere al suelo,

debe ser aterrado y oprimido
del grave peso y de la gran rüina
primero que espantado y comovido.

Por estas asperezas se camina
de la inmortalidad al alto asiento,
do nunca arriba quien de aquí declina.

Y en fin, señor, tornando al movimiento
de la humana natura, bien permito
a nuestra flaca parte un sentimiento;

mas el eceso en esto vedo y quito,
si alguna cosa puedo, que parece
que quiere proceder en infinito.

A lo menos el tiempo, que descrece
y muda de las cosas el estado,
debe bastar, si la razón fallece.

No fue el troyano príncipe llorado
siempre del viejo padre dolorido,
ni siempre de la madre lamentado;

antes, después del cuerpo redemido
con lágrimas humildes y con oro,
que fue del fiero Aquiles concedido,

y reprimiendo el lamentable coro
del frigio llanto, dieron fin al vano
y sin provecho sentimiento y lloro.

El tierno pecho, en esta parte humano,
de Venus, ¿qué sintió, su Adonis viendo
de su sangre regar el verde llano?

Mas desde que vido bien que, corrompiendo
con lágrimas sus ojos, no hacía
sino en su llanto estarse deshaciendo,

y que tornar llorando no podía
su caro y dulce amigo de la escura
y tenebrosa noche al claro día,

los ojos enjugó y la frente pura
mostró con algo más contentamiento,
dejando con el muerto la tristura.

Y luego con gracioso movimiento
se fue su paso por el verde suelo,
con su guirlanda usada y su ornamento;

desordenaba con lascivo vuelo
el viento sus cabellos; con su vista
se alegraba la tierra, el mar y el cielo.

Con discurso y razón, que es tan prevista,
con fortaleza y ser, que en ti contemplo,
a la flaca tristeza se resista.

Tu ardiente gana de subir al templo
donde la muerte pierde su derecho
te basta, sin mostrarte yo otro ejemplo;

allí verás cuán poco mal ha hecho
la muerte en la memoria y clara fama
de los famosos hombres que ha deshecho.

Vuelve los ojos donde al fin te llama
la suprema esperanza, do perfeta
sube y purgada el alma en pura llama;

¿piensas que es otro el fuego que en Oeta
de Alcides consumió la mortal parte
cuando voló el espirtu a la alta meta?

Desta manera aquél, por quien reparte
tu corazón sospiros mil al día
y resuena tu llanto en cada parte,

subió por la difícil y alta vía,
de la carne mortal purgado y puro,
en la dulce región del alegría,

do con discurso libre ya y seguro
mira la vanidad de los mortales,
ciegos, errados en el aire oscuro,

y viendo y contemplando nuestros males,
alégrase de haber alzado el vuelo
y gozar de las horas inmortales.

Pisa el inmenso y cristalino cielo,
teniendo puestos de una y de otra mano
el claro padre y el sublime agüelo:

el uno ve de su proceso humano
sus virtudes estar allí presentes,
que el áspero camino hacen llano;

el otro, que acá hizo entre las gentes
en la vida mortal menor tardanza,
sus llagas muestra allá resplandecientes.

Dellas aqueste premio allá se alcanza,
porque del enemigo no conviene
procurar en el cielo otra venganza.

Mira la tierra, el mar que la contiene,
todo lo cual por un pequeño punto
a respeto del cielo juzga y tiene;

puesta la vista en aquel gran trasunto
y espejo do se muestra lo pasado
con lo futuro y lo presente junto,

el tiempo que a tu vida limitado
de allá arriba te está, Fernando, mira,
y allí ve tu lugar ya deputado.

¡Oh bienaventurado, que sin ira,
sin odio, en paz estás, sin amor ciego,
con quien acá se muere y se sospira,

y en eterna holganza y en sosiego
vives y vivirás cuanto encendiere
las almas del divino amor el fuego!

Y si el cielo piadoso y largo diere
luenga vida a la voz deste mi llanto,
lo cual tú sabes que pretiende y quiere,

yo te prometo, amigo, que entretanto
que el sol al mundo alumbre y que la escura
noche cubra la tierra con su manto,

y en tanto que los peces la hondura
húmeda habitarán del mar profundo
y las fieras del monte la espesura,

se cantará de ti por todo el mundo,
que en cuanto se discurre, nunca visto
de tus años jamás otro segundo
será, desde el Antártico a Calisto.

ELEGÍA II

A Boscán

Aquí, Boscán, donde del buen troyano
Anquises con eterno nombre y vida
conserva la ceniza el Mantüano,

debajo de la seña esclarecida
de César africano nos hallamos

la vencedora gente recogida:

diversos en estudio, que unos vamos
muriendo por coger de la fatiga
el fruto que con el sudor sembramos;

otros, que hacen la virtud amiga
y premio de sus obras y así quieren
que la gente lo piense y que lo diga,

destotros en lo público difieren,
y en lo secreto sabe Dios en cuánto
se contradicen en lo que profieren.

Yo voy por medio, porque nunca tanto
quise obligarme a procurar hacienda,
que un poco más que aquéllos me levanto;

ni voy tampoco por la estrecha senda
de los que cierto sé que a la otra vía
vuelven, de noche al caminar, la rienda.

Mas ¿dónde me llevó la pluma mía,
que a sátira me voy mi paso a paso,
y aquesta que os escribo es elegía?

Yo enderezo, señor, en fin, mi paso
por donde vos sabéis que su proceso
siempre ha llevado y lleva Garcilaso;

y así, en mitad de aqueste monte espeso,
de las diversidades me sostengo,
no sin dificultad, mas no por eso

dejo las musas, antes torno y vengo
dellas al negociar, y, variando,

con ellas dulcemente me entretengo.

Así se van las horas engañando;
así del duro afán y grave pena
estamos algún hora descansando.

De aquí iremos a ver de la Serena
la patria, que bien muestra haber ya sido
de ocio y de amor antiguamente llena.

Allí mi corazón tuvo su nido
un tiempo ya; mas no sé, triste, agora
o si estará ocupado o desparcido.

De aquesto un frio temor así a deshora
por mis huesos discurre en tal manera,
que no puedo vivir con él una hora.

Si, triste, de mi bien yo estado hubiera
un breve tiempo ausente, no lo niego
que con mayor seguridad viviera:

la breve ausencia hace el mismo juego
en la fragua de amor que en fragua ardiente
el agua moderada hace al fuego,

la cual verás que no tan solamente
no le suele matar, mas le refuerza
con ardor más intenso y eminente;

porque un contrario, con la poca fuerza
de su contrario, por vencer la lucha
su brazo aviva y su valor esfuerza.

Pero si el agua en abundancia mucha
sobre el fuego se esparce y se derrama,

el humo sube al cielo, el son se escucha

y, el claro resplandor de viva llama
en polvo y en ceniza convertido,
apenas queda de él sino la fama;

así el ausencia larga, que ha esparcido
en abundancia su licor que amata
el fuego que el amor tenía encendido,

de tal suerte lo deja, que lo trata
la mano sin peligro en el momento
que en apariencia y son se desbarata.

Yo solo fuera voy de aqueste cuento,
porque el amor me aflige y me atormenta,
y en el ausencia crece el mal que siento;

y pienso yo que la razón consienta
y permita la causa deste efeto,
que a mí solo entre todos se presenta,

porque como del cielo yo sujeto
estaba eternamente y diputado
al amoroso fuego en que me meto,

así, para poder ser amado,
el ausencia sin término, infinita
debe ser, y sin tiempo limitado;

lo cual no habrá razón que lo permita,
porque por más y más que ausencia dure,
con la vida se acaba, que es finita.

Mas a mí ¿quién habrá que me asegure
que mi mala fortuna con mudanza

y olvido contra mí no se conjure?

Este temor persigue la esperanza
y oprime y enflaquece el gran deseo
con que mis ojos van de su holganza;

con ellos solamente agora veo
este dolor que el corazón me parte,
y con él y conmigo aquí peleo.

¡Oh crudo, oh riguroso, oh fiero Marte,
de túnica cubierto de diamante
y endurecido siempre en toda parte!,

¿qué tiene que hacer el tierno amante
con tu dureza y áspero ejercicio,
llevado siempre del furor delante?

Ejercitando por mi mal tu oficio,
soy reducido a términos que muerte
será mi postrimero beneficio;

y ésta no permitió mi dura suerte
que me sobreviniese peleando,
de hierro traspasado agudo y fuerte,

porque me consumiese contemplando
mi amado y dulce fruto en mano ajena,
y el duro posesor de mí burlando.

Mas ¿dónde me trasporta y enajena
de mi propio sentido el triste miedo?
A parte de vergüenza y dolor llena,

donde, si el mal yo viese, ya no puedo,
según con esperalle estoy perdido,

acrecentar en la miseria un dedo.

Así lo pienso agora, y si él venido
fuese en su misma forma y su figura,
ternia el presente por mejor partido,

y agradecería siempre a la ventura
mostrarme de mi mal solo el retrato
que pintan mi temor y mi tristura.

Yo sé qué cosa es esperar un rato
el bien del propio engaño y solamente
tener con él inteligencia y trato,

como acontece al mísero doliente
que, del un cabo, el cierto amigo y sano
le muestra el grave mal de su accidente,

y le amonesta que del cuerpo humano
comience a levantar a mejor parte
el alma suelta con volar liviano;

mas la tierna mujer, de la otra parte,
no se puede entregar al desengaño
y encúbrele del mal la mayor parte;

él, abrazado con su dulce engaño,
vuelve los ojos a la voz piadosa
y alégrase muriendo con su daño:

así los quito yo de toda cosa
y póngolos en solo el pensamiento
de la esperanza, cierta o mentirosa;

en este dulce error muero contento,
porque ver claro y conocer mi estado

no puede ya curar el mal que siento,

y acabo como aquel que en un templado
baño metido, sin sentillo muere,
las venas dulcemente desatado.

Tú, que en la patria, entre quien bien te quiere,
la deleitosa playa estás mirando
y oyendo el son del mar que en ella hiere,

y sin impedimento contemplando
la misma a quien tú vas eterna fama
en tus vivos escritos procurando,

alégrate, que más hermosa llama
que aquella que el troyano encendimiento
pudo causar el corazón te inflama;

no tienes que temer el movimiento
de la fortuna con soplar contrario,
que el puro resplandor serena el viento.

Yo, como conducido mercenario,
voy do fortuna a mi pesar me envía,
si no a morir, que aquéste es voluntario;

sólo sostiene la esperanza mía
un tan débil engaño, que de nuevo
es menester hacelle cada día,

y si no le fabrico y le renuevo,
da consigo en el suelo mi esperanza
tanto, que en vano a levantalla pruebo.

Aqueste premio mi servir alcanza,
que en sola la miseria de mi vida

negó fortuna su común mudanza.

¿Dónde podré huir que sacudida
un rato sea de mí la grave carga
que oprime mi cerviz enflaquecida?

Mas ¡ay!, que la distancia no descarga
el triste corazón, y el mal, doquiera
que estoy, para alcanzarme el brazo alarga:

si donde el sol ardiente reverbera
en la arenosa Libia, engendradora
de toda cosa ponzoñosa y fiera;

o adonde él es vencido a cualquier hora
de la rígida nieve y viento frío,
parte do no se vive ni se mora;

si en ésta o en aquélla el desvarío
o la fortuna me llevase un día
y allí gastase todo el tiempo mío,

el celoso temor con mano fría
en medio del calor y ardiente arena
el triste corazón me apretaría;

y en el rigor del hielo, en la serena
noche, soplando el viento agudo y puro
que el veloce correr del agua enfrena,

de aqueste vivo fuego, en que me apuro
y consumirme poco a poco espero,
sé que aun allí no podré estar seguro,
y así diverso entre contrarios muero.

Epístola a Boscán

Señor Boscán, quien tanto gusto tiene
de daros cuenta de los pensamientos,
hasta las cosas que no tienen nombre,
no le podrá faltar con vos materia,
ni será menester buscar estilo
presto, distinto, de ornamento puro,
tal cual a culta epístola conviene.

Entre muy grandes bienes que consigo
el amistad perfeta nos concede
es aqueste descuido suelto y puro,
lejos de la curiosa pesadumbre;
y así, de aquesta libertad gozando,
digo que vine, cuanto a lo primero,
tan sano como aquel que en doce días
lo que sólo veréis ha caminado
cuando el fin de la carta os lo mostrare.

Alargo y suelto a su placer la rienda,
mucho más que al caballo, al pensamiento,
y llévame a las veces por camino
tan dulce y agradable, que me hace
olvidar el trabajo del pasado;
otras me lleva por tan duros pasos,
que con la fuerza del afán presente
también de los pasados se me olvida;
a veces sigo un agradable medio
honesto y reposado, en que el discurso

del gusto y del ingenio se ejercita.

Iba pensando y discurriendo un día
a cuántos bienes alargó la mano
el que del amistad mostró el camino,
y luego vos, del amistad ejemplo,
os me ofrecéis en estos pensamientos,
y con vos a lo menos me acontece
una gran cosa, al parecer estraña,
y porque lo sepáis en pocos versos,
es que, considerando los provechos,
las honras y los gustos que me vienen
desta vuestra amistad, que en tanto tengo,
ninguna cosa en mayor precio estimo
ni me hace gustar del dulce estado
tanto como el amor de parte mía.
Éste conmigo tiene tanta fuerza,
que, sabiendo muy bien las otras partes
del amistad y la estrechez nuestra,
con solo aquéste el alma se enternece;
y sé que otramamente me aprovecha
el deleite, que suele ser pospuesto
a las útiles cosas y a las graves.
Llévame a escudriñar la causa desto
ver contino tan recio en mí el efeto,
y hallo que el provecho, el ornamento,
el gusto y el placer que se me sigue
del vínculo de amor, que nuestro genio
enredó sobre nuestros corazones,
son cosas que de mí no salen fuera,
y en mí el provecho solo se convierte.
Mas el amor, de donde por ventura
nacen todas las cosas, si hay alguna,
que a vuestra utilidad y gusto miren,
es gran razón que ya en mayor estima
tenido sea de mí que todo el resto,

cuanto más generosa y alta parte
es el hacer el bien que el recibille;
así que amando me deleito, y hallo
que no es locura este deleite mío.

¡Oh cuán corrido estoy y arrepentido
de haberos alabado el tratamiento
del camino de Francia y las posadas!
Corrido de que ya por mentiroso
con razón me ternéis; arrepentido
de haber perdido tiempo en alabaros
cosa tan digna ya de vituperio,
donde no hallaréis sino mentiras,
vinos acedos, camareras feas,
varletes codiciosos, malas postas,
gran paga, poco argén, largo camino;
llegar al fin a Nápoles, no habiendo
dejado allá enterrado algún tesoro,
salvo si no decís que es enterrado
lo que nunca se halla ni se tiene.
A mi señor Durall estrechamente
abrazá de mi parte, si pudierdes.
Doce del mes de octubre, de la tierra
do nació el claro fuego de Petrarca
y donde están del fuego las cenizas.

Églogas

ÉGLOGA I

Al virrey de Nápoles

Salicio y Nemoroso

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de cantar, sus quejas imitando;
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo
y un grado sin segundo,
agora estés atento sólo y dado
al ínclito gobierno del estado
albano, agora vuelto a la otra parte,
resplandeciente, armado,
representando en tierra al fiero Marte;

agora, de cuidados enojosos
y de negocios libre, por ventura
andes a la caza, el monte fatigando
en ardiente ginete que apresura
el curso tras los ciervos temerosos,
que en vano su morir van dilatando:
espera, que en tornando
a ser restituido

al ocio ya perdido,
luego verás ejercitar mi pluma
por la infinita, innumerable suma
de tus virtudes y famosas obras,
antes que me consuma,
faltando a ti, que a todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adevino
viene a sacarme de la deuda un día
que se debe a tu fama y a tu gloria
(que es deuda general, no sólo mía,
mas de cualquier ingenio peregrino
que celebra lo digno de memoria),
el árbol de victoria
que ciñe estrechamente
tu gloriosa frente
dé lugar a la hiedra que se planta
debajo de tu sombra y se levanta
poco a poco, arrimada a tus loores;
y en cuanto esto se canta,
escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido,
rayaba de los montes el altura
el sol, cuando Salicio, recostado
al pie de una alta haya, en la verdura
por donde una agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado;
él, con canto acordado
al rumor que sonaba
del agua que pasaba,
se quejaba tan dulce y blandamente
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía,
y así como presente,
razonando con ella, le decía:

Salicio

¡Oh más dura que mármol a mis quejas
y al encendido fuego en que me quemo
más helada que nieve Galatea!

Estoy muriendo, y aun la vida temo;
témola con razón, pues tú me dejas,
que no hay sin ti el vivir para qué sea.

Vergüenza he que me vea
ninguno en tal estado,
de ti desamparado,

y de mí mismo yo me corro agora.

¿De un alma te desdeñas ser señora
donde siempre moraste, no pudiendo
della salir un hora?

Salid, sin duelo, lágrimas, corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbré
por montes y por valles, despertando
las aves y animales y la gente:

cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde valle o alta cumbre
paciendo va segura y libremente,
cuál con el sol presente

va de nuevo al oficio

y al usado ejercicio

do su natura o menester le inclina;

siempre está en llanto esta ánima mezquina,
cuando la sombra el mundo va cubriendo,
o la luz se avecina.

Salid, sin duelo, lágrimas, corriendo.

Y tú, desta mi vida ya olvidada,
sin mostrar un pequeño sentimiento
de que por ti Salicio triste muera,

dejas llevar, desconocida, al viento
el amor y la fe que ser guardada
eternamente sólo a mi debiera.

¡Oh Dios!, ¿por qué siquiera,
pues ves desde tu altura
esta falsa perjura
causar la muerte de un estrecho amigo,
no recibe del cielo algún castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿qué hará el enemigo?
Salid, sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por ti el silencio de la selva umbrosa,
por ti la esquividad y apartamiento
del solitario monte me agradaba;
por ti la verde hierba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.
¡Ay, cuánto me engañaba!
¡Ay, cuán diferente era
y cuán de otra manera
lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro con su voz me lo decía
la siniestra corneja, repitiendo
la desventura mía.
Salid, sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
reputándolo yo por desvarío,
vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
llevaba, por pasar allí la siesta,
a abreviar en el Tajo mi ganado;
y después de llegado,
sin saber de cuál arte,

por desusada parte
y por nuevo camino el agua se iba;
ardiendo yo con la calor estiva,
el curso enajenado iba siguiendo
del agua fugitiva.
Salid, sin duelo, lágrimas, corriendo.

Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?
Tus claros ojos ¿a quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?
¿Cuál es el cuello que como en cadena
de tus hermosos brazos añudaste?
No hay corazón que baste,
aunque fuese de piedra,
viendo mi amada hiedra
de mí arrancada, en otro muro asida,
y mi parra en otro olmo entretejida
que no se esté con llanto deshaciendo
hasta acabar la vida.
Salid, sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Qué no se esperará de aquí adelante,
por difícil que sea y por incierto
o qué discordia no será juntada?
Y juntamente ¿qué terná por cierto,
o qué de hoy más no temerá el amante,
siendo a todo materia por ti dada?
Cuando tú enajenada
de mi cuidado fuiste,
notable causa diste,
y ejemplo a todos cuantos cubre el cielo,
que el más seguro tema con recelo
perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza
de alcanzar lo imposible y no pensado
y de hacer juntar lo diferente,
dando a quien diste el corazón malvado,
quitándolo de mí con tal mudanza,
que siempre sonará de gente en gente.
La cordera paciente
con el lobo hambriento
hará su ajuntamiento,
y con las simples aves sin ruido
harán las bravas sierpes ya su nido,
que mayor diferencia comprendo
de ti al que has escogido.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva leche en el verano
y en el invierno abundo; en mi majada
la manteca y el queso está sobrado.
De mi cantar, pues, yo te via agradada
tanto, que no pudiera el mantüano
Títero ser de ti más alabado.
No soy, pues, bien mirado,
tan disforme ni feo,
que aun agora me veo
en esta agua que corre clara y pura,
y cierto no trocara mi figura
con ese que de mí se está reyendo;
¡trocara mi ventura!
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fui tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condición terrible,
siempre fuera tenido de ti en precio,

y no viera este triste apartamiento.
¿No sabes que sin cuento
buscan en el estío
mis ovejas el frío
de la sierra de Cuenca, y el gobierno
del abrigado Estremo en el invierno?
Mas ¿qué vale el tener, si derritiendo
me estoy en llanto eterno?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan;
los árboles parece que se inclinan;
las aves que me escuchan, cuando cantan,
con diferente voz se condolecen
y mi morir cantando me adivinan;
las fieras que reclinan
su cuerpo fatigado
dejan el sosegado
sueño por escuchar mi llanto triste:
tú sola contra mí te endureciste,
los ojos aun siquiera no volviendo
a los que tú hiciste
salir, sin duelo, lágrimas corriendo.

Mas ya que a socorrerme aquí no vienes,
no dejes el lugar que tanto amaste,
que bien podrás venir de mí segura.
Yo dejaré el lugar do me dejaste;
ven si por solo aquesto te detienes.
Ves aquí un prado lleno de verdura,
ves aquí una espesura,
ves aquí un agua clara,
en otro tiempo cara,
a quien de ti con lágrimas me quejo;
quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,

al que todo mi bien quitar me puede,
que pues el bien le dejo,
no es mucho que el lugar también le quede.

Aquí dio fin a su cantar Salicio,
y sospirando en el postrero acento,
soltó de llanto una profunda vena;
queriendo el monte al grave sentimiento
de aquel dolor en algo ser propicio,
con la pesada voz retumba y suena;
la blanda Filomena,
casi como dolida
y a compasión movida,
dulcemente responde al son lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso,
decildo vos, Piérides, que tanto
no puedo yo ni oso,
que siento enflaquecer mi débil canto.

Nemoroso

Corrientes aguas puras, cristalinas,
árboles que os estáis mirando en ellas,
verde prado de fresca sombra lleno,
aves que aquí sembráis vuestras querellas,
hiedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno:
yo me vi tan ajeno
del grave mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba,
o con el pensamiento discurría
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegría;

y en este mismo valle, donde agora
me entristezco y me canso en el reposo,
estuve ya contento y descansado.
¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome, durmiendo aquí algún hora,
que, despertando, a Elisa vi a mi lado.
¡Oh miserable hado!
¡Oh tela delicada,
antes de tiempo dada
a los agudos filos de la muerte!
Más conveniente fuera aquesta suerte
a los cansados años de mi vida,
que es más que el hierro fuerte,
pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Dó están agora aquellos claros ojos
que llevaban tras sí, como colgada,
mi alma, doquier que ellos se volvían?
¿Dó está la blanca mano delicada,
llena de vencimientos y despojos
que de mí mis sentidos le ofrecían?
Los cabellos que vían
con gran desprecio al oro
como a menor tesoro
¿adónde están, adónde el blanco pecho?
¿Dó la columna que el dorado techo
con proporción graciosa sostenía?
Aquesto todo agora ya se encierra,
por desventura mía,
en la oscura, desierta y dura tierra.

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores,
que habia de ver, con largo apartamiento,

venir el triste y solitario día
que diese amargo fin a mis amores?
El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que a sempiterno llanto
y a triste soledad me ha condenado;
y lo que siento más es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego, sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Después que nos dejaste, nunca pace
en hartura el ganado ya, ni acude
el campo al labrador con mano llena;
no hay bien que en mal no se convierta y mude.
La mala hierba al trigo ahoga, y nace
en lugar suyo la infelice avena;
la tierra, que de buena
gana nos producía
flores con que solía
quitar en sólo vellas mil enojos,
produce agora en cambio estos abrojos,
ya de rigor de espinas intratable.
Yo hago con mis ojos
crecer, lloviendo, el fruto miserable.

Como al partir del sol la sombra crece,
y en cayendo su rayo, se levanta
la negra escuridad que el mundo cubre,
de do viene el temor que nos espanta
y la medrosa forma en que se ofrece
aquella que la noche nos encubre
hasta que el sol descubre
su luz pura y hermosa,
tal es la tenebrosa
noche de tu partir en que he quedado

de sombra y de temor atormentado,
hasta que muerte el tiempo determine
que a ver el deseado
sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto
quejarse, entre las hojas escondido,
del duro labrador que cautamente
le despojó su caro y dulce nido
de los tiernos hijuelos entretanto
que del amado ramo estaba ausente,
y aquel dolor que siente,
con diferencia tanta
por la dulce garganta
despide, que a su canto el aire suena,
y la callada noche no refrena
su lamentable oficio y sus querellas,
trayendo de su pena
el cielo por testigo y las estrellas,

desta manera suelto yo la rienda
a mi dolor y así me quejo en vano
de la dureza de la muerte airada;
ella en mi corazón metió la mano
y de allí me llevó mi dulce prenda,
que aquél era su nido y su morada.
¡Ay, muerte arrebatada,
por ti me estoy quejando
al cielo y enojando
con importuno llanto al mundo todo!
El desigual dolor no sufre modo;
no me podrán quitar el dolorido
sentir si ya del todo
primero no me quitan el sentido.

Tengo una parte aquí de tus cabellos,

Elisa, envueltos en un blanco paño,
que nunca de mi seno se me apartan;
descójolos, y de un dolor tamaño
enternecer me siento, que sobre ellos
nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
con suspiros callientes,
más que la llama ardientes,
los enjugo del llanto, y de consuno
casi los paso y cuento uno a uno;
juntándolos, con un cordón los ato.
Tras esto el importuno
dolor me deja descansar un rato.

Mas luego a la memoria se me ofrece
aquella noche tenebrosa, oscura,
que siempre aflige esta ánima mezquina
con la memoria de mi desventura:
verte presente agora me parece
en aquel duro trance de Lucina;
y aquella voz divina,
con cuyo son y acentos
a los airados vientos
pudieran amansar, que agora es muda,
me parece que oigo, que a la cruda,
inexorable diosa demandabas
en aquel paso ayuda;
y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?

¿Íbate tanto en perseguir las fieras?
¿Íbate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar a tal crüeza
que, comovida a compasión, oído
a los votos y lágrimas no dieras,
por no ver hecha tierra tal belleza,
o no ver la tristeza

en que tu Nemoroso
queda, que su reposo
era seguir tu oficio, persiguiendo
las fieras por los montes y ofreciendo
a tus sagradas aras los despojos?
¿Y tú, ingrata, riendo
dejas morir mi bien ante mis ojos?

Divina Elisa, pues agora el cielo
con inmortales pies pisas y mides,
y su mudanza ves, estando queda,
¿por qué de mí te olvidas y no pides
que se apresure el tiempo en que este velo
rompa del cuerpo y verme libre pueda,
y en la tercera rueda,
contigo mano a mano,
busquemos otro llano,
busquemos otros montes y otros ríos,
otros valles floridos y sombríos
donde descansen y siempre pueda verte
ante los ojos míos,
sin miedo y sobresalto de perderte?

Nunca pusieran fin al triste lloro
los pastores, ni fueran acabadas
las canciones que sólo el monte oía,
si mirando las nubes coloradas,
al tramontar del sol bordadas de oro,
no vieran que era ya pasado el día;
la sombra se veía
venir corriendo apriesa
ya por la falda espesa
del altísimo monte, y recordando
ambos como de sueño, y acabando
el fugitivo sol, de luz escaso,
su ganado llevando,

se fueron recogiendo paso a paso.

OceanofPDF.com

ÉGLOGA II

Albanio, Camila, Salicio, Nemoroso

Albanio

En medio del invierno está templada
el agua dulce desta clara fuente,
y en el verano más que nieve helada.

¡Oh claras ondas, cómo veo presente,
en viéndoos, la memoria de aquel día
de que el alma temblar y arder se siente!

En vuestra claridad vi mi alegría
escurecerse toda y enturbiarse;
cuando os cobré, perdí mi compañía.

¿A quién pudiera igual tormento darse,
que con lo que descansa otro afligido
venga mi corazón a atormentarse?

El dulce murmurar deste rüido
el mover de los árboles al viento,
el suave olor del prado florecido

podrian tornar de enfermo y descontento
cualquier pastor del mundo alegre y sano;
yo solo en tanto bien morir me siento.

¡Oh hermosura sobre el ser humano,
oh claros ojos, oh cabellos de oro,
oh cuello de marfil, oh blanca mano!

¿Cómo puede ora ser que en triste lloro
se convirtiese tan alegre vida
y en tal pobreza todo mi tesoro?

Quiero mudar lugar, y a la partida
quizá me dejará parte del daño
que tiene el alma casi consumida.

¡Cuán vano imaginar, cuán claro engaño
es darme yo a entender que, con partirme,
de mí se ha de partir un mal tamaño!

¡Ay miembros fatigados, y cuán firme
es el dolor que os cansa y enflaquece!
¡Oh, si pudiese un rato aquí adormirme!

Al que, velando, el bien nunca se ofrece,
quizá que el sueño le dará, dormiendo,
algún placer que presto desaparece;
en tus manos ¡oh sueño! me encomiendo.

Salicio

¡Cuán bienaventurado
aquél puede llamarse
que con la dulce soledad se abraza,
y vive descuidado
y lejos de empacharse
en lo que al alma impide y embaraza!
No ve la llena plaza
ni la soberbia puerta
de los grandes señores,
ni los aduladores
a quien la hambre del favor despierta;
no le será forzoso
rogar, fingir, temer y estar quejoso.

A la sombra holgando
de un alto pino o roble
o de alguna robusta y verde encina,
el ganado contando
de su manada pobre,
que por la verde selva se avecina,
plata cendrada y fina
y oro luciente y puro
bajo y vil le parece,
y tanto lo aborrece,
que aun no piensa que dello está seguro,
y como está en su seso,
rehuye la cerviz del grave peso.

Convida a un dulce sueño
aquel manso rüido
del agua que la clara fuente envía,
y las aves sin dueño,
con canto no aprendido,
hinchén el aire de dulce armonía.
Háceles compañía,
a la sombra volando
y entre varios olores
gustando tiernas flores,
la solícita abeja susurrando;
los árboles, el viento
al sueño ayudan con su movimiento.

¿Quién duerme aquí? ¿Dó está que no le veo?
¡Oh, hele allí! ¡Dichoso tú, que aflojas
la cuerda al pensamiento o al deseo!

¡Oh natura, cuán pocas obras cojas
en el mundo son hechas por tu mano,
creciendo el bien, menguando las congojas!

El sueño diste al corazón humano
para que, al despertar, más se alegrase
del estado gozoso, alegre o sano,

que, como si de nuevo le hallase,
hace aquel intervalo que ha pasado
que el nuevo gusto nunca al fin se pase;

y al que de pensamiento fatigado
el sueño baña con licor piadoso,
curando el corazón despedazado,

aquel breve descanso, aquel reposo
basta para cobrar de nuevo aliento
con que se pase el curso trabajoso.

Llegarme quiero cerca con buen tiento
y ver, si de mí fuere conocido,
si es del número triste o del contento.

Albanio es este que está aquí dormido,
o yo conosco mal; Albanio es, cierto.
Duerme, garzón cansado y afligido.

¡Por cuán mejor librado tengo un muerto,
que acaba el curso de la vida humana
y es conducido a más seguro puerto,

que el que, viviendo acá, de vida ufana
y de estado gozoso, noble y alto
es derrocado de fortuna insana!

Dicen que este mancebo dio un gran salto,
que de amorosos bienes fue abundante,
y agora es pobre, miserable y falto;

no sé la historia bien, mas quien delante
se halló al duelo me contó algún poco
del grave caso deste pobre amante.

Albanio

¿Es esto sueño, o ciertamente toco
la blanca mano? ¡Ah, sueño, estás burlando!
Yo estábate creyendo como loco.

¡Oh cuitado de mí! Tú vas volando
con prestas alas por la ebúrnea puerta;
yo quédome tendido aquí llorando.

¿No basta el grave mal en que despierta
el alma vive, o por mejor decillo,
está muriendo de una vida incierta?

Salicio

Albanio, deja el llanto, que en oílo
me aflijo.

Albanio

¿Quién presente está a mi duelo?

Salicio

Aquí está quien te ayudará a sentillo.

Albanio

¿Aquí estás tú, Salicio? Gran consuelo
me fuera en cualquier mal tu compañía;
mas tengo en esto por contrario el cielo.

Salicio

Parte de tu trabajo ya me había
contado Galafrón, que fue presente
en aqueste lugar el mismo día;

mas no supo decir del accidente
la causa principal, bien que pensaba
que era mal que decir no se consiente;

y a la sazón en la ciudad yo estaba,
como tú sabes bien, aparejando
aquel largo camino que esperaba,

y esto que digo me contaron cuando
torné a volver; mas yo te ruego ahora,
si esto no es enojoso que demando,

que particularmente el punto y hora,
la causa, el daño cuentes y el proceso,
que el mal, comunicándose, mejora.

Albanio

Con un amigo tal, verdad es eso,
cuando el mal sufre cura, mi Salicio;
mas éste ha penetrado hasta el hueso.

Verdad es que la vida y ejercicio
común y el amistad que a ti me ayunta

mandan que complacerte sea mi oficio;

mas ¿qué haré?, que el alma ya barrunta
que quiero renovar en la memoria
la herida mortal de aguda punta,

y póneme delante aquella gloria
pasada y la presente desventura
para espantarme de la horrible historia.

Por otra parte, pienso que es cordura
renovar tanto el mal que me atormenta,
que a morir venga de tristeza pura,

y por esto, Salicio, entera cuenta
te daré de mi mal como pudiere,
aunque el alma rehuya y no consienta.

Quise bien, y querré mientras rigere
aquestos miembros el espirtu mío,
aquella por quien muero, si muriere.

En este amor no entré por desvarío,
ni lo traté, como otros, con engaños,
ni fue por elección de mi albedrío:

desde mis tiernos y primeros años
a aquella parte me enclinó mi estrella
y aquel fiero destino de mis daños.

Tú conociste bien una doncella
de mi sangre y agüelos decendida,
más que la misma hermosura bella;

en su verde niñez siendo ofrecida
por montes y por selvas a Dïana,

ejercitaba allí su edad florida.

Yo, que desde la noche a la mañana
y del un sol al otro sin cansarme
seguía la caza con estudio y gana,

por deudo y ejercicio a conformarme
vine con ella en tal domesticqueza,
que della un punto no sabía apartarme;

iba de un hora en otra la estrechez
haciéndose mayor, acompañada
de un amor sano y lleno de pureza.

¿Qué montaña dejó de ser pisada
de nuestros pies? ¿Qué bosque o selva umbrosa
no fue de nuestra caza fatigada?

Siempre con mano larga y abundosa,
con parte de la caza visitando
el sacro altar de nuestra santa diosa,

la colmilluda testa ora llevando
del puerco jabalí, cerdoso y fiero,
del peligro pasado razonando,

ora clavando del ciervo ligero
en algún sacro pino los ganchosos
cuernos, con puro corazón sincero,

tornábamos contentos y gozosos,
y al disponer de lo que nos quedaba,
jamás me acuerdo de quedar quejosos.

Cualquiera caza a entrambos agradaba,
pero la de las simples avecillas

menos trabajo y más placer nos daba.

En mostrando el aurora sus mejillas
de rosa y sus cabellos de oro fino,
humedeciendo ya las florecillas,

nosotros, yendo fuera de camino,
buscábamos un valle, el más secreto
y de conversación menos vecino.

Aquí, con una red de muy perfeto
verde teñida, aquel valle atajábamos
muy sin rumor, con paso muy quieto;

de dos árboles altos la colgábamos,
y habiéndonos un poco lejos ido,
hacia la red armada nos tornábamos,

y por lo más espeso y escondido,
los árboles y matas sacudiendo,
turbábamos el valle con rüido.

Zorzales, tordos, mirlas, que temiendo,
delante de nosotros espantados,
del peligro menor iban huyendo,

daban en el mayor, desatinados,
quedando en la sutil red engañosa
confusamente todos enredados.

Y entonces era vellos una cosa
estraña y agradable, dando gritos
y con voz lamentándose quejosa;

algunos dellos, que eran infinitos,
su libertad buscaban revolando;

otros estaban míseros y aflitos.

Al fin, las cuerdas de la red tirando,
llevábamosla juntos casi llena,
la caza a cuestas y la red cargando.

Cuando el húmido otoño ya refrena
del seco estío el gran calor ardiente
y va faltando sombra a Filomena,

con otra caza, de ésta diferente,
aunque también de vida ociosa y blanda,
pasábamos el tiempo alegremente.

Entonces siempre, como sabes, anda
de estorninos volando a cada parte,
acá y allá, la espesa y negra banda;

y cierto aquesto es cosa de contarte,
cómo con los que andaban por el viento
usábamos también astucia y arte.

Uno vivo, primero, de aquel cuento
tomábamos, y en esto sin fatiga
era cumplido luego nuestro intento;

al pie del cual un hilo untado en liga
atando, le soltábamos al punto
que via volar aquella banda amiga;

apenas era suelto cuando junto
estaba con los otros y mezclado,
secutando el efeto de su asunto:

a cuantos era el hilo enmarañado
por alas o por pies o por cabeza,

todos venian al suelo mal su grado.

Andaban forcejando una gran pieza,
a su pesar y a mucho placer nuestro,
que así de un mal ajeno bien se empieza.

Acuérdaseme agora que el siniestro
canto de la corneja y el agüero
para escaparse no le fue maestro.

Cuando una dellas, como es muy ligero,
a nuestras manos viva nos venía,
era prisión de más de un prisionero;

la cual a un llano grande yo traía
ado muchas cornejas andar juntas,
o por el suelo o por el aire, vía;

clavándola en la tierra por las puntas
estremas de las alas, sin rompellas,
seguíase lo que apenas tú barruntas.

Parecia que mirando las estrellas,
clavada boca arriba en aquel suelo,
estaba a contemplar el curso dellas;

de allí nos alejábamos, y el cielo
rompia con gritos ella y convocaba
de las cornejas el superno vuelo;

en un solo momento se ajuntaba
una gran muchedumbre presurosa
a socorrer la que en el suelo estaba.

Cercábanla, y alguna, más piadosa
del mal ajeno de la compañera

que del suyo avisada o temerosa,

llegábase muy cerca, y la primera
que esto hacia pagaba su inocencia
con prisión o con muerte lastimera:

con tal fuerza la presa, y tal violencia,
se engarrafaba de la que venía,
que no se dispidiera sin licencia.

Ya puedes ver cuán gran placer sería
ver, de una por soltarse y desasirse,
de otra por socorrerse, la porfía;

al fin la fiera lucha a despartirse
venia por nuestra mano, y la cuitada
del bien hecho empezaba a arrepentirse.

¿Qué me dirás si con su mano alzada,
haciendo la noturna centinela,
la grulla de nosotros fue engañada?

No aprovechaba al ánsar la cautela
ni ser siempre sagaz descubridora
de noturnos engaños con su vela,

ni al blanco cisne que en las aguas mora
por no morir como Faetón en fuego,
del cual el triste caso canta y llora.

Y tú, perdiz cuitada, ¿piensas luego
que en huyendo del techo estás segura?
En el campo turbamos tu sosiego.

A ningún ave o animal natura
dotó de tanta astucia, que no fuese

vencido al fin de nuestra astucia pura.

Si por menudo de contar te hobiese
de aquesta vida cada partecilla,
temo que antes del fin anocheciese;

basta saber que aquesta tan sencilla
y tan pura amistad quiso mi hado
en diferente especie convertilla,

en un amor tan fuerte y tan sobrado
y en un desasosiego no creíble
tal, que no me conosco de trocado.

El placer de miralla con terrible
y fiero desear sentí mezclarse,
que siempre me llevaba a lo imposible;

la pena de su ausencia vi mudarse,
no en pena, no en congoja, en cruda muerte
y en un infierno el alma atormentarse.

A aqueste estado, en fin, mi dura suerte
me trujo poco a poco, y no pensara
que contra mí pudiera ser más fuerte,

si con mi grave daño no probara
que, en comparación de ésta, aquella vida
cualquiera por descanso la juzgara.

Ser debe aquesta historia aborrecida
de tus orejas, ya que así atormenta
mi lengua y mi memoria entristecida;

decir ya más no es bien que se consienta.
Junto todo mi bien perdí en un hora,

y ésta es la suma, en fin, de aquesta cuenta.

Salicio

Albanio, si tu mal comunicaras
con otro que pensaras que tu pena
juzgaba como ajena, o que este fuego
nunca probó, ni el fuego peligroso
de que tú estás quejoso, yo confieso
que fuera bueno aqueso que ora haces;
mas si tú me deshaces con tus quejas,
¿por qué agora me dejas como a estraño,
sin dar de aqueste daño fin al cuento?
¿Piensas que tu tormento como nuevo
escucho, y que no pruebo por mi suerte
aquesta viva muerte en las entrañas?

Si ni con todas mañas o experiencia
esta grave dolencia se deshecha,
al menos aprovecha, yo te digo,
para que de un amigo que adolesca
otro se condolesca, que ha llegado
de bien acuchillado a ser maestro.

Así que, pues te muestro abiertamente
que no estoy inocente destos males,
que aun traigo las señales de las llagas,
no es bien que tú te hagas tan esquivo,
que, mientras estás vivo, ser podría
que por alguna vía te avisase,
o contigo llorase; que no es malo
tener al pie del palo quien se duela
del mal, y sin cautela te aconseje.

Albanio

Tú quieres que forceje y que contraste
con quien al fin no baste a derrocallo.
Amor quiere que calle; yo no puedo
mover el paso un dedo sin gran mengua;
él tiene de mi lengua el movimiento,
así que no me siento ser bastante.

Salicio

¿Qué te pone delante que te empida
el descubrir tu vida al que aliviarte
del mal alguna parte cierto espera?

Albanio

Amor quiere que muera sin reparo,
y conociendo claro que bastaba
lo que yo descansaba en este llanto
contigo a que entretanto me aliviase
y aquel tiempo probase a sostenerme,
por más presto perderme, como injusto,
me ha ya quitado el gusto que tenía
de echar la pena mía por la boca;
así que ya no toca nada dello
a ti querer sabello, ni contallo
a quien solo pasallo le conviene,
y muerte sola por alivio tiene.

Salicio

¿Quién es contra su ser tan inhumano,

que el enemigo entrega su despojo
y pone su poder en otra mano?

¿Cómo, y no tienes algún hora enojo
de ver que amor tu misma lengua ataje
o la desate por su solo antojo?

Albanio

Salicio amigo, cese este lenguaje;
cierra tu boca y más aquí no la abras;
yo siento mi dolor, y tú mi ultraje.

¿Para qué son maníficas palabras?
¿Quién te hizo filósofo elocuente,
siendo pastor de ovejas y de cabras?

¡Oh cuitado de mí, cuán fácilmente,
con espedida lengua y rigurosa,
el sano da consejos al doliente!

Salicio

No te aconsejo yo ni digo cosa
para que debas tú por ella darme
respuesta tan aceda y tan odiosa;

ruégote que tu mal quieras contarme,
porque de él pueda tanto entristecerme,
cuanto suelo del bien tuyo alegrarme.

Albanio

Pues ya de ti no puedo defenderme,

yo tornaré a mi cuento cuando hayas
prometido una gracia concederme,

y es que, en oyendo el fin, luego te vayas
y me dejes llorar mi desventura
entre estos pinos solo y estas hayas.

Salicio

Aunque pedir tú eso no es cordura,
yo seré dulce más que sano amigo
y daré buen lugar a tu tristura.

Albanio

Ora, Salicio, escucha lo que digo,
y vos, ¡oh ninfas deste bosque umbroso!,
adoquiera que estáis, estad conmigo.

Ya te conté el estado tan dichoso
ado me puso amor, si en él yo firme
pudiera sostenerme con reposo;

mas como de callar y de encubrirme
de aquella por quien vivo me encendía
llegué ya casi al punto de morirme,

mil veces ella preguntó qué había
y me rogó que el mal le descubriese,
que mi rostro y color le descubría;

mas no acabó, con cuanto me dijiese,
que de mí a su pregunta otra respuesta
que un suspiro con lágrimas hubiese.

Aconteció que en una ardiente siesta,
 viniendo de la caza fatigados,
 en el mejor lugar desta floresta,

que es este donde estamos asentados,
 a la sombra de un árbol aflojamos
 las cuerdas a los arcos trabajados;

en aquel prado allí nos reclinamos,
 y del Céfito fresco recogiendo
 el agradable espíritu, respiramos.

Las flores, a los ojos ofreciendo
 diversidad estraña de pintura,
 diversamente así estaban oliendo;

y en medio aquesta fuente clara y pura,
 que como de cristal resplandecía,
 mostrando abiertamente su hondura,

el arena, que de oro parecía,
 de blancas pedrezuelas variada,
 por do manaba el agua, se bullía.

En derredor, ni sola una pisada
 de fiera o de pastor o de ganado
 a la sazón estaba señalada.

Después que con el agua resfriado
 hubimos el calor y juntamente
 la sed de todo punto mitigado,

ella, que con cuidado diligente
 a conocer mi mal tenía el intento
 y a escodriñar el ánimo doliente,

con nuevo ruego y firme juramento
me conjuró y rogó que le contase
la causa de mi grave pensamiento,

y si era amor, que no me recelase
de hacelle mi caso manifesto
y demostralle aquella que yo amase;

que me juraba que también en esto
el verdadero amor que me tenía
con pura voluntad estaba presto.

Yo, que tanto callar ya no podía
y claro descubrir menos osara
lo que en el alma triste se sentía,

le dije que en aquella fuente clara
veria de aquella que yo tanto amaba
abiertamente la hermosa cara;

ella, que ver aquésta deseaba,
con menos diligencia discurriendo
de aquella con que el paso apresuraba,

a la pura fontana fue corriendo,
y en viendo el agua, toda fue alterada,
en ella su figura sola viendo;

y no de otra manera, arrebatada,
del agua rehuyó que si estuviera
de la rabiosa enfermedad tocada,

y sin mirarme, desdeñosa y fiera,
no sé qué allá entre dientes murmurando,
me dejó aquí, y aquí quiere que muera.

Quedé yo triste y solo allí, culpando
mi temerario osar, mi desvarío,
la pérdida del bien considerando;

creció de tal manera el dolor mío
y de mi loco error el desconsuelo,
que hice de mis lágrimas un río.

Fijos los ojos en el alto cielo,
estuve boca arriba una gran pieza
tendido, sin mudarme en este suelo;

y como de un dolor otro se empieza,
el largo llanto, el desvanecimiento,
el vano imaginar de la cabeza,

de mi gran culpa aquel remordimiento,
verme del todo, al fin, sin esperanza,
me trastornaron casi el sentimiento.

Cómo deste lugar hice mudanza
no sé, ni quién de aquí me condujese
al triste albergue y a mi pobre estancia;

sé que, tornando en mí, como estuviese
sin comer y dormir bien cuatro días,
y sin que el cuerpo de un lugar moviese,

las ya desmamparadas vacas mías
por otro tanto tiempo no gustaron
las verdes hierbas ni las aguas frías;

los pequeños hijuelos, que hallaron
las tetas secas ya de las hambrientas
madres, bramando al cielo se quejaron;

las selvas, a su voz también atentas,
bramando pareció que respondían,
condolidas del daño y descontentas.

Aquestas cosas nada me movían;
antes, con mi llorar, hacia espantados
todos cuantos a verme allí venían.

Vinieron los pastores de ganados,
vinieron de los sotos los vaqueros
para ser de mi mal de mí informados;

y todos con los gestos lastimeros
me preguntaban cuáles habían sido
los accidentes de mi mal primeros;

a los cuales, en tierra yo tendido,
ninguna otra respuesta dar sabía,
rompiendo con sollozos mi gemido,

sino de rato en rato les decía:
«Vosotros, los de Tajo, en su ribera
cantaréis la mi muerte cada día;

este descanso llevaré, aunque muera,
que cada día cantaréis mi muerte,
vosotros, los de Tajo, en su ribera».

La quinta noche, en fin, mi cruda suerte,
queriéndome llevar do se rompiese
aquesta tela de la vida fuerte,

hizo que de mi choza me saliese
por el silencio de la noche oscura
a buscar un lugar donde muriese,

y caminando por do mi ventura
y mis enfermos pies me condujeron,
llegué a un barranco de muy gran altura;

luego mis ojos le reconocieron,
que pende sobre el agua, y su cimientó
las ondas poco a poco le comieron.

Al pie de un olmo hice allí mi asiento
y acuérdome que ya con ella estuve
pasando allí la siesta al fresco viento;

en aquesta memoria me detuve
como si aquésta fuera medicina
de mi furor y cuanto mal sostuve.

Denunciaba el aurora ya vecina
la venida del sol resplandeciente,
a quien la tierra, a quien la mar se enclina;

entonces, como cuando el cisne siente
el ansia postrimera que le aqueja
y tienta el cuerpo mísero y doliente,

con triste y lamentable son se queja,
y se despide con funesto canto
del espirtu vital que de él se aleja;

así, aquejado yo de dolor tanto,
que el alma abandonaba ya la humana
carne, solté la rienda al triste llanto:

«¡Oh fiera», dije, «más que tigre hircana
y más sorda a mis quejas que el rüido
embravecido de la mar insana,

heme entregado, heme aquí rendido,
he aquí que vences; toma los despojos
de un cuerpo miserable y afligido!

Yo ponné fin del todo a mis enojos;
ya no te ofenderá mi rostro triste,
mi temerosa voz y húmidos ojos;

quizá tú, que en mi vida no moviste
el paso a consolarme en tal estado
ni tu dureza cruda enterneceste,

viendo mi cuerpo aquí desamparado,
vernás a arrepentirte y lastimarte,
mas tu socorro tarde habrá llegado.

¿Cómo pudiste tan presto olvidarte
de aquel tan luengo amor, y de sus ciegos
ñudos en sola un hora desligarte?

¿No se te acuerda de los dulces juegos
ya de nuestra niñez, que fueron leña
destos dañosos y encendidos fuegos,

cuando la encina desta espesa breña
de sus bellotas dulces despojaba,
que íbamos a comer sobre esta peña?

¿Quién las castañas tiernas derrocaba
del árbol, al subir dificultoso?
¿Quién en su limpia falda las llevaba?

¿Cuándo en valle florido, espeso, umbroso
metí jamás el pie que de él no fuese
cargado a ti de flores y oloroso?

Jurábasme, si ausente yo estuviese,
que ni el agua sabor, ni olor la rosa,
ni el prado hierba para ti tuviese.

¿A quién me quejo?, que no escucha cosa
de cuantas digo quien debria escucharme.
Eco sola me muestra ser piadosa,

respondiéndome, prueba conhortarme
como quien probó mal tan importuno,
mas no quiere mostrarse y consolarme.

¡Oh dioses, si allá juntos de consuno,
de los amantes el cuidado os toca;
o tú solo, si toca a uno solo!,

recebid las palabras que la boca
echa con la doliente ánima fuera,
antes que el cuerpo torne en tierra poca.

¡Oh náyades, de aquesta mi ribera
corriente moradoras; oh napeas,
guarda del verde bosque verdadera!,

alce una de vosotras, blancas deas,
del agua su cabeza rubia un poco;
así, ninfa, jamás en tal te veas.

Podré decir que con mis quejas toco
las divinas orejas, no pudiendo
las humanas tocar, cuerdo ni loco.

¡Oh hermosas oreadas que, teniendo
el gobierno de selvas y montañas,
a caza andáis, por ellas discurriendo!,

dejad de perseguir las alimañas,
venid a ver un hombre perseguido,
a quien no valen fuerzas ya ni mañas.

¡Oh dríadas, de amor hermoso nido,
dulces y graciosísimas doncellas
que a la tarde salís de lo escondido,

con los cabellos rubios que las bellas
espaldas dejan de oro cubijadas!,
parad mientes un rato a mis querellas,

y si con mi ventura conjuradas
no estáis, haced que sean las ocasiones
de mi muerte aquí siempre celebradas.

¡Oh lobos, oh osos, que por los rincones
destas fieras cavernas escondidos
estáis oyendo agora mis razones!,

quedaos a Dios, que ya vuestros oídos
de mi zampoña fueron halagados
y alguna vez de amor enternecidos.

Adiós, montañas; adiós, verdes prados;
adiós, corrientes ríos espumosos:
vivid sin mí con siglos prolongados,

y mientras en el curso presurosos
iréis al mar a dalle su tributo,
corriendo por los valles pedregosos,

haced que aquí se muestre triste luto
por quien, viviendo alegre, os alegraba
con agradable son y viso enjuto,

por quien aquí sus vacas abrevaba,
por quien, ramos de lauro entretejiendo,
aquí sus fuertes toros coronaba».

Estas palabras tales en diciendo,
en pie me alcé por dar ya fin al duro
dolor que en vida estaba padeciendo,

y por el paso en que me ves te juro
que ya me iba a arrojar de do te cuento,
con paso largo y corazón seguro,

cuando una fuerza súbita de viento
vino con tal furor, que de una sierra
pudiera remover el firme asiento.

De espaldas, como atónito, en la tierra
desde ha gran rato me hallé tendido,
que así se halla siempre aquel que yerra.

Con más sano discurso en mi sentido
comencé de culpar el presupuesto
y temerario error que habia seguido

en querer dar, con triste muerte, al resto
de aquesta breve vida fin amargo,
no siendo por los hados aun dispuesto.

De allí me fui con corazón más largo
para esperar la muerte cuando venga
a relevarme deste grave cargo.

Bien has ya visto cuánto me convenga,
que pues buscalla a mí no se consiente,
ella en buscarme a mí no se detenga.

Contado te he la causa, el accidente,
el daño y el proceso todo entero;
cúmpleme tu promesa prestamente,

y si mi amigo cierto y verdadero
eres, como yo pienso, vete agora;
no estorbes con dolor acerbo y fiero
al afligido y triste cuando llora.

Salicio

Tratará de una parte
que agora sólo siento,
si no pensarás que era dar consuelo:
quisiera preguntarte
cómo tu pensamiento
se derribó tan presto en ese suelo,
o se cobrió de un velo,
para que no mirase
que quien tan luengamente
amó no se consiente
que tan presto del todo te olvidase.
¿Qué sabes si ella agora
juntamente su mal y el tuyo llora?

Albanio

Cese ya el artificio
de la maestra mano;
no me hagas pasar tan grave pena.
Harasme tú, Salicio,
ir do nunca pie humano
estampó su pisada en el arena.

Ella está tan ajena
de estar desa manera
como tú de pensallo,
aunque quieres mostrallo
con razón aparente a verdadera;
ejercita aquí el arte
a solas, que yo voyme en otra parte.

Salicio

No es tiempo de curalle
hasta que menos tema
la cura del maestro y su crüeza;
solo quiero dejalle,
que aun está la postema
intratable, a mi ver, por su dureza.
Quebrante la braveza
del pecho empedernido
con largo y tierno llanto.
Ireme yo entretanto
a requirir de un rui señor el nido,
que está en una alta encina
y estará presto en manos de Gravina.

Camila

Si desta tierra no he perdido el tino,
por aquí el corzo vino que ha traído,
después que fue herido, atrás el viento.
¡Qué recio movimiento en la corrida
lleva, de tal herida lastimado!
En el siniestro lado soterrada,
la flecha enherbolada iba mostrando,
las plumas blanqueando solas fuera,

y háceme que muera con buscallo.
No paso deste valle; aquí está cierto,
y por ventura muerto. ¡Quién me diese
alguno que siguiese el rastro agora,
mientras la herviente hora de la siesta
en aquesta floresta yo descanso!
¡Ay, viento fresco y manso y amoroso,
almo, dulce, sabroso!: esfuerza, esfuerza
tu soplo, y esta fuerza tan caliente
del alto sol ardiente ora quebranta,
que ya la tierna planta del pie mío
anda a buscar el frío desta hierba.
A los hombres reserva tú, Dïana,
en esta siesta insana, tu ejercicio;
por agora tu oficio desamparo,
que me ha costado caro en este día.
¡Ay dulce fuente mía, y de cuán alto
con solo un sobresalto me arrojaste!
¿Sabes que me quitaste, fuente clara,
los ojos de la cara?, que no quiero
menos un compañero que yo amaba,
mas no como él pensaba. ¡Dios ya quiera
que antes Camila muera que padezca
culpa por do merezca ser echada
de la selva sagrada de Dïana!
¡Oh cuán de mala gana mi memoria
renueva aquesta historia! Mas la culpa
ajena me desculpa, que si fuera
yo la causa primera desta ausencia,
yo diera la sentencia en mi contrario;
él fue muy voluntario y sin respeto.
Mas ¿para qué me meto en esta cuenta?
Quiero vivir contenta y olvidallo
y aquí donde me hallo recrearme;
aquí quiero acostarme, y, en cayendo
la siesta, iré siguiendo mi corcillo,

que yo me maravillo ya y me espanto
cómo con tal herida huyó tanto.

Albanio

Si mi turbada vista no me miente,
páreceme que vi entre rama y rama
una ninfa llegar a aquella fuente.

Quiero llegar allá; quizá si ella ama,
me dirá alguna cosa con que engañe,
con algún falso alivio, aquesta llama.

Y no se me da nada que desbañe
mi alma si es contrario a lo que creo,
que a quien no espera bien, no hay mal que dañe.

¡Oh santos dioses!, ¿qué es esto que veo?
¿Es error de fantasma convertida
en forma de mi amor y mi deseo?

Camila es esta que está aquí dormida;
no puede de otra ser su hermosura.
La razón está clara y conocida:

una obra sola quiso la natura
hacer como ésta, y rompió luego apriesa
la estampa do fue hecha tal figura;

¿quién podrá luego de su forma espresa
el traslado sacar, si la maestra
misma no basta, y ella lo confiesa?

Mas ya que es cierto el bien que a
[mí se muestra,

¿cómo podré llegar a despertalla,
temiendo yo la luz que a ella me adiestra?

Si solamente de poder tocalla
perdiese el miedo yo... Mas ¿si despierta?
Si despierta, tenella y no soltalla.

Esta osadía temo que no es cierta.
¿Qué me puede hacer? Quiero llegarme;
en fin, ella está agora como muerta.

Cabe ella por lo menos asentarme
bien puedo, mas no ya como solía...
¡Oh mano poderosa de matarme!,

¿viste cuánto tu fuerza en mí podía?
¿Por qué para sanarme no la pruebas,
que su poder a todo bastaría?

Camila

¡Socórreme, Dñana!

Albanio

que no te he de soltar; escucha un poco!

¡No te muevas,

Camila

¿Quién me dijera, Albanio, tales nuevas?

¡Ninfas del verde bosque, a vos invoco;
a vos pido socorro desta fuerza!

¿Qué es esto, Albanio? Dime si estás loco.

Albanio

Locura debe ser la que me fuerza
a querer más que el alma y que la vida
a la que a aborrecerme a mí se esfuerza.

Camila

Yo debo ser de ti la aborrecida,
pues me quieres tratar de tal manera,
siendo tuya la culpa conocida.

Albanio

¿Yo culpa contra ti? ¡Si la primera
no está por cometer, Camila mía,
en tu desgracia y disfavor yo muera!

Camila

¿Tú no violaste nuestra compañía,
quiriéndola torcer por el camino
que de la vida honesta se desvía?

Albanio

¿Cómo de sola una hora el desatino
ha de perder mil años de servicio,
si el arrepentimiento tras él vino?

Camila

Aquéste es de los hombres el oficio:
tentar el mal y, si es malo el suceso,
pedir con humildad perdón del vicio.

Albanio

¿Qué tenté yo, Camila?

Camila

¡Bueno es eso!

Esta fuente lo diga, que ha quedado
por un testigo de tu mal proceso.

Albanio

Si puede ser mi yerro castigado
con muerte, con deshonra o con tormento,
vesme aquí; estoy a todo aparejado.

Camila

Suéltame ya la mano, que el aliento
me falta de congoja.

Albanio

He muy gran miedo

que te me irás, que corres más que el viento.

Camila

No estoy como solía, que no puedo
moverme ya, de mal ejercitada;
suelta, que casi me has quebrado un dedo.

Albanio

¿Estarás, si te suelto, sosegada,
mientras con razón clara te demuestro
que fuiste sin razón de mí enojada?

Camila

¡Eres tú de razones gran maestro!
Suelta, que sí estaré.

Albanio

por la primera fe del amor nuestro.

Primero jura

Camila

Yo juro por la ley sincera y pura
del amistad pasada de sentarme
y de escuchar tus quejas muy segura.
¡Cuál me tienes la mano de apretarme
con esa mano dura, descreído!

Albanio

¡Cuál me tienes el alma de dejarme!

Camila

¡Mi prendedero de oro, si es perdido!
¡Oh cuitada de mí, mi prendedero
desde aquel valle aquí se me ha caído!

Albanio

Mira no se cayese allá primero,
antes de aquéste, al val de la Hortiga.

Camila

Doquier que se perdió, buscallo quiero.

Albanio

Yo iré a buscallo; excusa esta fatiga,
que no puedo sufrir que aquesta arena
abrase el blanco pie de mi enemiga.

Camila

Pues ya quieres tomar por mía esta pena,
derecho ve primero a aquellas hayas,
que allí estuve yo echada un hora buena.

Albanio

Yo voy, mas entretanto no te vayas.

Camila

Seguro ve, ¡que antes verás mi muerte
que tú me cobres ni a tus manos hayas!

Albanio

¡Ah, ninfa desleal!, ¿y desafortunada
se guarda el juramento que me diste?
¡Ah, condición de vida dura y fuerte!

¡Oh falso amor, de nuevo me hiciste
revivir con un poco de esperanza!
¡Oh modo de matar nojoso y triste!

¡Oh muerte llena de mortal tardanza,
podré por ti llamar injusto el cielo,
injusta su medida y su balanza!

Recibe tú, terreno y duro suelo,
este rebelde cuerpo que detiene
del alma el espedido y presto vuelo;

yo me daré la muerte, y aun si viene
alguno a resistirme... ¿A resistirme?
¡Él verá que a su vida no conviene!

¡No puedo yo morir, no puedo irme
por aquí, por allí, por do quisiere,
desnudo espíritu o carne y hueso firme?

Salicio

Escucha, que algún mal hacerse quiere.
¡Oh, cierto tiene trastornado el seso!

Albanio

¡Aquí tuviese yo quien mal me quiere!

Descargado me siento de un gran peso;
paréceme que vuelo, despreciando
monte, choza, ganado, leche y queso.

¿No son aquéstos pies? Con ellos ando.
Ya caigo en ello: el cuerpo se me ha ido;
sólo el espirtu es este que ora mando.

¿Hale hurtado alguno o escondido
mientras mirando estaba yo otra cosa?
¿O si quedó por caso allí dormido?

Una figura de color de rosa
estaba allí dormiendo. ¿Si es aquélla
mi cuerpo? No, que aquélla es muy hermosa.

Nemoroso

¡Gentil cabeza! No daría por ella
yo para mi traer solo un cornado.

Albanio

¿A quién iré del huerto a dar querella?

Salicio

Estraño enjemplo es ver en qué ha parado
este gentil mancebo, Nemoroso,
ya a nosotros, que le hemos más tratado,

manso, cuerdo, agradable, virtüoso,
sufrido, conversable, buen amigo,
y con un alto ingenio, gran reposo.

Albanio

¡Yo podré poco o hallaré testigo
de quien hurtó mi cuerpo! Aunque esté ausente,
yo le perseguiré como a enemigo.

¿Sabrásme decir de él, mi clara fuente?
Dímelo, si lo sabes; así Febo
nunca tus frescas ondas escaliente.

Allá dentro en el fondo está un mancebo,
de laurel coronado y en la mano
un palo, propio como yo, de acebo.

¡Hola! ¿Quién está allá? Responde, hermano.
¡Válasme, Dios!, o tú eres sordo o mudo,
o enemigo mortal del trato humano.

Espirtu soy, de carne ya desnudo,
que busco el cuerpo mio, que me ha hurtado
algún ladrón malvado, injusto y crudo.

Callar que callarás. ¿Hasme escuchado?
¡Oh santo Dios!, mi cuerpo mismo veo,
o yo tengo el sentido trastornado.

¡Oh cuerpo, hete hallado y no lo creo!
¡Tanto sin ti me hallo descontento,
pon fin ya a tu destierro y mi deseo!

Nemoroso

Sospecho que el contino pensamiento
que tuvo de morir antes de agora
le representa aqueste apartamiento.

Salicio

Como del que velando siempre llora,
quedan, durmiendo, las especies llenas
del dolor que en el alma triste mora.

Albanio

Si no estás en cadenas, sal ya fuera
a darme verdadera forma de hombre,
que agora solo el nombre me ha quedado;
y si allá estás forzado en este suelo,
dímelo, que si al cielo que me oyere
con quejas no moviere y llanto tierno,
convocaré el infierno y reino oscuro
y romperé su muro de diamante,
como hizo el amante blandamente
por la consorte ausente que cantando
estuvo halagando las culebras
de las hermanas negras, mal peinadas.

Nemoroso

¡De cuán desvariadas opiniones
saca buenas razones el cuitado!

Salicio

El curso acostumbrado del ingenio,
aunque le falte el genio que lo mueva,
con la fuga que lleva corre un poco,
y aunque éste está ora loco, no por eso
ha de dar al travieso su sentido,
en todo habiendo sido cual tú sabes.

Nemoroso

No más, no me le alabes, que por cierto
como de velle muerto estoy llorando.

Albanio

Estaba contemplando qué tormento
es deste apartamiento lo que pienso.
No nos aparta imenso mar airado,
no torres de fosado rodeadas,
no montañas cerradas y sin vía,
no ajena compañía dulce y cara;
un poco de agua clara nos detiene.
Por ella no conviene lo que entramos
con ansia deseamos, porque al punto
que a ti me acerco y junto, no te apartas;
antes nunca te hartas de mirarme
y de sinificarme en tu meneo
que tienes gran deseo de juntarte

con esta media parte. Daca, hermano,
échame acá esa mano, y como buenos
amigos a lo menos nos juntemos,
y aquí nos abracemos. ¡Ah, burlaste!
¿Así te me escapaste? Yo te digo
que no es obra de amigo hacer eso;
quedo yo, don travieso, remojado,
¿y tú estás enojado? ¡Cuán apriesa
mueves —¿qué cosa es esa?— tu figura!
¿Aun esa desventura me quedaba?
Ya yo me consolaba en ver serena
tu imagen, y tan buena y amorosa.
No hay bien ni alegre cosa ya que dure.

Nemoroso

A lo menos, que cure tu cabeza.

Salicio

Salgamos, que ya empieza un furor nuevo.

Albanio

¡Oh Dios! ¿por qué no pruebo a echarme dentro
hasta llegar al centro de la fuente?

Salicio

¿Qué es esto, Albanio? ¡Tente!

Albanio

¡Oh manifiesto

ladrón!, mas ¿qué es aquesto? ¡Es muy bueno
vestiros de lo ajeno y ante el dueño,
como si fuese un leño sin sentido,
venir muy revestido de mi carne!
¡Yo haré que descarne esa alma osada
aquesta mano airada!

Salicio

¡Está quedo!

¡Llega tú, que no puedo detenelle!

Nemoroso

Pues ¿qué quieres hacelle?

Salicio

¿Yo? Dejalle,

si desenclavijalle yo acabase
la mano, a que escapase mi garganta.

Nemoroso

No tiene fuerza tanta; solo puedes
hacer tú lo que debes a quien eres.

Salicio

¡Qué tiempo de placeres y de burlas!

¿Con la vida te burlas, Nemoroso?
¡Ven, ya no estés donoso!

Nemoroso

en cuanto me detengo aquí un poco,
veré cómo de un loco te desatas.

Luego vengo;

Salicio

¡Ay, paso, que me matas!

Albanio

¡Aunque mueras!

Nemoroso

¡Ya aquello va de veras! ¡Suelta, loco!

Albanio

Déjame estar un poco, que ya acabo.

Nemoroso

¡Suelta ya!

Albanio

¿Qué te hago?

Nemoroso

¿A mí? ¡No, nada!

Albanio

Pues vete tu jornada, y no entiendas
en aquestas contiendas.

Salicio

¡Ah, furioso!

Afierra, Nemoroso, y tenle fuerte.
¡Yo te daré la muerte, don perdido!
Ténmele tú tendido mientras le ato.
Probemos así un rato a castigalle;
quizá con espantalle habrá algún miedo.

Albanio

Señores, si estoy quedo, ¿dejaresme?

Salicio

¡No!

Albanio

Pues ¿qué, matarésme?

Salicio

¡Sí!

Albanio

¿Sin falta?

Mira cuánto más alta aquella sierra
está que la otra tierra.

Nemoroso

Bueno es esto;

él olvidará presto la braveza.

Salicio

¡Calla, que así se aveza a tener seso!

Albanio

¿Cómo, azotado y preso?

Salicio

¡Calla, escucha!

Albanio

Negra fue aquella lucha que contigo
hice, que tal castigo dan tus manos.
¿No éramos como hermanos de primero?

Nemoroso

Albanio, compañero, calla agora
y duerme aquí algún hora, y no te muevas.

Albanio

¿Sabes algunas nuevas de mí?

Salicio

¡Loco!

Albanio

Paso, que duermo un poco.

Salicio

¿Duermes cierto?

Albanio

¿No me ves como un muerto? Pues ¿qué hago?

Salicio

Éste te dará el pago, si despiertas,
en esas carnes muertas, te prometo.

Nemoroso

Algo está más quieto y reposado
que hasta aquí. ¿Qué dices tú, Salicio?
¿Parécete que puede ser curado?

Salicio

En procurar cualquiera beneficio
a la vida y salud de un tal amigo,
haremos el debido y justo oficio.

Nemoroso

Escucha, pues, un poco lo que digo;
contarete una estraña y nueva cosa
de que yo fui la parte y el testigo.

En la ribera verde y deleitosa
del sacro Tormes, dulce y claro río,
hay una vega grande y espaciosa,

verde en el medio del invierno frío,
en el otoño verde y primavera,
verde en la fuerza del ardiente estío.

Levántase al fin della una ladera,

con proporción graciosa en el altura,
que sojuzga la vega y la ribera;

allí está sobrepuesta la espesura
de las hermosas torres, levantadas
al cielo con estraña hermosura,

no tanto por la fábrica estimadas,
aunque estraña labor allí se vea,
cuanto por sus señores ensalzadas.

Allí se halla lo que se desea:
virtud, linaje, haber y todo cuanto
bien de natura o de fortuna sea.

Un hombre mora allí de ingenio tanto,
que toda la ribera adonde él vino
nunca se harta de escuchar su canto.

Nacido fue en el campo placentino,
que con estrago y destrucción romana
en el antiguo tiempo fue sanguino,

y en éste con la propia, la inhumana
furia infernal, por otro nombre guerra,
le tiñe, le rüina y le profana;

él, viendo aquesto, abandonó su tierra,
por ser más del reposo compañero
que de la patria, que el furor atierra.

Llevole a aquella parte el buen agüero
de aquella tierra de Alba tan nombrada,
que éste es el nombre della, y de él Severo.

A aquéste Febo no le escondió nada,

antes de piedras, hierbas y animales
diz que le fue noticia entera dada.

Éste, cuando le place, a los caudales
ríos el curso presuroso enfrena
con fuerza de palabras y señales;

la negra tempestad en muy serena
y clara luz convierte, y aquel día,
si quiere revolverle, el mundo atruena;

la Luna de allá arriba bajaría
si al son de las palabras no impidiese
el son del carro que la mueve y guía.

Temo que si decirte presumiese
de su saber la fuerza con loores,
que en lugar de alaballe le ofendiese.

Mas no te callaré que los amores
con un tan eficaz remedio cura,
cual se conviene a tristes amadores;

en un punto remueve la tristura,
convierte en odio aquel amor insano,
y restituye el alma a su natura.

No te sabré decir, Salicio hermano,
la orden de mi cura y la manera;
mas sé que me partí de él libre y sano.

Acuérdaseme bien que en la ribera
de Tormes le hallé solo, cantando
tan dulce, que una piedra enterneciera.

Como cerca me vido, adivinando

la causa y la razón de mi venida,
suspense un rato estuvo así callando,

y luego con voz clara y espedida
soltó la rienda al verso numeroso
en alabanzas de la libre vida.

Yo estaba embebecido y vergonzoso,
atento al son y viéndome del todo
fuera de libertad y de reposo.

No sé decir sino que, en fin, de modo
aplicó a mi dolor la medicina,
que el mal desarraigó de todo en todo.

Quedé yo entonces como quien camina
de noche por caminos enriscados,
sin ver dónde la senda o paso inclina;

mas, venida la luz y contemplados,
del peligro pasado nace un miedo
que deja los cabellos erizados:

así estaba mirando, atento y quedo,
aquel peligro yo que atrás dejaba,
que nunca sin temor pensallo puedo.

Tras esto luego se me presentaba,
sin antojos delante, la vileza
de lo que antes ardiendo deseaba.

Así curó mi mal, con tal destreza,
el sabio viejo, como te he contado,
que volvió el alma a su naturaleza
y soltó el corazón aherrojado.

Salicio

¡Oh gran saber, oh viejo frutüoso,
que el perdido reposo al alma vuelve,
y lo que la revuelve y lleva a tierra
del corazón destierra en continente!
Con esto solamente que contaste,
así le reputaste acá conmigo,
que sin otro testigo a desealle
ver presente y hablalle me levantas.

Nemoroso

¿Desto poco te espantas tú, Salicio?
De más te daré indicio manifesto,
si no te soy molesto y enojoso.

Salicio

¿Qué es esto, Nemoroso, y qué cosa
puede ser tan sabrosa en otra parte
a mí como escucharte? No la siento,
cuanto más este cuento de Severo;
dímelo por entero, por tu vida,
pues no hay quien nos impida ni embarace.
Nuestro ganado pace, el viento espira,
Filomena sospira en dulce canto
y en amoroso llanto se amancilla;
gime la tortolilla sobre el olmo,
preséntanos a colmo el prado flores
y esmalta en mil colores su verdura;
la fuente clara y pura, murmurando,
nos está convidando a dulce trato.

Nemoroso

Escucha, pues, un rato, y diré cosas
extrañas y espantosas poco a poco.
Ninfas, a vos invoco; verdes faunos,
sátiros y silvanos, soltá todos
mi lengua en dulces modos y sotiles,
que ni los pastoriles ni el avena
ni la zampoña suena como quiero.

Este nuestro Severo pudo tanto
con el süave canto y dulce lira
que, revueltos en ira y torbellino,
en medio del camino se pararon
los vientos y escucharon muy atentos
la voz y los acentos, muy bastantes
a que los repugnantes y contrarios
hiciesen voluntarios y conformes.

A aquéste el viejo Tormes, como a hijo,
le metió al escondrijo de su fuente,
de do va su corriente comenzada.
Mostrole una labrada y cristalina
urna donde él reclina el diestro lado,
y en ella vio entallado y esculpido
lo que, antes de haber sido, el sacro viejo
por devino consejo puso en arte,
labrando a cada parte las extrañas
virtudes y hazañas de los hombres
que con sus claros nombres ilustraron
cuanto señorearon de aquel río.

Estaba con un brío desdeñoso,
con pecho corajoso, aquel valiente

que contra un rey potente y de gran seso,
que el viejo padre preso le tenía,
cruda guerra movía despertando
su illustre y claro bando al ejercicio
de aquel piadoso oficio. A aquéste junto
la gran labor al punto señalaba
al hijo que mostraba acá en la tierra
ser otro Marte en guerra, en corte Febo;
mostrábase mancebo en las señales
del rostro, que eran tales que esperanza
y cierta confianza claro daban,
a cuantos le miraban, que él sería
en quien se informaría un ser divino.
Al campo sarracino en tiernos años
daba con graves daños a sentillo,
que como fue caudillo del cristiano,
ejercitó la mano y el maduro
seso y aquel seguro y firme pecho.
En otra parte, hecho ya más hombre,
con más illustre nombre, los arneses
de los fieros franceses abollaba.
Junto, tras esto, estaba figurado
con el arnés manchado de otra sangre,
sosteniendo la hambre en el asedio,
siendo él solo el remedio del combate,
que con fiero rebate y con rüido
por el muro batido le ofrecían;
tantos al fin morían por su espada,
a tantos la jornada puso espanto,
que no hay labor que tanto notifique
cuanto el fiero Fadrique de Toledo
puso terror y miedo al enemigo.
Tras aqueste que digo se veía
el hijo don García, que en el mundo
sin par y sin segundo solo fuera
si hijo no tuviera. ¿Quién mirara

de su hermosa cara el rayo ardiente,
quién su resplandeciente y clara vista,
que no diera por lista su grandeza?
Estaban de crüeza fiera armadas
las tres inicuas hadas, cruda guerra
haciendo allí a la tierra con quitalle
éste, que en alcanzalle fue dichosa.
¡Oh patria lagrimosa, y cómo vuelves
los ojos a los Gelves, sospirando!
Él está ejercitando el duro oficio,
y con tal arteficio la pintura
mostraba su figura, que dijeras,
si pintado lo vieras, que hablaba.
El arena quemaba, el sol ardía,
la gente se caía medio muerta;
él solo con despierta vigilancia
dañaba la tardanza floja, inerte,
y alababa la muerte gloriosa.
Luego la polvorosa muchedumbre,
gritando a su costumbre, le cercaba;
mas el que se llegaba al fiero mozo
llevaba, con destrozo y con tormento,
del loco atrevimiento el justo pago.
Unos en bruto lago de su sangre,
cortado ya el estambre de la vida,
la cabeza partida revolcaban;
otros claro mostraban, espirando,
de fuera palpitando las entrañas,
por las fieras y estrañas cuchilladas
de aquella mano dadas. Mas el hado
acerbo, triste, airado fue venido;
y al fin él, confundido de alboroto,
atravesado y roto de mil hierros,
pidiendo de sus yerros venia al cielo,
puso en el duro suelo la hermosa
cara, como la rosa matutina,

cuando ya el sol declina al mediodía,
que pierde su alegría y marchitando
va la color mudando; o en el campo
cual queda el lirio blanco que el arado
crudamente cortado al pasar deja,
del cual aun no se aleja presuroso
aquel color hermoso o se destierra;
mas ya la madre tierra descuidada
no le administra nada de su aliento,
que era el sustentamiento y vigor suyo,
tal está el rostro tuyo en el arena,
fresca rosa, azucena blanca y pura.

Tras ésta una pintura estraña tira
los ojos de quien mira y los detiene
tanto, que no conviene mirar cosa
estraña ni hermosa, sino aquélla.
De vestidura bella allí vestidas
las gracias esculpidas se veían;
solamente traían un delgado
velo que el delicado cuerpo viste;
mas tal, que no resiste a nuestra vista.
Su diligencia en vista demostraban;
todas tres ayudaban en una hora
una muy gran señora que paría.
Un infante se vía ya nacido,
tal cual jamás salido de otro parto
del primer siglo al cuarto vio la Luna;
en la pequeña cuna se leía
un nombre que decía: «don Fernando».
Bajaban, de él hablando, de dos cumbres
aquellas nueve lumbres de la vida
con ligera corrida, y con ellas,
cual luna con estrellas, el mancebo
intonso y rubio, Febo; y en llegando,
por orden abrazando todas fueron

al niño, que tuvieron luengamente.
Visto como presente, de otra parte
Mercurio estaba y Marte, cauto y fiero,
viendo el gran caballero que encogido
en el recién nacido cuerpo estaba.
Entonces lugar daba mesurado
a Venus, que a su lado estaba puesta;
ella con mano presta y abundante
néctar sobre el infante desparcía;
mas Febo la desvía de aquel tierno
niño y daba el gobierno a sus hermanas;
del cargo están ufanas todas nueve.
El tiempo el paso mueve; el niño crece
y en tierna edad florece y se levanta
como felice planta en buen terreno.
Ya sin precepto ajeno él daba tales
de su ingenio señales, que espantaban
a los que le criaban; luego estaba
cómo una le entregaba a un gran maestro
que con ingenio diestro y vida honesta
hiciese manifiesta al mundo y clara
aquel ánima rara que allí vía.
Al niño recibía con respeto
un viejo en cuyo aspeto se via junto
severidad a un punto con dulzura.
Quedó desta figura como helado
Severo y espantado, viendo el viejo
que, como si en espejo se mirara,
en cuerpo, edad y cara eran conformes.
En esto, el rostro a Tormes revolviendo,
vio que estaba riendo de su espanto.
«¿De qué te espantas tanto?», dijo el río.
«¿No basta el saber mío a que, primero
que naciese Severo, yo supiese
que habia de ser quien diese la doctrina
al ánima divina deste mozo?»

Él, lleno de alborozo y de alegría,
sus ojos mantenía de pintura.

Miraba otra figura de un mancebo,
el cual venia con Febo mano a mano,
al modo cortesano; en su manera
juzgáralo cualquiera, viendo el gesto
lleno de un sabio, honesto y dulce afeto,
por un hombre perfeto en la alta parte
de la difícil arte cortesana,
maestra de la humana y dulce vida.
Luego fue conocida de Severo
la imagen por entero fácilmente
deste que allí presente era pintado;
vio que era el que habia dado a don Fernando,
su ánimo formando en luenga usanza,
el trato, la crïanza y gentileza,
la dulzura y llaneza acomodada,
la virtud apartada y generosa,
y en fin cualquiera cosa que se vía
en la cortesanía de que lleno
Fernando tuvo el seno y bastecido.
Después de conocido, leyó el nombre
Severo de aqueste hombre, que se llama
Boscán, de cuya llama clara y pura
sale el fuego que apura sus escritos,
que en siglos infinitos ternán vida.

De algo más crecida edad miraba
al niño, que escuchaba sus consejos.
Luego los aparejos ya de Marte,
estotro puesto aparte, le traía;
así les convenía a todos ellos,
que no pudiera dellos dar noticia
a otro la milicia en muchos años.
Obraba los engaños de la lucha;

la maña y fuerza mucha y ejercicio
con el robusto oficio está mezclando.

Allí con rostro blando y amoroso
Venus aquel hermoso mozo mira,
y luego le retira por un rato
de aquel áspero trato y son de hierro;
mostrábale ser yerro y ser mal hecho
armar contino el pecho de dureza,
no dando a la terneza alguna puerta.
Con él en una huerta entrada siendo,
una ninfa dormiendo le mostraba;
el mozo la miraba y juntamente,
de súbito accidente acometido,
estaba embebecido, y a la diosa
que a la ninfa hermosa se allegase
mostraba que rogase, y parecía
que la diosa temía de llegarse.
Él no podía hartarse de miralla,
de eternamente amalla proponiendo.

Luego venia corriendo Marte airado,
mostrándose alterado en la persona,
y daba una corona a don Fernando.
Y estábale mostrando un caballero
que con semblante fiero amenazaba
al mozo que quitaba el nombre a todos.
Con atentos modos se movía
contra el que le atendía en una puente;
mostraba claramente la pintura
que acaso noche oscura entonces era.
De la batalla fiera era testigo
Marte, que al enemigo condenaba
y al mozo coronaba en el fin della;
el cual, como la estrella relumbrante
que el sol envia delante, resplandece.

De allí su nombre crece, y se derrama
su valerosa fama a todas partes.
Luego con nuevas artes se convierte
a hurtar a la muerte y a su abismo
gran parte de sí mismo y quedar vivo
cuando el vulgo cativo le llorare
y, muerto, le llamare con deseo.
Estaba el Himeneo allí pintado,
el diestro pie calzado en lazos de oro;
de vírgines un coro está cantando,
partidas altercando y respondiendo,
y en un lecho poniendo una doncella
que, quien atento aquélla bien mirase
y bien la cotejase en su sentido
con la que el mozo vido allá en la huerta,
verá que la despierta y la dormida
por una es conocida de presente.
Mostraba juntamente ser señora
digna y merecedora de tal hombre;
el almohada el nombre contenía,
el cual doña María Enríquez era.
Apenas tienen fuera a don Fernando,
ardiendo y deseando estar ya echado;
al fin era dejado con su esposa
dulce, pura, hermosa, sabia, honesta.

En un pie estaba puesta la fortuna,
nunca estable ni una, que llamaba
a Fernando, que estaba en vida ociosa,
porque en dificultosa y ardua vía
quisiera ser su guía y ser primera;
mas él por compañera tomó aquélla,
siguiendo a la que es bella descubierta
y juzgada, cubierta, por disforme.
El nombre era conforme a aquesta fama:
virtud ésta se llama, al mundo rara.

¿Quién tras ella guiara igual en curso
sino éste, que el discurso de su lumbre
forzaba la costumbre de sus años,
no recibiendo engaños sus deseos?
Los montes Pireneos, que se estima
de abajo que la cima está en el cielo
y desde arriba el suelo en el infierno,
en medio del invierno atravesaba.
La nieve blanqueaba, y las corrientes
por debajo de puentes cristalinas
y por heladas minas van calladas;
el aire las cargadas ramas mueve,
que el peso de la nieve las desgaja.
Por aquí se trabaja el duque osado,
del tiempo contrastado y de la vía,
con clara compañía de ir delante;
el trabajo constante y tan loable
por la Francia mudable en fin le lleva.
La fama en él renueva la presteza,
la cual con ligereza iba volando
y con el gran Fernando se paraba
y le sinificaba en modo y gesto
que el caminar muy presto convenía.

De todos escogía el duque uno,
y entramos de consuno cabalgaban;
los caballos mudaban fatigados;
mas a la fin llegados a los muros
del gran París seguros, la dolencia
con su débil presencia y amarilla
bajaba de la silla al duque sano
y con pesada mano le tocaba.
Él luego comenzaba a demudarse
y amarillo pararse y a dolerse.
Luego pudiera verse de travieso

venir por un espeso bosque ameno,
de buenas hierbas lleno y medicina,
Esculapio, y camina no parando
hasta donde Fernando estaba en lecho;
entró con pie derecho, y parecía
que le restituía en tanta fuerza,
que a proseguir se esfuerza su viaje,
que le llevó al pasaje del gran Reno.

Tomábale en su seno el caudaloso
y claro río, gozoso de tal gloria,
trayendo a la memoria cuando vino
el vencedor latino al mismo paso.
No se mostraba escaso de sus ondas;
antes, con aguas hondas que engendraba,
los bajos igualaba, y al liviano
barco daba de mano, el cual, volando
atrás iba dejando muros, torres.
Con tanta priesa corres, navecilla,
que llegas do amancilla una doncella,
y once mil más con ella, y mancha el suelo
de sangre que en el cielo está esmaltada.
Úrsula, desposada y virgen pura,
mostraba su figura en una pieza
pintada; su cabeza allí se vía
que los ojos volvía ya espirando.
Y estábate mirando aquel tirano
que con acerba mano llevó a hecho,
de tierno en tierno pecho, tu compañía.

Por la fiera Alemaña de aquí parte
el duque, a aquella parte enderezado
donde el cristiano estado estaba en dubio.
En fin al gran Danubio se encomienda;
por él suelta la rienda a su navío,
que con poco desvío de la tierra

entre una y otra sierra el agua hiende.
El remo que deciende en fuerza suma
mueve la blanca espuma como argento;
el veloz movimiento parecía
que pintado se vía ante los ojos.

Con amorosos ojos, adelante,
Carlo, César triunfante, le abrazaba
cuando desembarcaba en Ratisbona.
Allí por la corona del imperio
estaba el magisterio de la tierra
convocado a la guerra que esperaban.
Todos ellos estaban enclavando
los ojos en Fernando; y en el punto
que a sí le vieron junto, se prometen
de cuanto allí acometen la vitoria.

Con falsa y vana gloria y arrogancia,
con bárbara jactancia allí se vía,
a los fines de Hungría, el campo puesto
de aquel que fue molesto en tanto grado
al húngaro cuitado y afligido;
las armas y el vestido a su costumbre,
era la muchedumbre tan estraña,
que apenas la campaña la abarcaba
ni a dar pasto bastaba, ni agua el río.

César con celo pío y con valiente
ánimo aquella gente despreciaba;
la suya convocaba, y en un punto
vieras un campo junto de naciones
diversas y razones, mas de un celo.
No ocupaban el suelo en tanto grado,
con número sobrado y infinito,
como el campo maldito; mas mostraban
virtud con que sobraban su contrario,

ánimo voluntario, industria y maña.

Con generosa saña y viva fuerza
Fernando los esfuerza y los recoge
y a sueldo suyo coge muchos dellos.
De un arte usaba entre ellos admirable:
con el disciplinable alemán fiero
a su manera y fuero conversaba;
a todos se aplicaba de manera
que el flamenco dijera que nacido
en Flandes había sido, y el osado
español y sobrado, imaginando
ser suyo don Fernando y de su suelo,
demanda sin recelo la batalla.
Quien más cerca se halla del gran hombre
piensa que crece el nombre por su mano.
El cauto italiano nota y mira,
los ojos nunca tira del guerrero,
y aquel valor primero de su gente
junto en éste y presente considera.
En él ve la manera misma y maña
del que pasó en España sin tardanza,
siendo solo esperanza de su tierra,
y acabó aquella guerra peligrosa
con mano poderosa y con estrago
de la fiera Cartago y de su muro,
y del terrible y duro su caudillo,
cuyo agudo cuchillo a las gargantas
Italia tuvo tantas veces puesto.

Mostrábase tras esto allí esculpida
la envidia carcomida, a sí molesta,
contra Fernando puesta frente a frente;
la desvalida gente convocaba
y contra aquél la armaba y con sus artes
busca por todas partes daño y mengua.

Él, con su mansa lengua y largas manos
los tumultos livianos asentando,
poco a poco iba alzando tanto el vuelo,
que la envidia en el cielo le miraba,
y como no bastaba a la conquista,
vencida ya su vista de tal lumbre,
forzaba su costumbre y parecía
que perdón le pedía, en tierra echada;
él, después de pisada, descansado
quedaba y aliviado deste enojo
y lleno de despojo desta fiera.
Hallaba en la ribera del gran río,
de noche al puro frío del sereno,
a César, que en su seno está pensoso
del suceso dudoso desta guerra;
que, aunque de sí destierra la tristeza
del caso, la grandeza trae consigo
el pensamiento amigo del remedio.
Entramos buscan medio conveniente
para que aquel terrible furor loco
les empeciese poco y recibiese
tal estrago, que fuese destrozado.

Después de haber hablado, ya cansados,
en la hierba acostados se dormían;
el gran Danubio oían ir sonando,
casi como aprobando aquel consejo.
En esto el claro viejo río se vía
que del agua salía muy callado,
de sauces coronado y de un vestido,
de las ovas tejido, mal cubierto;
y en aquel sueño incierto les mostraba
todo cuanto tocaba al gran negocio,
y parecía que el ocio sin provecho
les sacaba del pecho, porque luego,
como si en vivo fuego se quemara

alguna cosa cara, se levantan
del gran sueño y se espantan, alegrando
el ánimo y alzando la esperanza.

El río sin tardanza parecía
que el agua disponía al gran viaje;
allanaba el pasaje y la corriente
para que fácilmente aquella armada,
que había de ser guiada por su mano,
en el remar liviano y dulce viese
cuánto el Danubio fuese favorable.

Con presteza admirable vieras junto
un ejército a punto denodado;
y después de embarcado, el remo lento,
el duro movimiento de los brazos,
los pocos embarazos de las ondas
llevaban por las hondas aguas presta
el armada molesta al gran tirano.

El arteficio humano no hiciera
pintura que exprimiera vivamente
el armada, la gente, el curso, el agua;
y apenas en la fragua donde sudan
los cíclopes y mudan fatigados
los brazos, ya cansados del martillo,
pudiera así exprimillo el gran maestro.

Quien viera el curso diestro por la clara
corriente bien jurara a aquellas horas
que las agudas proras dividían
el agua y la hendían con sonido,
y el rastro iba seguido; luego vieras
al viento las banderas tremolando,
las ondas imitando en el moverse.
Pudiera también verse casi viva

la otra gente esquiva y descreída,
que, de ensoberbecida y arrogante,
pensaban que delante no hallaran
hombres que se pararan a su furia.
Los nuestros, tal injuria no sufriendo,
remos iban metiendo con tal gana,
que iba de espuma cana el agua llena.

El temor enajena al otro bando
el sentido, volando de uno en uno;
entrábase importuno por la puerta
de la opinión incierta, y siendo dentro
en el íntimo centro allá del pecho,
les dejaba deshecho un hielo frío,
el cual como un gran río en flujos gruesos
por medulas y huesos discurría.
Todo el campo se vía conturbado,
y con arrebatado movimiento
sólo del salvamiento platicaban.

Luego se levantaban con desorden;
confusos y sin orden caminando,
atrás iban dejando, con recelo,
tendida por el suelo, su riqueza.
Las tiendas do pereza y do fornicio
con todo bruto vicio obrar solían,
sin ellas se partían; así armadas,
eran desamparadas de sus dueños.
A grandes y pequeños juntamente
era el temor presente por testigo,
y el áspero enemigo a las espaldas,
que les iba las faldas ya mordiendo.

César estar teniendo allí se vía
a Fernando, que ardía sin tardanza
por colorar su lanza en turca sangre.

Con animosa hambre y con denuedo
forcejea con quien quedo estar le manda,
como lebel de Irlanda generoso
que el jabalí cerdoso y fiero mira;
rebátese, sospira, fuerza y riñe,
y apenas le costríne el atadura
que el dueño con cordura más aprieta:
así estaba perfeta y bien labrada
la imagen figurada de Fernando,
que quien allí mirando lo estuviera
que era desta manera lo juzgara.

Resplandeciente y clara, de su gloria
pintada, la Vitoria se mostraba;
a César abrazada, y no parando,
los brazos a Fernando echaba al cuello.
Él mostraba de aquello sentimiento,
por ser el vencimiento tan holgado.
Estaba figurado un carro estraño
con el despojo y daño de la gente
bárbara, y juntamente allí pintados
cativos amarrados a las ruedas,
con hábitos y sedas variadas;
lanzas rotas, celadas y banderas,
armaduras ligeras de los brazos,
escudos en pedazos divididos
viera allí cogidos en trofeo,
con que el común deseo y voluntades
de tierras y ciudades se alegraba.

Tras esto blanqueaba falda y seno
con velas, al Tirreno, del armada
sublime y ensalzada y gloriosa.
Con la prora espumosa las galeras,
como nadantes fieras, el mar cortan
hasta que en fin aportan con corona

de lauro a Barcelona, do cumplidos
los votos ofrecidos y deseos,
y los grandes trofeos ya repuestos,
con movimientos prestos de allí luego,
en amoroso fuego todo ardiendo,
el duque iba corriendo y no paraba.
Cataluña pasaba, atrás la deja;
ya de Aragón se aleja, y en Castilla,
sin bajar de la silla, los pies pone.
El corazón dispone al alegría
que vecina tenía, y reserena
su rostro y enajena de sus ojos
muerte, daños, enojos, sangre y guerra;
con solo amor se encierra sin respeto,
y el amoroso afeto y celo ardiente
figurado y presente está en la cara.
Y la consorte cara, presurosa,
de un tal placer dudosa, aunque lo vía,
el cuello le ceñía en nudo estrecho,
de aquellos brazos hecho delicados;
de lágrima preñados, relumbraban
los ojos que sobraban al sol claro.

Con su Fernando caro y señor pío
la tierra, el campo, el río, el monte, el llano
alegres a una mano estaban todos,
mas con diversos modos lo decían:
los muros parecían de otra altura;
el campo, en hermosura de otras flores,
pintaba mil colores desconformes;
estaba el mismo Tormes figurado,
en torno rodeado de sus ninfas,
vertiendo claras linfas con instancia,
en mayor abundancia que solía;
del monte se veía el verde seno
de ciervos todo lleno, corzos, gamos,

que de los tiernos ramos van rumiando;
el llano está mostrando su verdura,
tendiendo su llanura así espaciosa,
que a la vista curiosa nada empece,
ni deja en qué tropiece el ojo vago.
Bañados en un lago, no de olvido,
mas de un embebecido gozo, estaban
cuantos consideraban la presencia
deste cuya ecelencia el mundo canta,
cuyo valor quebranta al turco fiero.

Aquesto vio Severo por sus ojos,
y no fueron antojos ni ficiones;
si oyeras sus razones, yo te digo
que como a buen testigo le creyeras.
Contaba muy de veras que, mirando
atento y contemplando las pinturas,
hallaba en las figuras tal destreza,
que con mayor viveza no pudieran
estar si ser les dieran vivo y puro.
Lo que dellas escuro allí hallaba
y el ojo no bastaba a recogello,
el rio le daba dello gran noticia.

«Éste de la milicia», dijo el río,
«la cumbre y señorío terná solo
del uno al otro polo; y porque espantes
a todos cuando cantes los famosos
hechos tan gloriosos, tan ilustres,
sabe que en cinco lustres de sus años
hará tantos engaños a la muerte,
que con ánimo fuerte habrá pasado
por cuanto aquí pintado dél has visto.
Ya todo lo has previsto; vamos fuera;
dejarte he en el ribera do estar sueles».
«Quiero que me reveles tú primero»,

le replicó Severo, «qué es aquello
que de mirar en ello se me ofusca
la vista, así corrusca y resplandece,
y tan claro parece allí en la urna
como en hora noturna la cometa».
«Amigo, no se meta», dijo el viejo,
«ninguno, le aconsejo, en este suelo
en saber más que el cielo le otorgare;
y si no te mostrare lo que pides,
tú mismo me lo impides, porque en tanto
que el mortal velo y manto el alma cubren,
mil cosas se te encubren, que no bastan
tus ojos que contrastan a mirallas.
No pude yo pintallas con menores
luces y resplandores, porque sabe,
y aquesto en ti bien cabe, que esto todo
que en ecesivo modo resplandece,
tanto que no parece ni se muestra,
es lo que aquella diestra mano osada
y virtud sublimada de Fernando
acabarán entrando más los días,
lo cual con lo que vías comparado
es como con nublado muy oscuro
el sol ardiente, puro y relumbrante.
Tu vista no es bastante a tanta lumbre,
hasta que la costumbre de miralla
tu ver al contemplalla no confunda;
como en cárcel profunda el encerrado,
que, súbito sacado, le atormenta
el sol que se presenta a sus tinieblas,
así tú, que las nieblas y hondura
metido en estrechura contemplabas,
que era cuando mirabas otra gente,
viendo tan diferente suerte de hombre,
no es mucho que te asombre luz tamaña.
Pero vete, que baña el sol hermoso

su carro presuroso ya en las ondas,
y antes que me respondas será puesto».

Diciendo así, con gesto muy humano,
tomole por la mano. ¡Oh admirable
caso y cierto espantable! Que en saliendo
se fueron estriñendo de una parte
y de otra de tal arte aquellas ondas,
que las aguas, que hondas ser solían,
el suelo descubrían y dejaban
seca por do pasaban la carrera
hasta que en la ribera se hallaron;
y como se pararon en un alto,
el viejo de allí un salto dio con brío
y levantó del río espuma el cielo
y comovió del suelo negra arena.

Severo, ya de ajena ciencia instruto,
fuese a coger el fruto sin tardanza
de futura esperanza, y escribiendo,
las cosas fue exprimiendo muy conformes
a las que había de Tormes aprendido;
y, aunque de mi sentido él bien juzgase
que no las alcanzase, no por eso
este largo proceso, sin pereza,
dejó por su nobleza de mostrarme.
Yo no podía hartarme allí leyendo,
y tú de estarme oyendo estás cansado.

Salicio

Espantado me tienes
con tan estraño cuento,
y al son de tu hablar embebecido.
Acá dentro me siento,

oyendo tantos bienes
y el valor deste príncipe escogido,
bullir con el sentido
y arder con el deseo
por contemplar presente
aquel que, estando ausente,
por tu divina relación ya veo.
¡Quién viese la escritura,
ya que no puede verse la pintura!

Por firme y verdadero,
después que te he escuchado,
tengo que ha de sanar Albanio cierto,
que, según me has contado,
bastara tu Severo
a dar salud a un vivo y vida a un muerto;
que, a quien fue descubierto
un tamaño secreto,
razón es que se crea
que cualquiera que sea
alcanzará con su saber perfeto,
y a las enfermedades
aplicará contrarias calidades.

Nemoroso

Pues ¿en qué te resumes, di, Salicio
acerca deste enfermo compañero?

Salicio

En que hagamos el debido oficio:
luego que aquí partamos, y primero
que haga curso el mal y se envejezca,
así le presentemos a Severo.

Nemoroso

Yo soy contento, y antes que amanezca
y que del sol el claro rayo ardiente
sobre las altas cumbres se parezca,

el compañero mísero y doliente
llevemos luego donde cierto entiendo
que será guarecido fácilmente.

Salicio

Recoge tu ganado, que cayendo
ya de los altos montes las mayores
sombras con ligereza van corriendo;

mira en torno, y verás por los alcores
salir el humo de las caserías
de aquestos comarcanos labradores.

Recoge tus ovejas y las mías,
y vete tú con ellas poco a poco
por aquel mismo valle que solías;

yo solo me averné con nuestro loco,
que, pues él hasta aquí no se ha movido,
la braveza y furor debe ser poco.

Nemoroso

Si llegas antes, no te estés dormido;
apareja la cena, que sospecho
que aun fuego Galafrón no habrá encendido.

Salicio

Yo lo haré, que al hato iré derecho,
si no me lleva a despeñar consigo
de algún barranco Albanio, a mi despecho.
Adiós, hermano.

Nemoroso

Adiós, Salicio amigo.

ÉGLOGA III

Tirreno, Alcino

Aquella voluntad honesta y pura,
ilustre y hermosísima María,
que en mí de celebrar tu hermosura,
tu ingenio y tu valor estar solía,
a despecho y pesar de la ventura
que por otro camino me desvía,
está y estará tanto en mí clavada,
cuanto del cuerpo el alma acompañada.

Y aun no se me figura que me toca
aqueste oficio solamente en vida;
mas con la lengua muerta y fria en la boca
pienso mover la voz a ti debida;
libre mi alma de su estrecha roca,
por el Estigio lago conducida,
celebrando te irá, y aquel sonido
hará parar las aguas del olvido.

Mas la fortuna, de mi mal no harta,
me aflige y de un trabajo en otro lleva;
ya de la patria, ya del bien me aparta,
ya mi paciencia en mil maneras prueba,
y lo que siento más es que la carta
donde mi pluma en tu alabanza mueva,
poniendo en su lugar cuidados vanos,
me quita y me arrebatata de las manos.

Pero, por más que en mí su fuerza pruebe,
no tornará mi corazón mudable;
nunca dirán jamás que me remueve
fortuna de un estudio tan loable;
Apolo y las hermanas todas nueve
me darán ocio y lengua con que hable
lo menos de lo que en tu ser cupiere,
que esto será lo más que yo pudiere.

En tanto, no te ofenda ni te harte
tratar del campo y soledad que amaste,
ni desdeñes aquesta inculta parte
de mi estilo, que en algo ya estimaste;
entre las armas del sangriento Marte,
do apenas hay quien su furor contraste,
hurté de tiempo aquesta breve suma,
tomando ora la espada, ora la pluma.

Aplica, pues, un rato los sentidos
al bajo son de mi zampoña ruda,
indigna de llegar a tus oídos,
pues de ornamento y gracia va desnuda;
mas a las veces son mejor oídos
el puro ingenio y lengua casi muda,
testigos limpios de ánimo inocente,
que la curiosidad del elocuente.

Por aquesta razón de ti escuchado,
aunque me falten otras, ser merezco;
lo que puedo te doy, y lo que he dado,
con recibillo tú, yo me enriquezco.
De cuatro ninfas que del Tajo amado
salieron juntas, a cantar me ofrezco:
Filódoce, Dinámene y Climene,
Nise, que en hermosura par no tiene.

Cerca del Tajo, en soledad amena,
de verdes sauces hay una espesura
toda de hiedra revestida y llena,
que por el tronco va hasta el altura
y así la teje arriba y encadena,
que el sol no halla paso a la verdura;
el agua baña el prado con sonido,
alegando la vista y el oído.

Con tanta mansedumbre el cristalino
Tajo en aquella parte caminaba,
que pudieran los ojos el camino
determinar apenas que llevaba.
Peinando sus cabellos de oro fino,
una ninfa del agua do moraba
la cabeza sacó, y el prado ameno
vido de flores y de sombras lleno.

Moviola el sitio umbroso, el manso viento,
el suave olor de aquel florido suelo;
las aves en el fresco apartamiento
vio descansar del trabajoso vuelo;
secaba entonces el terreno aliento
el sol, subido en la mitad del cielo;
en el silencio sólo se escuchaba
un susurro de abejas que sonaba.

Habiendo contemplado una gran pieza
atentamente aquel lugar sombrío,
somorgujó de nuevo su cabeza
y al fondo se dejó calar del río;
a sus hermanas a contar empieza
del verde sitio el agradable frío,
y que vayan les ruega y amonesta
allí con su labor a estar la siesta.

No perdió en esto mucho tiempo el ruego,
que las tres de ellas su labor tomaron
y en mirando defuera vieron luego
el prado, hacia el cual enderezaron;
el agua clara con lascivo juego
nadando dividieron y cortaron
hasta que el blanco pie tocó mojado,
saliendo del arena, el verde prado.
Poniendo ya en lo enjuto las pisadas,
escurriendo del agua sus cabellos,

los cuales esparciendo cubijadas
las hermosas espaldas fueron dellos;
luego sacando telas delicadas
que en delgadeza competían con ellos,
en lo más escondido se metieron
y a su labor atentas se pusieron.

Las telas eran hechas y tejidas
del oro que el felice Tajo envía,
apurado después de bien cernidas
las menudas arenas do se cría,
y de las verdes ovas, reducidas
en estambre sutil, cual convenía
para seguir el delicado estilo
del oro, ya tirado en rico hilo.

La delicada estambre era distinta
de las colores que antes le habian dado
con la fineza de la varia tinta
que se halla en las conchas del pescado;
tanto arteficio muestra en lo que pinta
y teje cada ninfa en su labrado
cuanto mostraron en sus tablas antes
el celebrado Apeles y Timantes.

Filódoce, que así de aquéllas era
llamada la mayor, con diestra mano
tenía figurada la ribera
de Estrimón, de una parte el verde llano
y de otra el monte de aspereza fiera,
pisado tarde o nunca de pie humano,
donde el amor movió con tanta gracia
la dolorosa lengua del de Tracia.

Estaba figurada la hermosa
Eurídice, en el blanco pie mordida
de la pequeña sierpe ponzoñosa,
entre la hierba y flores escondida;
descolorida estaba como rosa
que ha sido fuera de sazón cogida,
y el ánima, los ojos ya volviendo,
de la hermosa carne despidiendo.

Figurado se vía estensamente
el osado marido, que bajaba
al triste reino de la oscura gente
y la mujer perdida recobraba;
y cómo, después desto, él, impaciente
por mirarla de nuevo, la tornaba
a perder otra vez, y del tirano
se queja al monte solitario en vano.

Dinámene no menos artificio
mostraba en la labor que habia tejido,
pintando a Apolo en el robusto oficio
de la silvestre caza embebecido.
Mudar presto le hace el ejercicio
la vengativa mano de Cupido,
que hizo a Apolo consumirse en lloro
después que le enclavó con punta de oro.

Dafne, con el cabello suelto al viento,
sin perdonar al blanco pie corría
por áspero camino tan sin tiento,
que Apolo en la pintura parecía
que, porque ella templase el movimiento,
con menos ligereza la seguía;
él va siguiendo, y ella huye como
quien siente al pecho el odioso plomo.

Mas a la fin los brazos le crecían
y en sendos ramos vueltos se mostraban;
y los cabellos, que vencer solían
al oro fino, en hojas se tornaban;
en torcidas raíces se estendían
los blancos pies y en tierra se hincaban;
llora el amante y busca el ser primero,
besando y abrazando aquel madero.

Climene, llena de destreza y maña,
el oro y las colores matizando,
iba de hayas una gran montaña,
de robles y de peñas variando;
un puerco entre ellas, de braveza estraña,
estaba los colmillos aguzando
contra un mozo no menos animoso,
con su venablo en mano, que hermoso.

Tras esto, el puerco allí se via herido
de aquel mancebo, por su mal valiente,
y el mozo en tierra estaba ya tendido,
abierto el pecho del rabioso diente,
con el cabello de oro desparcido
barriendo el suelo miserablemente;
las rosas blancas por allí sembradas
tornaban con su sangre coloradas.

Adonis éste se mostraba que era,
según se muestra Venus dolorida,
que, viendo la herida abierta y fiera,
sobre él estaba casi amortecida;
boca con boca coge la postrera
parte del aire que solia dar vida
al cuerpo por quien ella en este suelo
aborrecido tuvo al alto cielo.

La blanca Nise no tomó a destajo
de los pasados casos la memoria,
y en la labor de su sutil trabajo
no quiso entretener antigua historia;
antes, mostrando de su claro Tajo
en su labor la celebrada gloria,
la figuró en la parte donde él baña
la más felice tierra de la España.

Pintado el caudaloso rio se vía,
que en áspera estrechez reducido,
un monte casi alrededor ceñía,
con ímpetu corriendo y con rüido;
querer cercarlo todo parecía
en su volver, mas era afán perdido;
dejábase correr en fin derecho,
contento de lo mucho que habia hecho.

Estaba puesta en la sublime cumbre
del monte, y desde allí por él sembrada,
aquella ilustre y clara pesadumbre
de antiguos edificios adornada.
De allí con agradable mansedumbre
el Tajo va siguiendo su jornada
y regando los campos y arboledas
con artificio de las altas ruedas.

En la hermosa tela se veían,
entretejidas, las silvestres diosas
salir de la espesura, y que venían
todas a la ribera presurosas,
en el semblante tristes, y traían
cestillos blancos de purpúreas rosas,
las cuales esparciendo derramaban
sobre una ninfa muerta que lloraban.

Todas, con el cabello desparcido,
lloraban una ninfa delicada
cuya vida mostraba que habia sido
antes de tiempo y casi en flor cortada;
cerca del agua, en un lugar florido,
estaba entre las hierbas degollada
cual queda el blanco cisne cuando pierde
la dulce vida entre la hierba verde.

Una de aquellas diosas que en belleza
al parecer a todas ecedía,
mostrando en el semblante la tristeza
que del funesto y triste caso había,
apartada algún tanto, en la corteza
de un álamo unas letras escribía
como epitafio de la ninfa bella,
que hablaban así por parte della:

«Elisa soy, en cuyo nombre suena
y se lamenta el monte cavernoso,
testigo del dolor y grave pena
en que por mí se aflige Nemoroso
y llama: “Elisa”; “Elisa” a boca llena
responde el Tajo, y lleva presuroso
al mar de Lusitania el nombre mío,
donde será escuchado, yo lo fío».

En fin, en esta tela artificiosa
toda la historia estaba figurada,
que en aquella ribera deleitosa
de Nemoroso fue tan celebrada,
porque de todo aquesto y cada cosa
estaba Nise ya tan informada,
que, llorando el pastor, mil veces ella
se enterneció escuchando su querella;

y porque aqueste lamentable cuento
no sólo entre las selvas se contase,
mas dentro de las ondas sentimiento
con la noticia desto se mostrase,
quiso que de su tela el argumento
la bella ninfa muerta señalase
y así se publicase de uno en uno
por el húmido reino de Neptuno.

Destas historias tales variadas
eran las telas de las cuatro hermanas,
las cuales con colores matizadas,
claras las luces, de las sombras vanas
mostraban a los ojos relevadas
las cosas y figuras que eran llanas,
tanto que, al parecer, el cuerpo vano
pudiera ser tomado con la mano.

Los rayos ya del sol se trastornaban,
escondiendo su luz al mundo cara
tras altos montes, y a la Luna daban
lugar para mostrar su blanca cara;
los peces a menudo ya saltaban,
con la cola azotando el agua clara,
cuando las ninfas, la labor dejando,
hacia el agua se fueron paseando.

En las templadas ondas ya metidos
tenían los pies y reclinar querían
los blancos cuerpos, cuando sus oídos
fueron de dos zampoñas que tañían
süave y dulcemente detenidos,
tanto, que sin mudarse las oían
y al son de las zampoñas escuchaban
dos pastores a veces que cantaban.

Más claro cada vez el son se oía
de dos pastores que venían cantando
tras el ganado, que también venía
por aquel verde soto caminando
y a la majada, ya pasado el día,
recogido le llevan, alegrando
las verdes selvas con el son süave,
haciendo su trabajo menos grave.

Tirreno destos dos el uno era,
Alcino el otro, entrambos estimados
y sobre cuantos pacen la ribera
del Tajo con sus vacas enseñados;
mancebos de una edad, de una manera
a cantar juntamente aparejados
y a responder, aquesto van diciendo,
cantando el uno y el otro respondiendo.

Tirreno

Flérída, para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno,
más blanca que la leche y más hermosa
que el prado por abril de flores lleno:
si tú respondes pura y amorosa
al verdadero amor de tu Tirreno,
a mi majada arribarás primero
que el cielo nos amuestre su lucero.

Alcino

Hermosa Filis, siempre yo te sea
amargo al gusto más que la retama,
y de ti despojado yo me vea
cual queda el tronco de su verde rama,
si más que yo el murciégalo desea
la escuridad, ni más la luz desama,
por ver ya el fin de un término tamaño
deste día, para mí mayor que un año.

Tirreno

Cual suele, acompañada de su bando,
aparecer la dulce primavera,
cuando Favonio y Céfiro, soplando,
al campo tornan su beldad primera
y van artificiosos esmaltando
de rojo, azul y blanco la ribera:
en tal manera, a mí Flérída mía
viniendo, reverdece mi alegría.

Alcino

¿Ves el furor del animoso viento
embravecido en la fragosa sierra,
que los antiguos robles ciento a ciento
y los pinos altísimos atierra,
y de tanto destrozo aun no contento,
al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia comparada
a la de Filis con Alcino airada.

Tirreno

El blanco trigo multiplica y crece;
produce el campo en abundancia tierno
pasto al ganado; el verde monte ofrece
a las fieras salvajes su gobierno;
adoquiera que miro, me parece
que derrama la copia todo el cuerno;
mas todo se convertirá en abrojos
si dello aparta Flérída sus ojos.

Alcino

De la esterilidad es oprimido
el monte, el campo, el soto y el ganado;
la malicia del aire corrompido
hace morir la hierba mal su grado;
las aves ven su descubierto nido
que ya de verdes hojas fue cercado;
pero si Filis por aquí tornare,
hará reverdecir cuanto mirare.

Tirreno

El álamo de Alcides escogido
fue siempre, y el laurel del rojo Apolo;
de la hermosa Venus fue tenido
en precio y en estima el mirlo solo;
el verde sauz de Flérída es querido
y por suyo entre todos escogiolo;
doquiera que sauces de hoy más se hallen,
el álamo y el laurel y el mirto callen.

Alcino

El fresno por la selva en hermosura
sabemos ya que sobre todos vaya;
y en aspereza y monte de espesura
se aventaja la verde y alta haya;
mas el que la beldad de tu figura
dondequiera mirado, Filis, haya,
al fresno y a la haya en su aspereza
confesará que vence tu belleza.

Esto cantó Tirreno, y esto Alcino
le respondió, y habiendo ya acabado
el dulce son, siguieron su camino
con paso un poco más apresurado;
siendo a las ninfas ya el rumor vecino,
juntas se arrojan por el agua a nado,
y de la blanca espuma que movieron
las cristalinas ondas se cubrieron.

© 2014, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-9145-5
Diseño de cubierta ebook: María Pérez-Aguilera
Conversión ebook: Kiwitech

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

OceanofPDF.com

Índice

[Garcilaso de la Vega y Juan Boscán](#)

[Juan Boscán](#)

[Villancico](#)

[Coplas](#)

[Otras](#)

[Otras](#)

[Otras determinando de dejar unos amores](#)

[Otras a la tristeza](#)

[Otras](#)

[Otras](#)

[Glosa de «Justa fue mi perdición»](#)

[Otras](#)

[Otras](#)

[Otras del mismo a una partida](#)

[Canción](#)

[Canción](#)

[Canción](#)

[Canción](#)

[Canción](#)

[Sonetos](#)

[Respuesta de Boscán a don Diego de Mendoza](#)

[Garcilaso de la Vega](#)

[Coplas en metros castellanos](#)

[Sonetos](#)

[Canciones](#)

[Canción I](#)

[Canción II](#)

[Canción III](#)

[Canción IV](#)

[Canción V](#)

[Elegías](#)

[Elegía I](#)

[Elegía II](#)

[Epístola a Boscán](#)

[Églogas](#)

[Égloga I](#)

[Égloga II](#)

[Égloga III](#)

[Créditos](#)

[*OceanofPDF.com*](#)